



A Sexy  
*Berling*  
Surrender

Maya Blair





A Sexy  
*Berling*  
Surrender

Maya Blair

SERIE  
*Sexy Berling*  
5



# A Sexy Berling Surrender

(Serie Sexy Berling 5)



Maya Blair

A Sexy Berling Surrender (Sexy Berling 5)

© Edición 2014

© Maya Blair

Portada: © rabbit75\_fot – Fotolia

© Artem Furman

© jastavkin

Diseño y maquetación: KD

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Ha llegado el momento que Dee Vargas lleva tanto tiempo deseando. La Gala está a la vuelta de la esquina, pero la materialización de su ansiado deseo pondrá fin a su trato con Gabriel, algo para lo que no está preparada; no cuando el amor ha llamado a su puerta.

Para Gabriel Berling todo comenzó siendo un juego. Ahora, tras una intensa noche de San Valentín, ha llegado la hora de elegir, de quitarse la máscara y sincerarse antes de que las acciones del pasado se atraviesen en el presente y le pasen factura.

Ambos deberán dejar a un lado el orgullo y ceder a los sentimientos que crecen en su interior, pero ¿quién se rendirá primero?

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)



# Capítulo 1

El ruido de un timbre penetra a través de las capas de mi profundo estado de letargo y echa a perder por completo uno de los sueños más maravillosos que he tenido el placer de disfrutar en los últimos años. Y no, no era erótico, aunque durante el mismo no pudiera evitar gemir y jadear presa de un éxtasis arrebatado. Porque, seamos sinceras, ¿qué mujer no babearía si el mismísimo Manolo Blahnik le dijera «escoge los que quieras, te los regalo»? ¿Eh, eh? Hay que tener un alma insensible para no babear ante la expectativa, incluso dormida.

Me doy la vuelta con un reniego suspendido en los labios e ignoro el insistente sonido en un intento por volver a hundirme en mi delirante fantasía de Manolos gratuitos. Pero ese maldito zumbido infernal no me deja, así que me revuelvo entre la ropa de cama y termino por abrir los ojos. Bueno, quizá el término «abrir» sea demasiado optimista, porque ahora mismo mis parpados entornados apenas parecen poco más que dos

puñaladas en un cartón.

Un gruñido de disgusto se escapa desde las profundidades de mi garganta cuando el timbre vuelve a la carga. No, no es un sueño. Está sonando de verdad y son... Dioooooossssss... Doy un respingo en el colchón al tiempo que de mi boca surge una sarta de groserías al comprobar la hora en el móvil. ¡Las cinco de la mañana! ¿Por qué? ¿Por quéeeee?

Me levanto de la cama con un humor de perros para dirigirme con lo puesto a la puerta. Ahora mismo estoy tan cabreada que me importa un bledo que, sea quien sea el desaprensivo que está timbrando, me vea con poco más que una triste camisola encima. A fin de cuentas, para mandarlo a la mierda y regresar al dormitorio no necesito ir vestida de tiros largos, ¿verdad?

Respiro hondo dos veces antes de abrir la puerta de golpe, sin tomarme la molestia de echar un vistazo por la mirilla.

—Retira ahora mismo el puto dedo del timbre o juro que...

No me da tiempo a reaccionar. De hecho, ni

siquiera puedo parpadear porque de repente tengo a Gabriel pegado a mis labios, empujándome contra la primera superficie vertical que encuentra en su camino —la pared— mientras viola mi boca con su lengua insolente, robándome hasta la última brizna de aliento.

Un sonoro portazo reverbera en mis oídos lo que parece una vida después. Un estruendo al que le sigue de inmediato el revelador sonido de mi *culotte* entrando a formar parte de la creciente lista de ropa interior destinada al cubo de la basura. Y por si acaso aún tenía dudas acerca de sus intenciones, el sexy tintinear de un cinturón junto al sugerente susurro de una cremallera abriéndose resultan bastante esclarecedores a la hora de adivinar a cuento de qué se debe el honor de su presencia tras tres días de sepulcral silencio.

Con un gruñido ronco, subyuga mi cuerpo bajo el poder del suyo sin romper la feroz posesión de mi boca. Saboreo la manera en que sus manos ascienden por la parte trasera de los muslos en un demandante, exigente roce que no parece tener principio ni fin. Un toque experto que

me hace sentir como nieve derritiéndose bajo el calor que desprende su piel.

Me ahogo en él, lo rodeo con los brazos y absorbo sus calientes jadeos junto con los míos. Revoloteo en torno a su lengua y la succiono, arrastrándola conmigo.

Para cuando por fin levanta la camisola y clava los dedos en mi trasero desnudo para alzarme, todo mi ser se ha puesto en guardia. Expectante. Estoy deseosa de experimentar otra vez la cruda invasión de la erección que ahora mismo presiona contra mi vientre, la misma que se endurece y engrosa con cada nuevo giro de nuestro interminable beso, con cada ondulante fricción de nuestras caderas.

—Gabe... —sollozo pegada a sus labios entreabiertos al experimentar la inflexible, inexorable incursión de su miembro.

—Eres mía. —Su respiración sibilante me acaricia el rostro—. Se acabaron los juegos.

Entra en mí de golpe, con una salvaje embestida que me eleva del suelo y consigue que el oxígeno se me atasque en los pulmones. Me

siento tan llena de él, de su desnuda masculinidad, que creo que voy a enloquecer. No hay nadie como Gabriel. No existe nada capaz de revolver y excitar mis sentimientos del modo en que él lo hace.

—A partir de ahora sólo estamos tú y yo. — Se retira casi por completo sin dejar de mirarme a los ojos—. Nadie más. —Acentúa cada sílaba con enérgicas penetraciones—. Y para que lo tengas presente, di mi nombre, Dee. Dilo mientras te follo.

Susurro, jadeo, resuello, gimo su nombre. Me aferro a él, a su ropa, al tiempo que me muerdo los labios hasta probar el sabor metálico de la sangre en un intento por no proclamar a gritos el placer que recorre mi cuerpo con cada brutal, fiera arremetida de su pene.

Siento una hoguera entre mis muslos. Sus llamas me consumen, hacen que vibre de manera descontrolada buscando una liberación que parece esquiva pero que en realidad está a la expectativa, esperando el momento propicio para tomarme por sorpresa y consumirme en el más primitivo éxtasis.

Cierro los ojos y me abandono en los brazos de Gabriel, presa de la violencia de un orgasmo que sacude mi ser hasta el tuétano. Estrujo su palpitante miembro con cada nuevo espasmo de mi resbaladiza, apretada vagina mientras acojo su eyaculación.

Cuando todo ha terminado, levanto los párpados y me encuentro con su penetrante mirada de ónix fija en mí. Una mirada que me atraviesa, que toma posesión de mi ser y a través de la cual vislumbro lo que parece una sombra de necesidad inusual en él.

—Hola —murmura con voz ronca, gutural. Aprieta mis nalgas, regodeándose en el contacto—. ¿Me has extrañado? —pregunta tras apoyar su frente en la mía antes de apretujarse contra mí.

—¿Y tú?

Se separa un poco, lo justo para imponer algo de distancia y observarme en silencio a través de la oscura cortina de sus pestañas. Entonces, me muerdo la cara interna de la mejilla para no emitir un gemido de protesta al experimentar la pérdida de su ahora semi erecto pene.

—Tramposa. Yo pregunté antes.

Deposita un beso risueño en la punta de mi nariz y vuelve a fundirse contra mi cuerpo con un sensual sonido de satisfacción. A pesar de que seguimos vestidos, el contacto resulta tan íntimo como si estuviéramos piel con piel.

—Te deseo —ronronea antes de apresar el lóbulo de mi oreja entre los dientes—. Te quiero...

—Sí...

—... desnuda.

Sus manos me acarician sin cesar, colándose por debajo de la camisola en busca de mis pechos para atormentarlos.

—Abierta a mí, sólo para mí.

Noto cómo su semen se desliza por los pliegues de mi sexo y empieza a resbalar por la cara interna del muslo. Estoy sudada, acalorada, pero ni de lejos saciada de él, de lo que me hace, de las reacciones que provoca en mi cuerpo.

—Yo también te quiero... —ronroneo pegada a su garganta mientras le desabrocho la camisa—  
... desnudo, sudoroso, jadeante. Y sólo para mí.

—Entonces, pongámosle solución ahora mismo —sentencia aupándome entre sus brazos y llevándome al dormitorio.

Después de un largo y arrebatado segundo asalto, despierto enredada en la ropa de cama y, al ver la hora que es, me doy cuenta de que apenas he quedado fuera de combate durante diez minutos.

Somnolienta y saciada, parpadeo ante la claridad que comienza a inundar la habitación y me desperezo como una gatita sensual para descubrir a un sexy y demasiado vestido Gabriel sentado a mi lado en el borde del colchón.

—Buenos días, preciosa —susurra mientras juguetea con algo que tiene en la mano—. Tengo un regalito para ti.

Alzo las cejas en una muda pregunta, todavía a medio camino del mundo de los sueños y la realidad, y veo cómo abre la palma para dejar resbalar por ella dos bolitas unidas entre sí.

Mis labios forman un silencioso «oh» y él ríe ante mi estupefacción.

Sosteniéndolas por el cordón, las balancea lentamente delante de mi cara al tiempo que su



sonrisa adquiere ese matiz que siempre logra que mi cuerpo responda sin control.

—¿Qué se supone que es eso?

—Deja que te lo ponga y experimentalo por ti misma.

Entrecierro los ojos, suspicaz. ¿Qué se trae entre manos? Aparte de las dichas bolitas, claro.

—Esto...

—Sssh...

Inclinándose, me silencia con un dulce beso que se torna súbitamente abrasador cuando se abre paso a través de la barrera de mis labios, penetrando dura y profundamente en mi boca y enredando su lengua con la mía en una danza salvaje.

Quiero tocarlo. Necesito hacerlo. De hecho, apenas he comenzado a deslizar los dedos por su pelo cuando él frena mi avance y, agarrando mis muñecas con la mano que tiene libre, me obliga a subir los brazos por encima de la cabeza para sostenerlos allí, a sabiendas de que, si me suelta, no tardaré ni dos segundos en volver a acariciarlo.

El beso termina con su lengua deslizándose

por mis hinchados labios.

—Dee —me susurra al oído—, abre esos deliciosos muslos para mí.

—Pero... —Noto cómo su cuerpo se pone tenso en un instante y opto por callar, emitiendo un suspiro de rendición—. Está bien.

Sólo entonces libera mis muñecas de su implacable agarre.

—Hazlo.

Me deshago de las sabanas y abro las piernas tímidamente.

No es como si Gabe no hubiera visto y saboreado ya cada pulgada de mi cuerpo, pero hay ocasiones en que no puedo evitar el sentirme todavía algo cohibida, del mismo modo que me resulta imposible impedir que mis mejillas se sonrojen al intuir que él va a intentar empujar un poco más mis límites.

—Buena chica —dice depositando un pequeño beso en la comisura de mi boca antes de deslizar su lengua por mi garganta, el valle entre mis senos, el estómago...

—Dios —gimo cuando zambulle la punta en

mi ombligo para hacer esa cosa maravillosa que siempre logra erizarme la piel.

Su risa vibra contra mi cuerpo, sonando ronca, oscura, rica... excitante. Él sabe que ahora mismo ostenta el control total y absoluto de la situación. Y goza de ello.

Juguetea con el escaso vello que recubre mi pubis, soplándolo y acariciándolo hasta que, incapaz de resistirlo por un segundo más, le suplico que siga bajando, que cubra mi sexo con su boca.

Gabriel gruñe satisfecho cuando, tras separar delicadamente los labios con sus dedos, introduce la lengua entre ellos, lamiendo mi excitación y dibujando mi pulsante clítoris.

—Estás tan resbaladiza —murmura al poco tiempo, mientras sumerge el índice y el corazón en mi interior, buscando y friccionando ese punto que me vuelve loca—. Así, dámelo todo. —Curva los dedos y grito—. Sí.

Succiona mi brote con gula durante lo que parece una eternidad, antes de liberarlo con un sonoro *pop* y contemplar mi humedad con la

satisfacción de un artista admirando su obra. Entonces gimo, arqueando las caderas en pos de más placer, buscando la penetración perfecta, y me dejo llevar por los estremecimientos que sacuden mi cuerpo.

—Muy bien, sigue. Cabalga mis dedos.

Si no hubiera estado tan concentrada en la búsqueda del orgasmo, me habría dado cuenta de que ha metido las bolas en su boca para lubricarlas con su saliva y que se dispone a introducirlas en mi vagina.

De repente, retira los dedos, haciéndome sollozar por la pérdida, e inserta la primera bolita, tomándose todo el tiempo del mundo.

—Gabe... —Quiero culminar, lo necesito, así que me muevo.

—Quieta —dice, reafirmando la escueta orden con una mano abierta sobre mi vientre que me obliga a mantener la espalda pegada al colchón —. Aguanta.

Su otra mano sigue muy ocupada introduciendo la segunda bola en mi resbaladizo canal, empujándola con parsimonia y disfrutando

del modo en que me retuerzo.

Cuando al fin están dentro, acunadas por la flexible carne de mi vagina, Gabriel deposita un cálido beso en mi vientre y asciende por mi cuerpo.

—Quiero que lleves esto hasta que nos volvamos a ver —me susurra al oído, acunando mis pechos entre sus manos y dibujando trazos sobre mi sensibilizada piel—. Quiero que cada vez que tu dulce coñito las estruje, pienses en que esta noche será mi polla, y no estas bolas, la que te llenara y estirara hasta volverte loca. —La punta de su lengua dibuja la caracola de mi oreja, poniéndome la carne de gallina—. Te quiero mojada y anhelante. Ávida de mí. —Muerde el lóbulo al tiempo que me pellizca los pezones, haciéndome gimotear—. Tienes prohibido tocarte, pero a cambio te prometo que serás follada a conciencia. Duro. Profundo. Sin piedad.

Cuando se marcha del apartamento, sé a ciencia cierta que este va a ser el día más largo de mi vida.

## Capítulo 2

No me percato de su presencia, absorta como estoy mientras observo el ir y venir de tráfico y peatones desde el piso cuarenta de *Berling Enterprises*, hasta que el ronco sonido de su risa me arranca de mis pensamientos.

—No dejas de sorprenderme, Dee.

Dándome la vuelta, dejo a mis espaldas el amplio ventanal, junto con el bullicioso e incansable ritmo de la ciudad, y elevo una ceja.

—¿Y en esta ocasión, es una sorpresa decepcionante o...?

Bufa, interrumpiéndome.

—Al contrario, tú nunca me has decepcionado. —Entorna los ojos y añade—: Por ahora.

Una de cal y otra de arena. Así es Gabriel. Y debería estar acostumbrada, conste.

Después de cerrar la puerta de la sala tras de sí, se apoya en ella de modo despreocupado, con los brazos cruzados sobre la impecable chaqueta de su elegante traje, y me observa en silencio.

Es un hombre con estilo, nadie puede discutirlo.

—Inesperada.

Parpadeo sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Esta mañana, mientras venía hacia aquí, pensé que, siendo primeriza, te tendría al teléfono en media hora; una, a lo sumo. —Me mira con cierta reverencia—. Pero no lo hiciste, así que, según iban pasando los minutos y las horas —ahora sonrío abiertamente—, supuse que la cabezonería había entrado en acción.

—También puede ser que me las haya quitado.

—No. —La seguridad que destila su voz me hace pestañear con asombro, logrando que olvide por un momento la incomodidad que me causan las dichas bolitas—. Aunque te resulte difícil creerlo, te conozco, Dee. —Se aproxima lentamente, con la determinación brillando en sus pupilas y sus pasos felinos como contrapunto del alocado golpeteo de mi corazón—. No lo has hecho. —Alzando la mano, desliza los dedos por

la línea de mi mandíbula con una suavidad subyugadora.

El cómo ha logrado calarme tan rápido y en tan poco tiempo se me escapa, pero el muy desgraciado tiene razón: no lo he hecho.

Trago un gemido cuando sus ojos se focalizan en mi boca de tal modo que siento como si pudiera besarme sólo con la intensidad de su mirada. Entonces parpadea, y el fuego que hay en ellos cambia, suavizándose durante un instante fugaz mientras su pulgar asciende por mi barbilla hasta el labio inferior y lo acaricia con aire distraído.

Percibo cómo los restantes dedos se despliegan sobre mi cuello. Me desconcierta el modo en que su palma acuna mi rostro, con infinita ternura.

—Dee... —Su voz destila una dulzura refrescante—. No tienes ni idea de...

Un rápido giro y me tiene donde quiere; atrapada entre sus brazos, con la espalda apoyada contra la firmeza de su torso y sus manos recorriendo con codicia mis curvas, remontando las caderas en dirección a mis pechos.



El instante se ha esfumado en el aire con tanta rapidez que incluso empiezo a dudar de que haya existido siquiera.

—Te las quitaré —susurra en mi oído—, ten paciencia. Pero tendrás que pagar el precio convenido. —Su timbre, grave y pecaminoso, junto con la promesa implícita de lo que está por venir, me hace estremecer—. Y lo harás aquí y ahora. —Cierro los ojos y dejo escapar un corto gemido al sentir cómo sus manos comienzan a desabotonar mi blusa con una parsimonia desquiciante—. Lo que yo quiera, cuando quiera y donde quiera, ¿recuerdas?

Asiento y trago saliva con dificultad. ¿Qué tendrá en mente?

Aparta la blusa y, observando por encima de mi hombro, ahueca mis senos cubiertos de encaje y transparencias en malva, transmitiendo a mi piel el ardor de sus palmas.

—Son preciosas. Unas tetas de primera, como a mí me gustan —murmura a la vez que las estruja con cuidado pero, al mismo tiempo, con la suficiente fuerza como para hacer que me derrita

contra él—. Podría comértelas durante horas. — Sus pulgares rozan ligeramente mis pezones, que se fruncen en respuesta, y cierro los ojos con un aleteo de pestañas—. Me deleitaría chupándotelas hasta que el placer fuera tan intenso que casi rozara el dolor...

Floto en medio de una bruma de deseo cuando sus dedos se cierran en torno a uno de los pezones y lo pellizcan, logrando que dé un brinco y emita un quejido lastimero, más por la sorpresa que por el dolor.

—Ssssh...

De inmediato, su pulgar vuelve a acariciar la carne maltratada, mientras su lengua asciende por la expuesta columna de mi cuello.

—Pero no hoy.

Se aleja. Enseguida echo de menos su calor y el modo en que su cuerpo me envuelve codiciosamente; como si fuera de su propiedad.

—Mírame, Dee.

Obedezco. Se ha apoyado con indolencia contra la gran mesa que ocupa por completo el centro de la sala de juntas.

—Hoy comeré otras partes de tu cuerpo, y lo haré hasta saciarme.

Mi vagina se estremece, humedeciéndose escandalosamente ante la perspectiva. Súbitamente, mi mente se llena con una imagen de mí misma, tendida sobre la fría estructura de madera, hierro y cristal, desnuda y abierta a Gabriel, cuya cabeza está enterrada entre mis muslos mientras mis dedos arañan su cuello, sus hombros y cualquier parte de su anatomía que esté a mano.

—Desnúdate.

Miro hacia la puerta.

—No te preocupes por eso. Nadie vendrá a interrumpirnos. —Se cruza de brazos—. Desnúdate —repite.

Con un leve movimiento de hombros, dejo que la blusa se deslice hasta el suelo, cayendo alrededor de mis pies con un susurro de seda. La estrecha falda de tubo no tarda mucho tiempo en hacerle compañía y justo cuando voy a desembarazarme de los zapatos de tacón de aguja, me detiene.

—Déjate eso y las medias de liga, pero quítate todo lo demás.

Titubeo un segundo. Gabriel se afloja un poco la corbata, abre el primer botón de la camisa y entrecierra los ojos, impacientándose por momentos.

—Lo que yo quiera, cuando quiera...  
¿Recuerdas, Dee?

Asiento, mordiéndome el labio y sintiendo cómo un ligero sonrojo invade mis mejillas. Echo las manos hacia la espalda y abro el cierre del sujetador. Podría habérmelo quitado sin más, pero una parte de mí quiere jugar un poco, dilatando el instante en el tiempo.

Saliendo del pequeño charco de ropa, empujo con lentitud uno de los tirantes hasta el borde de mi hombro y dejo que se deslice por el brazo. Hago lo mismo con el otro y sostengo las copas con mis manos, sintiéndome sensual y provocativa.

Las pupilas de Gabriel se dilatan hasta casi engullir con su insondable negrura el iris de sus ojos. Ahora parecen dos tizones, y queman de la misma manera.

Tiro el sujetador y juego un rato con mis pechos antes de hacer descender las manos hacia el borde de la última pieza de la cual debo librarme.

Deslizando los dedos por la cinturilla, engancho los pulgares en ella y tiro hacia abajo, con languidez.

Apenas he avanzado un par de pulgadas cuando Gabriel refunfuña.

—Sé el cariño que tienes a tu colección de ropa interior, preciosa, pero como sigas así, juro que terminaré rasgándote las bragas. Así que tú decides.

Ok. Mensaje captado. Fin de la función.

Las quito con un movimiento rápido y fluido. Ha quedado claro como el agua que hoy no es el día indicado para hacer pinitos como *stripper*.

—Lánzamelas.

—¿Qué?

—Que me las lances, Dee. Y deja de cuestionar todo lo que te pido.

Enarco una ceja, pero me trago la réplica. Sé que Gabriel tiene un carácter endemoniado cuando

se le espolea y no quiero que se venga dejándome sola y desnuda en mitad de la sala de juntas de *Berling Enterprises*, además de dolorosamente excitada.

Se las tiro y las recoge al vuelo para luego doblarlas con suma delicadeza e introducirlas en el bolsillo de su chaqueta. Es entonces cuando se deshace de ella y la deposita sobre una de las sillas. A continuación se quita los gemelos, los guarda en el otro bolsillo y comienza a remangarse los puños de la nívea camisa hasta dejar la práctica totalidad de sus antebrazos al descubierto.

Va siempre vestido con tanta pulcritud que resulta casi decadente verlo así, con la camisa remangada, la corbata colgando floja de su cuello y el cabello sutilmente revuelto.

—Ven conmigo, encanto —dice extendiendo su mano, mientras con la otra recoge algo de encima de la mesa—. Y que no se te olvide: lo que yo te diga, a rajatabla; sin rechistar.

Asiento y me dejo llevar hacia la cabecera. Una vez allí, sus manos dibujan el contorno de mi trasero y su boca cae sobre la mía como un ave

rapaz, devorándome con una lujuria incontrolada.

Siento cómo sus dedos se hincan en mi carne para acercarme a él, a la potente erección que sus pantalones no pueden ocultar.

—Me vuelves loco.

Abandona mis labios, no sin antes propinarles un erótico mordisco, y gruñe satisfecho.

—Date la vuelta.

Obedezco de nuevo y al momento tapa mis ojos, cegándome por completo y haciéndome sentir inquieta y extremadamente vulnerable.

—Dee, confía en mí. —Su voz es una caricia contra mi hombro—. Sé que esto es difícil, que requiere de una entrega que va más allá de lo que hemos compartido hasta ahora —deposita un dulce beso en él antes de continuar hablando—, pero te juro que sólo sentirás placer, lo prometo. ¿Me crees?

—Quiero hacerlo, de verdad, pero...

¿Fe ciega?

—Es un juego inofensivo. Concédeme ese regalo. Deposita en mí tu confianza, sin trabas.

Me debato en silencio durante unos segundos antes de claudicar con un simple y silencioso asentimiento.

Palpando el tejido culpable de mi *ceguera* temporal me doy cuenta de que se trata del foulard que había dejado encima de la mesa, junto a mi bolso.

—Ahora quiero que te dobles sobre la superficie de la mesa. —Cuando doy un respingo ante la frialdad del material, él ríe—. Sí, no es muy agradable, pero pronto haré que te olvides de todo.

Coloca mis piernas formando una uve invitadora y mis manos a ambos lados del rostro, que gira hasta dejarlo descansando sobre mi mejilla para así poder tener mejor acceso a mi boca.

Y aquí estoy yo, desnuda, a excepción de las medias de liga y los eróticos zapatos, doblada sobre la mesa de juntas y completamente expuesta a la mirada golosa de Gabriel, que emite un gutural sonido apreciativo a mi espalda.

—Joder, Dee, no te haces una idea de lo



increíblemente caliente que resultas así.

Noto cómo sus manos acarician mis tobillos para luego proceder a ascender, trazando un sendero de fuego por encima de las medias, y cuando los dedos alcanzan la suave piel del interior de mis muslos, tiemblo.

Espero una inspiración, dos, y nada más sentir el primer roce en mi sexo dejo escapar un sollozo que ahogo de inmediato en el instante en que él se aparta, privándome nuevamente de su contacto.

—Por lo que más quieras, Gabe, quítame el maldito juguete.

Su risa suena ronca y traviesa contra la parte trasera de mi rodilla. Siento el aleteo de su lengua ladina enviando estremecimientos de placer por todo mi cuerpo.

—Prohibido moverse —susurra deslizándose las yemas por el muslo—. Prohibido tocarme. —Separa los labios de mi húmedo sexo y sopla la inflamada carne—. Y prohibido hablar, salvo para alabar mis excelencias como amante.

—¡Gabe! —Lo miro con reprobación por

encima del hombro, o al menos lo haría, de no ser porque tengo los ojos tapados.

Su risa llena mi oído, rica en matices. Una mujer podría enamorarse de ella. Tiene personalidad propia, es vivaz y chispeante. Jamás había escuchado una risa igual en un hombre, hasta que lo conocí a él.

El silencio planea sobre mi cabeza, haciéndome más y más consciente de los sordos golpes de mi corazón estrellándose contra las costillas. Podría pensar que estoy sola de no ser porque noto su respiración contra mi piel; el calor que irradia su cuerpo y que penetra el mío.

De repente, sus manos inmovilizan mis caderas antes de desplazarlas para separar los pliegues de mi anhelante sexo con dedos seguros. Es entonces cuando siento un ligero tirón.

No... ¡No es posible! ¿Está quitando las bolas con... con...? Sí, es su boca la que ha atrapado el cordón y tira de él con un sosiego torturador, haciéndolas resbalar por el apretado pasaje de mi vagina.

Exhalo un profundo suspiro cuando la

primera está completamente fuera, percatándome entonces de que, en algún momento, he comenzado a contener la respiración.

—Tu coño está precioso —musita sin aflojar al agarre de sus manos—. Tan mojado... Con el clítoris hinchado... Y ese color... Oh, Dee, es una visión. Le hace desear a uno devorarlo.

Pero no lo hace. Al menos, no todavía. En cambio sigue tironeando para extraer la segunda y, cuando mis caderas se agitan de manera involuntaria, me propina una sutil palmada en el trasero que logra que las paredes de mi vagina estrujen con fuerza la solitaria bolita.

Esta vez no gimo sino que, sencillamente, arqueo la espalda y ronroneo de auténtico placer. Dios mío, me está convirtiendo en una pequeña perversa, tal y como diría él.

En cuanto el juguete está fuera, su ansiosa boca no tarda ni tres segundos en aterrizar sobre mi clítoris, mis inflamados labios... Tampoco se lo piensa dos veces a la hora de introducir la lengua lo más hondo que puede, lamiendo y buscando ese punto que sabe que me hará perder el

juicio.

Incapaz de resistir, echo hacia atrás la mano derecha, agarrando puñados de su pelo con el mismo frenesí con el que él me engulle.

—Quieta.

Me resulta imposible controlarme. Ya que no puedo verlo, al menos necesito tocarlo.

—Dee, no me hagas tomar medidas drásticas.

—Por favor...

—Ya veo.

Pero yo no, quiero decirle.

Percibo sus apresurados movimientos y, para cuando me doy cuenta, tengo las manos inmovilizadas en la espalda con algo suave, pero lo bastante resistente como para que no pueda librarme tan fácilmente, por muchos esfuerzos que haga.

—Es mi corbata —me aclara, divertido—. Puedes intentar destrozarla si quieres, no será una gran pérdida. —Y apoya su torso para susurrar—: Tengo otra de repuesto en el despacho, por si te interesa saberlo.

En esta postura, la tela de su pantalón roza mi

sensibilizada piel, haciéndome cosquillas, y su impresionante erección presiona mi trasero con fuerza, reclamando atención. Muevo los dedos, intentando comprobar si puedo alcanzarla, pero él se aparta de inmediato, haciendo crecer más mi frustración y mi anhelo.

Pierdo la noción del tiempo y del lugar en cuanto su boca vuelve a apoderarse de mi empapado sexo. Morder, lamer, succionar, besar. Nada es suficiente. Tan sólo existimos él y yo, y un placer que crece y crece, retorciéndose en mi vientre, haciendo arder mi vagina, pero sin llegar a explotar. Sus movimientos me mantienen siempre en el filo del precipicio, impidiéndome dar el salto final.

Los gemidos y los gritos brotan descontrolados desde lo más hondo de mi garganta. Y pido, suplico por más. Más profundo, más duro, más rápido. Y, de repente...

—¡No! No puedes parar ahora.

—Ni se me pasaría por la cabeza.

## Capítulo 3

Tras darme la vuelta, me agarra con brusquedad por detrás de los muslos y me aupara hasta sentarme sobre el filo de la mesa.

—Quiero ver tu cara cuando te corras. —El tono de su voz es especialmente solemne e intenso—. Me gusta observar el rubor ascendiendo por tu cuello, tus facciones transformadas en puro éxtasis, gracias a mí. —Presiona mi labio inferior con el pulgar, abriéndome para él—. Y tu boca, tu erótica y gimiente boca, invitándome a recordar lo bien que se siente cuando arrullas con ella mi polla, enroscando su grosor con tu lengua.

Su beso comienza como un simple roce de alientos hasta que sus labios hacen contacto y se mueven sobre los míos; suaves, tiernos y, en cierto modo, amorosos. Me hace recordar a pétalos de rosas revoloteando sobre mi piel. Dulce, tan dulce... Pero cuando su lengua me acaricia y yo le franqueo la entrada, el beso cambia. Se vuelve indómito, rudo. Una batalla de voluntades.

Sus manos deshacen mi peinado,

desparramando los mechones sobre mis hombros y espalda sin romper ni un instante el contacto de nuestras ávidas bocas.

Le muerdo y gruño. Pruebo mi propio sabor mezclado con el suyo y sollozo cuando su puño se cierra en mi melena, con fuerza, y me obliga a torcer la cabeza para que el contacto adquiriera una nueva profundidad.

—Joder... —masculla, bajando el foulard—. Mírame, mírame fijamente mientras te follo con los dedos.

Nos enredamos en otro beso sin fin y, aunque me muero por tocarlo, no le pido que me desate las manos.

Su índice resbala por la abertura de mi sexo, hundiéndose en él todo lo que es humanamente posible e iniciando un pausado pero firme movimiento. Luego le sigue el corazón mientras el pulgar traza apretados círculos en torno a mi sobreestimulado clítoris; pero no es bastante. Es muy bueno, sí, pero yo quiero más, necesito más. Lo necesito a él.

—Gabe...

—¿Sí, preciosa? —Clava en mí sus ojos de ónix, sin disminuir ni un ápice el ritmo que imprime a sus dedos.

—Más.

Sonríe con malicia y apoya su frente en la mía. Ese brillo en su mirada me dice que tendré que pedirlo de otro modo si quiero recibir aquello por lo que mi cuerpo suspira.

—¿Más?

Rota los dedos en mi interior una y otra vez, haciendo que cierre los ojos y gimia casi presa de un paroxismo que se me sigue escurriendo.

—¿Qué quieres, Dee? —Su cuerpo se mueve al mismo ritmo que mis ondulantes caderas.

—Co-como si no lo supieras...

Su sonrisa se amplía.

—Me lo figuro, pero quiero oírtelo decir. — Sus dedos abandonan el interior de mi vagina y los lame con gula—. Mmmm... Tu olor es celestial, pero tu sabor es todavía mejor. —Es un provocador nato—. Vamos, Dee, dílo. Llena tu boquita con esas sucias palabras y juro por Dios que yo llenaré tu cuerpo con lo que deseas —sisea



contra mi boca—. Cada jodido centímetro será tuyo.

—Yo...

Rodeándome con sus brazos, desata mis manos y lleva una de ellas al frente de sus pantalones para ahuecarla contra una cremallera que amenaza con reventar de un momento a otro.

—Te mueres por esto. —Aprieta mi palma contra su miembro con fiereza—. Sientes un hambre que sólo mi polla puede mitigar, así que dilo, Dee. Di las jodidas palabras. Di, «Gabe, quiero que me folles con tu polla».

Trago saliva y estrujo esa parte de su anatomía.

—Quiero tu polla, y la quiero ahora mismo. —Abro la hebilla de su cinturón con la otra mano—. Quiero que cumplas punto por punto lo que prometiste. —El botón salta del ojal con rapidez—. ¿Recuerdas? Dijiste que me follarías «A conciencia. Duro. Profundo. Sin piedad».

—También dije que sería esta noche.

Un sonoro *zip* anuncia que la cremallera tampoco es ya un problema. Introduciendo mis

manos por el elástico del calzoncillo, agarro su palpitante erección y paso la yema de los dedos por el ancho y húmedo glande, recibiendo un estremecimiento por respuesta. Es mi turno para sonreír con malicia.

—Tu amigo no parece opinar lo mismo.

—Eso es porque es el fan número uno de tu ajustado coñito. —Aprieta los dientes cuando mis dedos vagan a lo largo de su turgente pene—. Yo no seguiría por ese camino, preciosa. A menos que quieras terminar caliente y sin orgasmo.

Mis labios se fruncen en un coqueto mohín. Entonces, suelto de inmediato el objeto de mi deseo y, apoyándome en los codos, me recuesto sobre la mesa, observando su erección con descaro y relamiéndome mientras abro mis muslos todo lo que puedo.

—Fólleme, Señor Berling —susurro, dedicándole un pícaro guiño.

—Con mucho gusto.

Posiciona el glande en la entrada de mi sexo y comienza a empujar lenta e inexorablemente, introduciéndose en mi cálido interior sin detenerse

ni un segundo.

La expresión de su mirada es decidida e implacable, la invasión de su miembro puro éxtasis. Muevo las caderas y contengo el aliento cuando me siento totalmente empalada en su dura longitud.

—Es... perfecto.

—Es jodidamente bueno.

Se retira del mismo modo en que me ha penetrado, arrancándome estremecimientos, y justo cuando tiene sólo la cabeza en mi interior, vuelve a hundirse, salvo que esta vez lo hace de un golpe rápido, rozándome con sus testículos y generando una exquisita fricción.

El ritmo y la rudeza de sus envites crecen y crecen con cada nueva penetración, haciendo vibrar cada célula de mi cuerpo. Mis caderas salen a su encuentro, elevándose en pos de esa dureza que me destroza de placer.

—Envuélveme con tus piernas. —Lo hago sin titubear. Sus ojos arden—. ¡Mierda! Eres muy estrecha. Cada vez que me estrujas... siento... siento... que pierdo el control.

Deslizando las manos por mi trasero, me alza y se sumerge aún más profundo, estimulando mi clítoris con cada nueva embestida. Cierro los ojos y me dejo llevar por el sonido de nuestra respiración agitada, por el salvajismo de sus besos.

Me siento cerca, muy cerca. Colmada más allá de toda cordura.

Abro la camisa para acariciar su torso sudoroso, deslizándolo mis manos con avidez sobre sus pectorales y los contraídos músculos del abdomen. Rodeo su cuerpo con mis brazos, atenazándolo contra mi pecho, y lo tumbo por completo sobre mí.

—Más —sollozo en su oído.

—Dime qué necesitas y te lo daré — responde, remarcando cada palabra con un nuevo empuje.

«Tu amor».

—Hazlo más rápido, más duro. —Emito un prolongado gemido—. Y, por lo que más quieras, tócame.

—Tú lo has querido, preciosa.

Es devastador. El orgasmo crece y crece sin control, así como mis gritos. Estoy a punto de caramelo. Es como si tan sólo tuviera que dar un pasito más para salir despedida por los aires. Y Gabriel lo percibe, porque me sujeta el rostro con una mano mientras me mantiene alzada con la otra.

—Abre los ojos. Ábrelos para que pueda hundirme en ellos del mismo modo que lo hago dentro de ti. Quiero ver cómo te corres, Dee. ¡Ábrelos!

Lo hago. Y lo que veo en los suyos es suficiente como para enviarme disparada al infinito.

—¡Gabe!

Mi sexo palpita descontroladamente alrededor de su pene, apretándolo sin piedad; arrastrándolo en mi espiral de demencia e instigándolo a llegar conmigo al clímax.

Cuando todo se calma, me dejo caer desmadejada sobre la superficie de la mesa, que ahora se me antoja fría en contraste con el febril estado de mi cuerpo.

Mi interior se siente raro sin Gabriel

enterrado en lo más hondo. Algo me dice que nunca podré zafarme de esa sensación que se acrecienta más y más con cada nuevo encuentro sexual. Sobre todo después de uno como este, que parece haber derretido mis neuronas. Y es que ha sido...

—... colossal.

—Gracias.

Me incorporo y lo veo sentado en la silla del presidente —su asiento, a fin de cuentas—, repantigado como un maharajá y con el peor caso de pelo revuelto de la ciudad. Se ve sencillamente irresistible, medio descamisado y con su rampante erección, empapada en mis jugos, curvándose sobre su vientre.

—Espera un momento —digo señalando lo obvio—. Tú no has terminado.

—No, no me he corrido. ¿Importa? — responde socarrón, acariciándose de un modo que me parece extremadamente erótico—. Pero lo haré pronto. Tú te encargarás de ello, ¿verdad? — Suelta su miembro y desliza la mirada por mi cuerpo—. No sé qué tienes que me excita tanto —

musita al tiempo que apoya la mejilla en su mano y continua hablando como si estuviera meditando en voz alta—. He pensado en ello. Pero no mucho, sólo de vez en cuando. —Sonríe para sí—. La cuestión es que podría follarte todo el puñetero día y no saciarme de ti.

—Gabe...

Me ofrece la mano que tiene libre en una muda invitación.

Aproximándome a él, rozo su palma con los dedos, en un toque liviano como el de una pluma, y le sonrío de un modo radiante, ganándome un mohín seductor a cambio.

Gabriel encierra mi mano en la suya y tira de mí, introduciéndome en el hueco que hay entre sus piernas. Entonces hace algo que no habría esperado ni en un millón de años: me toma por la cintura, aproxima su rostro a mi vientre y lo besa con una dulzura que logra sacudir los cimientos de mi corazón.

Acaricio su pelo mientras sus labios se mueven contra mi piel como si fueran delicados aleteos de mariposa. Me siento dichosa, incluso

diría que... amada.

—Ahora es mi turno —musito al cabo de un rato, aferrando su cabello y alzándole el rostro para que me mire.

—Sí, señora. —Su risa traviesa se ahoga repentinamente cuando me arrodillo entre sus piernas y lamo la cabeza de su pene tentativamente —. ¡Joder!

Vuelvo a hacerlo, degusto su sabor, a medias salado, a medias almizcleño, pero sobre todo, increíblemente masculino.

Gabriel encierra mi cabeza entre sus manos y, mientras mi lengua jugueteaba con su frenillo, observo cómo se deja ir hacia atrás, con los ojos entornados de placer y los labios entreabiertos en un silencioso gemido.

—Chúpamela —no es una exigencia, sino más bien algo parecido a un ruego.

Introduzco casi todo su miembro en mi boca, deslizando los labios por la dureza de su tallo con suavidad. Intento abarcar todo lo que puedo, subiendo y bajando a un ritmo insufriblemente lento. Enrosco mi lengua en su grosor y lo



succiono con dureza.

—Me vas a matar, preciosa.

Me repliego hacia el glande y le dedico una serie de pequeños y malévolos lametazos que le hacen mascullar varias maldiciones. Entonces vuelvo a engullirlo poco a poco, relajando mi garganta y respirando por la nariz para llevarlo cada vez más y más profundo, hasta que finalmente choca con mi glotis, haciéndome ronronear.

—¡Aaah! ¡Mierda! No canturrees con mi polla tan adentro o me correré sin remedio.

Enreda sus dedos en mi melena y toma el mando, marcando el ritmo y deslizándose sobre mi lengua con un ritmo frenético al tiempo que alza las caderas una y otra vez.

Lo chupo con fuerza, succionándolo para aumentar la fricción y hacerle ver las estrellas. Incluso uso mis dientes con delicadeza.

No sé cuánto tiempo estamos así pero, cuando todo indica que se encuentra en el punto de no retorno, Gabriel abandona mi boca, derrumbándose en el asiento, sudoroso y con el aliento entrecortado.

—Ven —dice de repente, desnudándose con celeridad—. Por lo que más quieras, móntame. Haz que me corra dentro de ti.

Sentándome a horcajadas, me dejo caer sobre su miembro con cuidado, fijando mi mirada en la suya mientras siento cómo entra en mí. Llenándome. Estirándome.

Mi sexo está tan hinchado que el avance es agonizantemente lento.

Siseo.

—¿Duele? —indaga tras agarrarme por la nuca y acercarme a él para deleitar mi cuello con implacables y sensuales mordiscos.

—No, no. Está bien. Tan sólo... —No puedo terminar la frase, me limito a gimotear cuando me pellizca un pezón—. ¡Sí, oh, sí! Hazlo otra vez. —Me retuerzo cuando le da el mismo tratamiento al otro—. Más, Gabe, más. Pellízcame, muérdeme, lámeme, bésame, tócame... por todos lados.

Y así lo hace, logrando que hormiguee de excitación de la cabeza a los pies. Sólo entonces comienza a moverse en mi interior con una cadencia hipnotizadora.

—Oh... Dios... mío...

Mis caderas se balancean en contrapunto a las suyas, creando juntos una sinfonía de movimientos perfecta.

—Esto va a ser rápido —musita contra mi cuello al cabo de un rato—. Agárrate.

Pierdo la noción del tiempo. Han podido pasar dos minutos, diez, treinta... No lo sé. Tan sólo lo siento a él en cada milímetro de mi ser, poseyéndome como un salvaje, acariciando mi clítoris sin piedad.

—Eres mía, Dee. Mía. —Acopla sus labios a los míos y los abrasa con su beso—. Córrete conmigo, córrete para mí.

Me arqueo hacia atrás y grito mi orgasmo mientras él lo exprime hasta el último espasmo. Sólo entonces se deja ir, vaciándose en mí con un rugido.

—Joder... —Me rodea con sus fuertes brazos, todavía estremecido—. ¿Qué cojones me estás haciendo?

## Capítulo 4

Ese mismo día, bien pasada la media tarde, Nadia me transfiere una inesperada llamada de Tyler al despacho.

Bueno, lo de inesperada es un decir, habida cuenta de que teníamos pendiente una copa desde la noche del catorce. Lo que me sorprendió fue el hecho de que se diera tanta prisa en materializar esa «cita», sobre todo en un día laborable.

—Y tiene que ser *hoy*, precisamente —hago especial hincapié en esa palabra.

Mi primer impulso es posponerlo para otro día porque, aunque la sonrisa de boba no se me borra de la cara, estoy bastante vapuleada después del erótico e intenso interludio con Gabriel. Pero Tyler sabe cómo ablandar a una mujer y a los pocos minutos claudico ante su adorable insistencia.

Apenas acabo de despedirme hasta dentro de unas horas cuando recibo un mensaje de *WhatsApp* del Hombre en persona.

«¿Cómo está tu nevera?».

«Con un pie en la jubilación. ¿Debería preocuparme ante tu súbito interés por ella?».

«Mierda, te has dado cuenta. Iba a proponerle que te abandonara y se viniera a vivir conmigo. Las maduritas me dan mucho morbo».

Me río como una quinceañera ante su absurda respuesta. Esta faceta de «tonto adorable» es inédita, refrescante y me gusta. Máxime cuando me tiene demasiado acostumbrada a su versión de «cabronazo impenitente» combinada con momentos de «te descoloco más que el final de *Perdidos*» y toques de «soy un Dios del sexo y puedo demostrarlo».

Incapaz de escribir nada coherente, porque me tiembla el pulso a causa de las carcajadas que sacuden mi cuerpo al leer las guarradas que piensa hacerle a mi nevera, le envío un montón de muñequitos partiéndose de la risa. Tantos, que terminan cubriendo casi la totalidad de la pantalla.

«Si esto sale de aquí, sabes que tendré que matarte, ¿verdad?».

Le aseguro que su secreto está a salvo conmigo y me seco las lágrimas con el dorso de la

mano. Entonces, cuando me comunica que esta noche tiene toda la intención de venir a mi apartamento, me envaró en la silla de la oficina.

¡Ups! ¿Se lo digo o me invento una trola?

«Imposible. Tengo una cita ineludible.

¿Mañana?».

Ya sé que hay personas que piensan que no decir toda la verdad es lo mismo que mentir, pero no me atrevo a confesarle con quién he quedado.

Cruzo hasta los dedos de los pies, pero los segundos trascurren y la respuesta de Gabriel no termina de llegar, así que me aventuro a preguntarle si sigue ahí o ha ido a secuestrar mi nevera aprovechando que estoy muy ocupada en *Candilejas*.

«Saluda a Ty de mi parte».

—¡Demonios!

¿Era una trampa? ¿Me estaba probando de alguna retorcida, perversa manera? ¿Y por qué? ¿Es que acaso cree que me echaré a los brazos de su amigo a espaldas suyas? Porque yo podría pensar lo mismo de él, a fin de cuentas sentó un precedente cuando me dejó tirada en Reed Valley

por una tal Vanne, así que bien podría estar jugando a varias bandas ahora mismo sin que yo tenga conocimiento de ello. Además, me compartió con Tyler, aunque también es cierto que no pareció gustarle demasiado. ¡Agh! No sé. Todo es demasiado confuso.

Tres horas después, acomodada delante de una de las altas mesas de desgastada madera oscura del *Bar Jamón*, ubicado en la zona de Gramercy, espero copa en mano a que el abogado con más *sex appeal* de la Gran Manzana traspase el umbral del atestado local. Por suerte pude agenciarme un hueco en la esquina pegada a la pared de los colgadores y ahora custodio el asiento libre a mi izquierda con feroz ahínco. Asiento sobre el que he depositado el bolso para dejar bien clarito que está reservado, no vaya a ser que llegue algún listillo e intente apropiárselo.

Tengo un hambre voraz. Prueba de ello es que ya me he ventilado las aceitunas que pedí junto con el vino blanco. Y para colmo, esa tortilla española que vi nada más entrar me sigue haciendo guiños desde la barra, incitándome a que no espere por

Tyler ni un segundo más.

—Perdón por el retraso —se disculpa el interfecto al tiempo que se acomoda a mi lado con una exhalación de cansancio—. Habría llegado puntual de no ser porque cierto chucho guardián me retuvo.

Se acerca a mí con toda la intención de darme un beso en la mejilla, pero frena en seco cuando un mechón se interpone en su objetivo.

—Le prometí que no te tocaría ni un pelo —murmura con una sonrisa traviesa—, así que si haces el favor de retirarlo por mí...

—Entonces no deberías besarme tampoco —señalo mientras recojo la melena en un improvisado moño que sujeto en el sitio con la goma elástica que llevo siempre en el bolso—. ¿No crees?

—Ah, pero no especificó más partes prohibidas —su sonrisa se ensancha aún más—, así que me limitaré a seguir sus indicaciones al pie de la letra.

Se inclina, envolviéndome en una nube de delicioso aroma masculino, y deposita un suave y



agradable beso en mi mejilla.

—Abogado tenías que ser —le reprendo cuando rompe el contacto de sus labios con mi piel—. Camarero, por favor. —Levanto la mano para llamar mejor su atención—. ¿Tienes hambre?

—Canina —confiesa quitándose la chaqueta y colgándola en uno de los ganchos de la pared—. ¿Tú?

—Me temo que se me han puesto los dientes largos mirando esa tortilla. —Se la señalo con el dedo—. ¿Acaso no se nota?

Le muestro la dentadura, lo que provoca que Tyler exhale una risita a la vez que levanta mi labio superior con el pulgar para hacer una comprobación rápida y asegurarme que son los dientes largos más bonitos que ha tenido el gusto de ver en mucho tiempo. Es entonces cuando aprovecho para reprocharle el que me haya dejado con el culo al aire diciéndole a Gabriel que íbamos a quedar, porque nadie más que él pudo habérselo contado. ¿Su defensa? Aflojar la corbata, abrirse un par de botones y encogerse de hombros con una sonrisa impenitente en los labios.

Pocos minutos después nos encontramos dando buena cuenta de una ración de jamón ibérico de bellota, otra de queso manchego y sendas de tortilla. Todo tan rico que tengo que controlarme para no devorar mi parte y la suya, ya que tengo un hambre que no veo debido a que me salté la comida del mediodía olímpicamente por estar jugando con cierta persona en la sala de juntas de *Berling Enterprises*.

«A partir de ahora no podré volver a sentarme en la cabecera de esta mesa sin volver a verte desnuda y mojada, abierta para mí».

Me sacudo presa del escalofrío de placer que recorre mi columna a la velocidad del rayo y saboreo la loncha de jamón que acabo de introducir en la boca. De repente tengo curiosidad por conocer los detalles acerca de qué sucedió en la habitación del hotel una vez me largué de allí, y así se lo hago saber.

—¿Aparte de que me pegó un grito por reírme y se metió en el cuarto de baño dando un portazo que hizo temblar todo? —Parpadea con carita de inocente—. Nada. —Bebe un sorbo de vino tinto

con calma antes de esbozar una mueca socarrona —. Bueno, miento. Sí pasó algo, pero no te lo puedo contar.

Los hombres y sus secretitos.

Por la manera en que se está sonriendo ahora mismo, diría que es un cotilleo lo bastante jugoso como para someterlo a una rigurosa tortura hasta hacerlo desembuchar. Pero estoy segura de que Tyler es un hueso duro de roer y se sabe mil y un trucos para resistir y no soltar prenda, así que mejor empiezo a hacerme a la idea de que toca efectuar un ejercicio de resignación.

—Vale, entonces háblame de ti. —Hago rodar la copa entre mis dedos al tiempo que apoyo el codo encima de la mesa y acomodo la mejilla en la mano—. ¿Siempre has sido tan... ya sabes?

—¿Apuesto? ¿Seductor? ¿Increíblemente bueno en la cama? —Este hombre no necesita abuela, en serio—. Mi perpetua madre viajera suele decir que lo mío viene de nacimiento. —Lo miro con curiosidad, instándolo a continuar—. Al parecer, tenía loquitas a todas las enfermeras del hospital y era el bebé más visitado del nido. —No

puedo evitar carcajearme cuando mueve las cejas a lo Groucho Marx—. Ya sabes, una sonrisa arrebatadora hace milagros.

—Todo un rompe corazones en pañales.

Picoteamos un rato, intercambiando información de todo tipo; desde nuestras respectivas infancia y adolescencia hasta las primeras —y en mi caso bastante desastrosas— experiencias con el sexo contrario. Contraponemos experiencias universitarias —las suyas loquísimas, las mías tan normales que aburren—, los primeros pinitos profesionales... Incluso esboza por encima cómo Gabriel le planteó su propuesta laboral en mitad de un aburrido concierto benéfico para el que ni siquiera tenía invitación.

—Siempre los ha tenido cuadrados —lo dice con reverencia—. Cuando quiere algo, nada ni nadie puede pararlo. Va a por ello. Punto. Cueste lo que cueste. Así que en el preciso instante en que decidió que yo era una pieza indispensable para su proyecto de futuro, vino a por mí sin pensárselo dos veces.

Quiero tirarle más de la lengua acerca de Gabriel, de su misteriosa e impenetrable vida privada, pero Tyler es demasiado inteligente y rápidamente redirige la conversación hacia terrenos menos comprometidos. Ah, la lealtad masculina...

Dejándolo estar por el momento, me inclino un poco hacia él y le pregunto si existe la mujer que haya logrado robarle su cínico corazoncito. Porque puede que en apariencia sea más *suave* que su amigo del alma, pero en el fondo poseen el mismo e inexpugnable órgano incrustado en el pecho.

—*Hay una.*

¡Oh, oh! Acaba de hablar en presente. De hecho, lo ha remarcado de manera especial. ¡Esto se pone interesante!

—Peeero... —Qué raro que haya un «pero», ¿ah?—. Ciertamente Berling se me adelantó y se llevó el premio gordo. —Espero que no se refiera a mí, porque podría morirme de la impresión—. A veces creo que me enamoré de Vanne nada más...

Un momento. ¡Un momento! ¡Frena el carro,

que derrapamos! ¿Vanne? ¿Acaba de decir Vanne? ¿La misma que llamó a Gabriel mientras estábamos en Deer Valley? ¿La misteriosa mujer por la que me dejó plantada prácticamente en la otra punta del país, sola?

—Alto ahí —lo interrumpo mientras hago el gesto de tiempo muerto—, aclaremos conceptos. ¿Esa Vanne tiene una hija?

—Eeeh... —frunce el ceño, desconcertado—. Sí, ¿por qué?

—Porque tengo una historia que contarte, pero antes tienes que jurarme que *no* se lo dirás a Gabe.

Le relato la escena punto por punto, desde el inicio de la llamada hasta que salió por la puerta del dormitorio, y las expresiones que veo cruzar el rostro de Tyler no hacen sino espolear todavía más mi ansiedad acerca de todo lo que rodea a este misterio.

En cuanto pongo punto final a la narración, se queda un rato en silencio, rascándose la incipiente sombra de barba rubia que cubre su barbilla. Y lo hace con gesto de profunda concentración, como si

intentara colocar las piezas del puzzle en su sitio pero una de ellas se resistiera a encajar.

—Deberías hablarlo con Gabe, porque no es a mí a quien corresponde contarte según qué cosas. —Se pasa la mano por el pelo, alborotándolo—. Pero supongo que el mundo no oscilará en su órbita porque alivie un poco tu incertidumbre. O sí. El caso es que Vanne es su cuñada. —Se inclina hacia mí con un brillo extraño en los ojos—. ¿De verdad estaba contigo en la cama? —Asiento y al instante él emite un largo silbido—. Que me arranquen los huevos y me los sirvan de desayuno.

Cuando le pregunto acerca de qué pasa, él se limita a sacudir la mano como diciendo «nada, nada», lo que me hace experimentar el impulso de abalanzarme sobre él y zarandearlo hasta hacerle escupir lo que está ocultando.

—Para de mirarme como si fuera un fenómeno de feria —refunfuño cruzándome de brazos.

—Es que resultáis fascinantes. Ambos —murmura sofocando una risita en su copa de vino

—. Dios, esto va a ser muuuy divertido.

—¡Tyler! —exclamo exasperada.

Deposita su mano sobre la mía y la palmea con cariño, intentando tranquilizarme. Entonces, desliza los dedos por debajo de los míos y se la lleva a los labios para depositar un beso en ella mientras me observa a través de sus espesas pestañas.

—Sigue mi consejo de la otra noche y todo irá bien —musita sobre mi piel.

¿Por qué tiene que ser tan condenadamente enigmático? ¿Eh?



## Capítulo 5

Dos días después, Alberto y yo nos acercamos al Metropolitan para echar un vistazo *in situ* al Ala Americana del museo que, por tamaño y estilo, es la única que vamos a poder adaptar a la temática de la Gala de este año.

Si tan sólo el patio del Castillo de Vélez Blanco hubiese sido un poco más amplio... Estoy enamorada de sus preciosas arcadas de mármol, de la galería en el piso superior, de su ornamentación de estilo renacentista italiano. Sería la ubicación perfecta de no ser por el pequeñito detalle de que su tamaño deja mucho que desear. Sobre todo cuando miras el espacio disponible y luego le echas un vistazo a la lista de asistentes. Uff... Esa maldita, dichosa lista que ha echado por tierra mis intenciones de manera definitiva. Porque a pesar de que el precio de las entradas ha oscilado entre los veinte y treinta mil dólares —lo que ha elevado la exclusividad del evento respecto del año anterior—, el número de asistentes no es lo bastante reducido como para meterlos allí. Así

que adiós precioso patio renacentista, hola estilo neoclásico.

—Vale, la zona principal la ubicaremos en torno a la estatua de bronce de Diana —le indico al tiempo que acoto el espacio con un gesto de mi mano—. Luego, tomando como referencia este punto, trazaremos las distintas zonas del «jardín» veneciano con la vegetación que hemos encargado a Patrick —esbozo en el aire el dibujo que tengo en mente—, de tal modo que crearemos una especie de laberinto que nos ayudará a distribuir a los asistentes según el precio pagado.

De repente, ante mis ojos el espacio empieza a cambiar, convirtiéndose en ese decadente jardín de ensueño que poblaba mi imaginación mientras esbozaba el proyecto. Puedo ver los titilantes juegos de luces y sombras en los perfectamente recortados matorrales, el sensual colorido de la ropa de las famosas cortesanas de la antigua república de Venecia. Escucho risas y conversaciones a media voz solapadas por los pulsantes latidos de los instrumentos de cuerda, el murmullo de una fuente cercana. Y todo es

vibrante, mundano, repleto de vida.

—¡Dee! —Alberto chasquea los dedos a un escasísimo palmo de mi nariz—. ¡Hey! ¿Dónde se supone que estabas?

—En otro mundo —exhalo las palabras en un susurro—, en otra vida. —Lo encaro con las manos apoyadas en las caderas y una sonrisa satisfecha iluminándome el rostro—. Bueno, ¿qué me dices? Les vamos a dar la más refinada voluptuosidad que jamás hayan podido disfrutar. La ambientación, la música, la comida... —Le guiño un ojo, presa del entusiasmo que corre por mis venas como gasolina ardiendo—. La *Costume Institute Gala* lo va a tener un poco duro este año.

Salimos del museo media hora después y nos separamos en la escalinata de acceso en direcciones opuestas; Alberto tiene que regresar a la oficina mientras que a mí me espera una cita con Clarice Shamal para terminar de elegir el vestuario que llevara el personal que se encargará de atender a los asistentes a lo largo de todo el evento.

Estoy a mitad de camino, en el interior de un

taxi, cuando mi móvil adquiere vida propia, vibrando como loco dentro del bolsillo de mi entallada chaqueta.

Contesto sin mirar la pantalla.

—Vargas al habla.

—¿Te divertiste el otro día con Ty?

Miro a través de la ventanilla al tiempo que cruzo la pierna derecha sobre la izquierda. Empiezo a pensar que en realidad este hombre se ha criado en medio de una manada de lobos, dada su carencia de modales.

—Sí, mucho. —Me muerdo el labio inferior para no reír. Hoy me siento con ánimo juguetón—. Al menos él me trata como merezco.

Se hace un denso silencio al otro lado de la línea. No sé si mis palabras le han resultado molestas o, por el contrario, han caído en saco roto. Seguramente ahora mismo su rostro esté oculto tras esa máscara de impasibilidad tan suya, para no variar.

—¿Tienes planes para esta noche?

—No.

—Pues ahora sí —asegura—. Nos vemos en

tu apartamento.

—Pero...

*Pipipipipipi.*

Me quedo mirando el *smartphone* con cara de pocos amigos, como si el pobre aparato tuviera la culpa de algo. ¡Maldita sea! Ha colgado así, sin más. Sin despedirse ni dar explicaciones de algún tipo sobre lo que se supone que vamos a hacer. ¿Cómo pretende que sepa qué demonios tengo que ponerme si no me cuenta sus planes? ¿Eh? ¡Agh! ¡Hombres! No, corrección; ¡Berling!

A las siete en punto suena el timbre y lo recibo con un mohín en los labios y lo que creo que es el conjunto más hortera jamás visto por ser humano alguno; *leggings* de estampado de leopardo, camiseta rosa chicle de *Hello Kitty* del grupo Kiss y calcetines plagados de corazoncitos multicolor.

Gabriel entra en mi apartamento antes de que pueda siquiera invitarlo a traspasar el umbral. Se le ve algo cansado, aunque tan irresistible como siempre, y cuando al fin cierra la puerta tras de sí, el espacio vuelve a encogerse de nuevo a su alrededor, igual que en anteriores ocasiones.

Me saluda en silencio, acariciándome la mejilla con la punta de la nariz antes de depositar un beso en mis labios. Un beso que pretende ser delicado, pero que cambia poco a poco hasta transformarse en algo abrasadoramente intenso que termina conmigo empotrada contra la puerta.

—Estás... —musita después de poner fin al saqueo de mi boca y darme un buen repaso visual de la cabeza a los pies— perfecta.

«Y tú ciego».

—¿Perfecta para qué?

—Para el sofá, ¿para qué si no? —Me enseña las bolsas que trae en la mano con una sonrisa—. Sushi. Espero que te guste.

Sin darme tiempo a replicar, enlaza sus dedos con los míos y me arrastra en dirección al salón. Una vez allí, deposita las bolsas encima de la barra americana que separa la cocina del mismo, se desembaraza de la chaqueta y enrolla las mangas de la camisa hasta la altura de los codos mientras yo le quito la corbata.

—Mmmm... —murmuro con los labios pegados a su garganta nada más desabrochar el

botón del cuello. Huele de vicio, como siempre—. Te comería ahora mismo.

—Lo siento, hoy no estoy en el menú. — Suspira como lo haría un padre un segundo antes de reprender a su vástago—. No todo en la vida es sexo, Dee.

Me aparto de él y lo miro con expresión aturdida. ¡La madre que lo parió! Que seguramente no tenga culpa de nada. O sí, vete tú a saber. Porque tal vez, si le hubiera calentado el trasero con más frecuencia cuando era pequeño, ahora yo no tendría que lidiar con estas salidas tan... tan... Es que me he quedado sin palabras.

—¿Perdón?

Si eso no ha sido el corte más descarado de la historia, que baje Dios y lo vea. Porque vamos... Sólo le ha faltado ponerse el cinturón de castidad y tirar la llave por el desagüe de la cocina.

—Siéntate, anda —me pide a la vez que apunta hacia el sofá con la barbilla—. Ya me encargo yo de todo esto.

Le hago caso, demasiado estupefacta como

para protestar, y al poco rato lo contemplo depositar encima de la mesita sendas fuentes de *sushi* presentado bajo dos de sus cuatro modalidades; *nigirizushi* de salmón y atún rojo y el típico *makizushi*.

—Tú tienes un rollo rarito con todo lo japonés, ¿verdad? —indago mientras lo observo regresar a la cocina—. El simbolito ese en la foto de perfil, tu desenvoltura con el idioma, la sonrisa de felicidad que apareció en tu cara cuando dijiste «sushi»...

—Me gusta, lo confieso —admite poniendo ante mí los palillos, un pocillo pequeño con salsa de soja y un platito con *gari* y *wasabi*—. Yo bebo sake, pero como no estaba seguro acerca de tus preferencias traje cerveza japonesa para ti.

Le agradezco que se haya tomado la molestia de pensar en ello porque el *sake* y yo no nos llevamos precisamente bien.

—No sé comer con palillos, se me cae todo. ¿Te importa traer un tenedor?

Gabriel se queda congelado a mitad de camino con las bebidas en la mano y me mira con



estupor, como si acabara de cometer alguna especie de sacrilegio que desconozco.

—Comer sushi con tenedor es como comer espaguetis con cuchara.

—¿Y cómo pretendes que lo haga?

—Te lo daré yo —ladea la cabeza, pensativo—, aunque tampoco está bien visto.

—Si te vas a poner protocolario con el tema de la comida —mascullo molesta, apoderándome de la cerveza que acaba de ofrecerme—, me hago un sándwich de jamón y queso.

Menea la cabeza con una mueca de diversión y, tras amagar con morderme la punta de la nariz sólo para borrar la expresión ceñuda de mi rostro, coge los palillos y me insta a abrir la boca al tiempo que selecciona una pieza y la moja en la soja.

Aunque al principio me siento como una niña inepta por no saber usar esos artilugios infernales, al final termino por pillarle el gustillo a esto de que me alimente. De hecho, me fascinan las expresiones que asoman a sus ojos de ónix cada vez que deposita una nueva pieza en mi lengua, así

como la manera en que me observa masticar y la sonrisa que tironea de las comisuras de su boca cada vez que emito un gemido de satisfacción.

Para cuando nos queremos dar cuenta, estamos recostados en el sofá, con los estómagos llenos de comida y mirando la televisión como lo haría cualquier pareja normal y corriente.

—Gabe —susurro levantando la cabeza de su hombro y deslizando los labios por su garganta.

—¿Mmm? —suena algo adormilado, pero no ha parado ni un instante de jugar con mi pelo, enroscándolo en los dedos y peinándolo con aire distraído.

Mordisqueo su mandíbula y busco su boca para fundirme con él en un beso pausado, dulce.

—¿Y el postre?

—Este está bastante bien, ¿no crees? —exhala contra mis labios entreabiertos—. Yo no necesito más. ¿Y tú?

No, yo tampoco necesito más.

## Capítulo 6

Esa noche no hubo sexo. Ni la siguiente, ni la subsiguiente, ni la... Bueno, para que os hagáis una idea; la última vez que me convertí en la feliz beneficiaria de un revolcón derrite neuronas fue hace veintinueve días. Concretamente, cierto ardiente e inolvidable diecisiete de febrero. Después de eso... Nada. Vale, quizá decir eso sea faltar un poco a la verdad, porque hemos tenido sesiones de besuqueo puro y duro para dar y tomar. Muuuuchas sesiones. ¡Demasiadas! Tantas que tengo la sensación de que he sufrido una especie de regresión a la adolescencia, pero a una situada en un universo paralelo a la que viví en realidad. Porque os aseguro que si llegué a darme el lote una vez, ya es mucho decir. Y es que sí, en aquel entonces yo era un cero a la izquierda para el sexo contrario. De hecho, hasta la mujer invisible era muchísimo más visible que yo.

Pero volviendo al meollo de la cuestión, admito que al principio la novedad resultaba interesante, incluso fascinante. De la noche a la

mañana todo era muy normal, muy... No me salen las palabras, en serio. Eso sí, hiciéramos lo que hiciéramos, siempre con la discreción como máxima.

De todos modos, el hecho de que cada vez saliéramos con mayor frecuencia de mi apartamento para hacer vida en la calle me hacía sentir menos su «sucio secretillo» y más su... no sé cómo expresarlo. «Pareja» tal vez resulte demasiado entusiasta, mayormente cuando jamás ha manifestado sus sentimientos de viva voz, pero en ocasiones así era como me sentía; como su pareja. Sobre todo cada vez que buscaba mi mano mientras caminábamos por algún barrio tranquilo, o me besaba en la punta de la nariz logrando que la arrugara porque me hacía cosquillas. O cuando me observaba por el rabillo del ojo, creyendo que no me daba cuenta, consiguiendo que mi piel ardiera a fuego lento bajo la sensual caricia de su mirada.

Y no, en ningún momento ha dejado de ser un deslenguado, como tampoco ha abandonado esa vena cabrona o su «rico» vocabulario. Pero a lo largo de estos días se ha suavizado. A su manera,

claro, pero lo ha hecho.

El problema de las citas platónicas es que llega un punto en que tanto besuqueo y cero acción puede volver un poco loca hasta a la mujer más templada. Y, para mi desgracia, yo de templada tengo poco. No cuando me encuentro cerca de él. Por lo que haceros una idea de lo que ocasiona en mi pobre cuerpo el estar así nada más ni nada menos que... ¡veintinueve malditos y eternos días! Por Dios... Si ayer mismo hizo que mi ropa interior se calcinara hasta quedar reducida a cenizas después de dos horas de besos en el sofá de mi apartamento. ¡Dos puñeteras horas! ¿Qué somos? ¿Adolescentes cachondos o adultos? ¡Si incluso una mocosa de quince años disfruta de más mambo horizontal que yo ahora mismo!

En fin, supongo que esto es alguna especie de retorcida venganza kármica por haber deseado demasiado que me tomara en serio, que me viera como algo más que un polvo con fecha de caducidad. ¡Pues está bien, Universo! ¡He pillado la indirecta! Ahora, poooooor favoooooor, un poco de sexo no estaría mal, ¡gracias! Porque he llegado

a tal punto que ni los famosos altos hornos *Sloss* hubieran podido competir en su época más productiva con mi actual estado de perpetua y ardorosa excitación. Y no exagero. ¡Más quisiera! Además, mi reserva de baterías para el vibrador se encuentra bajo mínimos, lo que convierte esta situación en una urgencia de grado uno.

Hoy es miércoles, quedan tres días de cara a la gran noche y el ritmo de trabajo para tenerlo todo perfectamente atado ha pasado de agotador a demencial.

Alberto está exhausto e insoportable; yo estoy fatigada, cachonda e irascible; Beth y Nadia necesitan unas vacaciones; el Ala Americana del Metropolitan parece haber sido tomada al asalto por hormiguitas atómicas y, mires donde mires, todo es caos y frenesí.

En serio, si no llega pronto el sábado, creo que alguien va a explotar.

Sentada en una mesa del *Café Sabarsky*, donde he quedado con las chicas para comer, miro el reloj por cuarta vez en los últimos diez minutos antes de volver a ojear la calle a través de la

ventana. Lo que sea con tal de no ver a cierta parejita acaramelada que está unas tres mesas más allá, dándose piquitos de cuando en cuando y poniéndome de los nervios.

Dios mío... Creo que me he convertido en alguna especie de gruñona amargada. Pero es que estoy caliente, cachonda perdida. ¡Más salida que el pico de cualquiera de estas mesas! Y sé a ciencia cierta que si alguien vuelve a darse un beso delante de mis narices me pondré en pie, tirándome de los pelos, y gritaré. Gritaré hasta que alguien me enfunda en una condenada camisa de fuerza o Gabriel Berling me folle como es debido.

¡Demonios! Jamás pensé que llegaría a decir algo semejante, pero es que ya no aguanto más. ¡Es inhumano! Creo que este hombre me ha convertido en una especie de yonqui incapaz de vivir sin su dosis periódica de sexo salvaje y sudoroso. Y conste en acta que me encanta hablar, que me parece adorable eso de hacer manitas, que me pirra que me besen hasta dejarme sin aliento. De verdad que me gusta. Pero... ¿He dicho ya que veintinueve días de encuentros platónicos son

demasiados días? ¿Sí? Pues vuelvo a decirlo. No me importa repetirme más que el ajo.

—Chica, das pena.

Esa es Maddie —siempre tan agradable ella—, que acaba de sentarse frente a mí y ahora mismo me somete a un profundo escrutinio.

—No sé si es el trabajo o la carencia de orgasmos, pero tienes cara de funeral.

—¿He oído «orgasmos»? —resuella Kat, que acaba de atravesar el mar de mesas con paso acelerado, antes de dejarse caer a mi lado y darme un rápido beso en la mejilla—. Que sepáis que sois unas guarras si habéis empezado sin mí.

Siento el loco impulso de golpearme la frente contra el borde de la mesa una y otra vez. ¿Por qué les contaría nada acerca de mi misteriosa relación inclasificable con cierto hombre cuyo nombre les sigue siendo totalmente desconocido?

Maddie no puede evitar hacerle ojitos al atractivo camarero mientras pedimos nuestras *crêpes* de trucha ahumada y *crème fraîche* y un par de ensaladas para compartir. Yo prefiero evitar el alcohol, así que me decanto por beber agua



mineral en vez de compartir media botella de vino con Maddie.

—Vale —larga Kat una vez nos han servido las bebidas—. Acláranos qué es lo que está pasando.

—Para mí es obvio —replica mi otra amiga—. Le ha cortado el grifo del sexo y se está subiendo por las paredes. —Se inclina un poco hacia mí, con gesto pícaro—. Tiene que ser realmente bueno para tenerte en semejante estado, así que detalles, detalles.

—No seas mala —la reprende Kat al tiempo que me rodea con un brazo y aprieta mi hombro en señal de solidaridad—. Imagínate cómo estarías tú después de dos horas de interminables, eróticos, húmedos besos con lengua aderezados con sobeteos por debajo de la camiseta.

Me aparto de ella con gesto ofendido y observo cómo se parten de la risa sin comedimiento alguno. Uy, esta se la guardo. Como que me llamo Dee Vargas que se la guardo.

—Deberías de haberlo violado anoche —me susurra Maddie guiñándome un ojo—. Yo en tu

lugar lo habría maniatado al sofá para poder servirme a placer, como en un *buffet* libre. Grrrrr... —En ese momento el camarero aparece en escena con nuestras ensaladas y se queda un poco descolocado al escuchar el gruñido sensual de mi amiga—. Si estás interesado, te puedo dejar mi número de teléfono, guapetón.

—¡Maddie! —exclamamos a coro, sonrojándonos como dos amapolas.

En cuanto el pobre hombre hace mutis por el foro, nuestra amiga nos asegura que tan sólo bromeaba, que ni loca le daría su número a un desconocido. A no ser que el desconocido fuera George Clooney, claro.

De repente, mi *smartphone* vibra sobre el mantel y la lucecita parpadeante me anuncia que acabo de recibir un mensaje vía *WhatsApp*. Nada más entrar en la aplicación y leerlo, me veo obligada a agarrarme al borde de la mesa para no deslizarme por el asiento hasta el suelo.

—Oh, Dios. Oh, Dios... —murmuro a la vez que lo releo de nuevo—. Es él.

—Cuenta, cuenta —me ruegan ambas dejando

de lado la comida.

Aparto el móvil del campo de visión de Kat, que intenta echarle un vistazo a la pantalla para ver si logra averiguar la identidad de mi anónimo calientabragas.

—Una cita. El viernes por la noche. Dice que le debo una fantasía y que ha llegado el momento de cobrarla.

—¡Ya era hora! —prorrumpe una alborozada Maddie alzando su copa de vino—. Brindemos porque al fin se termina la sequía.

## Capítulo 7

Alberto me expulsó del Metropolitan a las cinco de la tarde con la advertencia de que si volvía a verme por allí antes del mediodía del gran día —o sea, mañana—, me metería en graves problemas con él.

De nada sirvieron mis protestas. Ni que me agarrara a Nadia mientras mi socio me sacaba de allí casi a rastras, porque al final lo único que conseguí fue llevármela conmigo.

—Haz lo que pienso hacer yo ahora mismo; ve a casa, date una ducha, cena cualquier cosa. ¡Y duerme! —me exigió después de meterme a la fuerza en un taxi junto con mi asistente, a la que encomendó la tarea de acompañarme hasta mi apartamento para cerciorarse de que no daba media vuelta y regresaba al museo—. Lo que sea menos pensar en mañana. ¿Entendido?

Despotriqué durante todo el camino, lo que me sirvió para descargar los remanentes de tensión que todavía quedaban en mi sistema. Lo que menos necesito esta noche es que Gabriel me encuentre en

pleno proceso obsesivo perfeccionista por culpa de los retoques finales de la Gala, en lugar de relajada y dispuesta a cumplir su fantasía.

Ahora, a pocos minutos de las siete —y después de varios intercambios de mensajes—, espero a que llegue de una vez en su coche paseando de un lado a otro de la acera para quemar los nervios que se han apoderado de mí en los últimos treinta minutos.

Qué tontería, ¿no? No tengo razón alguna para estarlo, ya que no es nuestra primera vez ni nada por el estilo. De hecho, se supone que tendría que estar dando saltos de alegría. ¿Verdad? Entonces, ¿por qué no puedo dejar de morderme las uñas mientras le doy vueltas y más vueltas a todos los posibles escenarios de esta noche? Nuestra última noche.

—Hola, preciosa —susurra Gabriel en mi oído, pegado a mi espalda, pillándome desprevenida por completo—. ¿Necesitas que te lleven a algún sitio?

Su cálido aliento se derrama sobre mí cuando aparta la melena por encima de mi hombro para

depositar un delicioso beso en mi cuello que me hace estremecer. De repente todo mi ser se dispersa de la realidad, focalizándose sólo en él. Me vuelvo dolorosamente consciente de la tentadora proximidad de su cuerpo, del roce de sus labios en mi piel desnuda, de su calor sexual haciendo bullir la sangre en mis venas... Aspiro su intoxicante aroma envolvente y me fundo bajo sus caricias al tiempo que anhelo las que vendrán a continuación.

Me pierdo en Gabriel. Lo amo. Lo deseo. Lo necesito. Ni siquiera sé cómo se supone que voy a poder vivir sin él una vez termine toda esta locura, pero tampoco quiero pensar en eso ahora. Porque a lo que únicamente aspiro en este momento es a que me rodee con sus brazos y estire cada segundo hasta lo imposible. El mañana vendrá, irremediablemente, y será doloroso. Por eso no quiero pensar, ni preocuparme más. No puedo malgastar lo poco que me queda con él, a su lado.

Apoyo la cabeza en su hombro y sonrío. El mundo, todo lo que me rodea, ha dejado de existir. Sólo estamos él y yo.

—Necesito que me lleven al Paraíso —  
respondo a su anterior pregunta.

Coloca sus manos en mi cintura y me hace girar hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Puedo llevarte al mío, si te interesa.

Coge mi mano y, tras entrelazar nuestros dedos con fuerza, tira de mí en dirección a un viejo *Ford* aparcado apenas a tres metros de donde nos encontramos.

—Y ese Paraíso está... —indago nada más acomodarme en el asiento del copiloto.

—En mi refugio.

El motor ruge al ser devuelto a la vida y mi corazón ejecuta un triple salto mortal al asimilar lo que acaba de decir. ¿De verdad me va a llevar al *penthouse* del quince de Central Park West? ¿A su flamante, prohibitivo ático de ochenta y ocho millones de dólares? ¿El mismo cuyas fotos fueron publicadas hace tres años en el *Architectural Digest*? Ay, Dios... Yo salivé viéndolas. Literalmente.

Me gusta verlo conducir. Hay algo excitante en el modo en que agarra el volante, en la

expresión concentrada de su rostro mientras avanzamos a través de los densos ríos de metal y humo en los que se convierten las calles de la ciudad cada día. Aunque admito que, acostumbrada a verlo aparecer siempre en lujosos coches de gama alta, me ha desconcertado la elección de este modelo de *Ford* tan corriente y cascado.

Repaso su indumentaria; desde los pies calzados con botas de estilo militar, pasando por los *Dockers* verde camuflaje y la camiseta blanca de cuello pico, hasta terminar en una cazadora negra que grita «chico malo». Todo ello, unido a su pelo revuelto y una ligera sombra de barba, hacen que me hormigüeen las puntas de los dedos por las ganas de tocarlo, de reseguir la firme línea de su mandíbula, de peinar los suaves y densos mechones hasta hacerlo ronronear.

Dios, no debería de ser tan sexy. Pero lo es. Y en unos minutos volverá a ser mío, mío. Sólo mío.

—Oye, me parece que te estás desviando bastante —le indico nada más fijarme en la calle



por la que circulamos—. Central Park West está por...

—Pero es que no vamos allí —revela con una sonrisa misteriosa—. Dije mi «refugio», no el ático que adquirí como inversión.

—¿Entonces...? —balbuceo desconcertada, como si fuera un pez al que acaban de sacar del agua.

Gabriel exhala el aire de sus pulmones en un lento, largo suspiro antes de mirarme por el rabillo del ojo con algo parecido a la... ¿timidez? Entonces, el semáforo se pone en rojo y quedamos temporalmente inmóviles en medio de la marabunta de coches.

—No vivo allí —revela sin despegar la vista del vehículo que está delante—. Es más bien de uso familiar, ¿entiendes? —Rasca con el pulgar una mancha imaginaria del volante al tiempo que se aclara la voz—. Aunque apenas tiene vida, salvo cuando mi madre viene de visita o mi hermana Mikki decide que es hora de escapar de Seattle por unos días con Paul y la niña. —Me observa por el rabillo del ojo un segundo antes de

que el semáforo cambie de color—. Por cierto, sigue pensando que eres la Reina de las hadas.

—¿Mia es tu sobrina?

Asiente y se vuelve a hacer el silencio en el interior del *Ford*.

—¿Te gustaría conocer el lugar donde pasé gran parte de mi infancia, Dee? —musita según vamos dejando atrás Little Italy.

Siento que me quedo sin habla, pero consigo musitar un quedo «sí».

Un buen rato después, tras abandonar definitivamente el caos de la Gran Manzana, nos encontramos en Williamsburg, más concretamente en la calle Grand.

—Hemos llegado —anuncia una vez ha terminado de estacionar—. Es justo ahí.

Sigo la dirección que marca con su dedo y me encuentro un edificio de color rojo de tres plantas, en cuyo bajo comercial hay un salón de belleza unisex.

—Vivimos de alquiler en el tercer piso hasta que mi padre murió —relata. Todavía estamos sentados en el interior del coche—. Tenía quince

años y fue como si el mundo se hubiera desmoronado por completo en un parpadeo. De repente todo estaba bien y al segundo siguiente, papá había sufrido un absurdo accidente laboral y estaba en la cama de un hospital, muriéndose. — La nota de dolor en su voz me hace estremecer—. Una puta, eterna semana, Dee. Fue como presenciar su muerte a cámara lenta. Sentía que la vida se le escapaba y no podía hacer nada para evitarlo. —Sacude la cabeza, como si así pudiera borrar esa imagen del pasado de su memoria—. Después de aquello, nos mudamos un par de veces, buscando alquileres más baratos, pero siempre he considerado este sitio como mi verdadero hogar.

—Recuerdos, ¿ah? —murmuro sin atreverme a mirarlo a los ojos.

—Los mejores. —Se inclina hacia mí y, agarrándome por la barbilla, me obliga a voltear el rostro hacia él—. Y quiero compartirlos contigo.

Salimos del *Ford* prácticamente a la par, como si de una coreografía se tratara, y una vez en el exterior me tengo que obligar a inspirar hondo

un par de veces antes de avanzar hacia la puerta, que está pintada del mismo color que la fachada.

Gabriel extrae un juego de llaves del interior del bolsillo de la cazadora e introduce la correspondiente en la cerradura, que se abre con un pesado *clic*. Entonces, empuja la puerta y hace un gesto con la mano para que pase yo primero.

—Venga, sube —me insta—. No hay pérdida.

Asciendo por el estrecho tramo de escaleras mientras siento sus ojos clavados en mí. No necesito darme la vuelta para comprobarlo; sencillamente lo sé. La espalda me cosquillea bajo el escrutinio de su mirada y puedo figurarme sin margen de error que mi trasero está siendo sometido a una rigurosa inspección. Quizá no debería haberme puesto unos vaqueros tan ajustados. Marcan mis formas de tal modo que no dejan mucho margen a la imaginación. Aunque tampoco es como si él la necesitara, dado que me ha visto desnuda... en bastantes ocasiones. Dejémoslo ahí.

Apenas hemos llegado al descansillo entre la primera y la segunda planta cuando Gabriel agarra

mi mano derecha y me gira de sopetón. Aprisionada contra la esquina, cautiva de su duro cuerpo, abro mis labios bajo la seductora e insistente presión de los suyos al tiempo que me aferro a su cazadora y emito un tenue gemido. Me abandono a él, en él. Me vuelvo arcilla con cada nueva caricia, con cada roce de su experta lengua. Entierro los dedos en su pelo y lo aproximo todo lo humanamente posible a mí, hasta que estamos tan pegados el uno al otro que podríamos fundirnos en un único ser.

Que me llamen loca, pero quiero a Gabriel. Me quedo con lo bueno y lo malo de él. El pack completo. Aunque haya habido momentos en que hubiera deseado tener a mano un objeto contundente para estrellárselo contra esa cabezota suya.

—Me muero por meterme dentro de tus bragas —jadea pegado a mi boca.

Si no paramos ahora, entraré en combustión aquí mismo, en la escalera.

—Dios, Gabe —lo golpeo de manera juguetona en el hombro—, eres todo un poeta.

Nos reímos bajito, experimentando el alocado golpeteo de nuestros corazones junto con las sacudidas de la hilaridad compartida. Y es en momentos como este que creo que puede suceder, que existen los milagros, que no es tarde.

—Consigues que me desvíe de mis propósitos —confiesa al tiempo que apoya su frente en la mía, con los ojos cerrados—. Eres...

Se muerde los labios y deja la frase inconclusa. Entonces se aparta de mí y me empuja escaleras arriba con premura. Ay, Dios, ¡ojalá pudiera hacer que el tiempo se parara ahora mismo!

—¿Lista? —pregunta una vez estamos frente a la puerta del apartamento.

—¿Y tú?

—De no ser así, no estaríamos aquí.

Hay determinación en sus ojos. Y algo más. Algo que no logro descifrar pero que consigo que un placentero escalofrío me recorra la columna de un extremo al otro, haciendo que se me ponga la piel de gallina.

Gira la llave y el mecanismo del blindaje

llena el ambiente de rumores metálicos mientras empiezo a sentirme como si estuviera a punto de entrar en alguna especie de santuario cuyo paso está reservado a un puñado de afortunados.

—No queda mucho del original —me advierte una vez franqueamos la entrada—. Me temo que los anteriores inquilinos se despacharon a gusto con los cambios. —Se encoge de hombros—. Pero la esencia sigue aquí.

Gabriel se descalza y deja las botas a un lado del recibidor antes de desprenderse de la cazadora y colgarla en un pequeño, estrecho armario que hay a mano derecha.

Le entrego el abrigo en cuanto extiende la mano en mi dirección y me desembarazo del calzado, apoyando la espalda en la pared para evitar caerme de culo mientras intento quitarme los botines a la pata coja.

—No tenías por qué hacerlo —murmura, pero veo en la expresión de su rostro que mi gesto le ha gustado—. Ven.

Avanzamos por un pasillo de suelos de madera de haya natural y paredes en tonos tostados

que desemboca en un amplio salón de escaso mobiliario. La iluminación de la calle Grand penetra a través de dos ventanas de guillotina, cuyos estores en beige se encuentran enrollados en lo alto.

—Cuando tenía siete años se me metió entre ceja y ceja que era posible descolgarse hasta la acera usando unas cuantas sábanas como cuerda —relata al tiempo que se apoya en la jamba de una de las ventanas con una sonrisa nostálgica en los labios—. Lo peor fue que convencí a Rafe para que se ofreciera como conejillo de indias. —Sacude la cabeza—. Y el muy tonto se dejó. Pero claro, ¿qué iba a hacer si tenía cinco años y menos cerebro que yo?

Avanzo hasta colocarme frente a él e imito su postura. Sus facciones son un juego de luces y sombras, pero por primera vez puedo leer las emociones provocadas por la evocación del pasado con total nitidez, como si fuera un libro abierto.

—Dime que no lo hicisteis.

—Esa era nuestra intención, créeme —admite



con una mueca algo avergonzada—. Pero mi madre apareció en el momento oportuno y nos calentó el culo de tal modo que tuvimos que cenar de pie.

No puedo evitarlo. Estallo en sonoras carcajadas al visualizar en mi imaginación la versión en miniatura de Gabriel recibiendo una buena y dolorosa tanda de azotes en el trasero.

—¿Sabes? —Da un paso largo hacia mí, cerrando la corta distancia que nos separa—. Le habrías encantado a mi hermano.

Desliza los nudillos por mi mejilla y ladeo la cabeza para no perder el agradable contacto. Entonces suspira, profundamente, y sé que va a decir algo importante. Lo siento en cada fibra de mi ser.

—Creo que te debo una explicación, Dee.

¿Sólo? Más bien me debe como varias decenas de ellas. Pero una no está mal para empezar. De hecho, es mucho más de lo que habría estado dispuesto a proporcionarme hace dos meses, así que mejor no me pongo demasiado melindrosa. Por si acaso.

—Dispara. Soy toda oídos.

## Capítulo 8

Tomo asiento en el despejado alfeizar y coloco los antebrazos sobre los muslos sin despegar la mirada de él.

—Cuando te llevé a Utah...

Siento la imperiosa necesidad de levantar el dedo y hacer una acotación. Bueno, más bien una corrección. La cuestión es que yo cambiaría esa conjugación del verbo «llevar» por la de «arrastrar», que se ajusta mejor a la realidad. Pero vale, he me dicho que no voy a ser melindrosa y tengo que cumplir conmigo misma, ¿verdad?

—Quizá debería retroceder más en el tiempo.

—Introduce las manos en los bolsillos mientras se pasea de un lado a otro, pensativo—. Rafe, Raphael... Era el mediano, nos llevábamos apenas dos años. Una fuerza de la naturaleza. Incansable, imparable... Estar a su lado era como esnifar la sal de la vida. —Se pasa los dedos por el pelo repetidas veces e inhala el oxígeno de la habitación como si estuviera a punto de ahogarse—. Él era esa parte de mí que perdí en algún punto

del camino, después de la muerte de papá. La misma que sólo podía recuperar cuando estábamos juntos. —Puedo ver la agonía que le produce hablar de su hermano reflejada en sus ojos. No sé si pararlo o dejar que continúe hablando—. Lo conocía mejor que a mí mismo, por eso no logro entender cómo no me di cuenta. Se supone que debería haber sabido que algo no iba bien, pero... ¡Joder!

Se acerca al bloque de estanterías que cubre una de las paredes laterales por completo; de lado a lado y desde el suelo hasta el techo. Está repleta de libros pero, ahora que me fijo, también hay bastantes marcos de fotos.

Gabriel toma uno y observa la imagen con una expresión que me atraviesa el alma. Me siento impotente y no sé qué se supone que tengo que hacer o decir.

—La mayor parte del tiempo consigo arrinconar el recuerdo de aquella puta mañana en Kitzbühel —me clava la mirada y veo dolor y fragilidad en ella—, pero cada año, según se va acercando la fecha... —Niega con la cabeza—.

Estaba ebrio de deseo por ti, pero también necesitaba olvidar. —Aprieta el marco entre las manos con fuerza—. Y te usé.

Abandono el alfeizar y me aproximo a él. No siento rencor, sólo... Necesito darle consuelo, del mismo modo en que hice en Reed Valley, sin saberlo. Necesito fundirme con él en un abrazo y apaciguar su dolor de algún modo. Hacerle saber que estoy aquí no por el trato, ni por otro motivo, sino por él.

Sin decir una palabra, tomo la fotografía y percibo como su agarre empieza a aflojarse de manera paulatina según tiro de ella, hasta que al fin la suelta por completo. Entonces le doy la vuelta y observo la estampa familiar; es una auto foto de Gabe y Rafe vestidos con sus respectivas equipaciones de esquiador, apretujados frente al objetivo y abrazados por los hombros mientras sostienen los lados de la cámara con la otra mano. Enormes, desgarradoras sonrisas de felicidad tironean de las comisuras de sus labios y apostaría mi cabeza a que detrás de esas gafas de sol hay sendos pares de ojos brillantes y exultantes de

diversión.

Son tan dolorosamente parecidos... Me pregunto cómo es capaz de mirarse en el espejo cada mañana sin romperse al ver a su hermano devolviéndole la mirada a través de su propio reflejo.

—No fue un accidente —suelta de repente.

Me vuelvo hacia él sin comprender del todo a qué se refiere, hasta que de repente una revelación me golpea de lleno, haciendo que me tambalee sobre mis pies al igual que si alguien acabara de asestarme un puñetazo en el plexo solar.

—Nadie lo sabe, Dee. Eres la primera persona a la que se lo cuento.

Entonces, ¿por qué yo?, quiero preguntarle. Pero en cambio deposito el marco en su sitio y lo abrazo. Le rodeo la cintura y apoyo la mejilla contra la firme calidez de su torso al tiempo que Gabriel me estrecha con fuerza antes de hundir el rostro en mi melena y vaciarse.

—Estaba taciturno, algo inusual en él, pero cada vez que le preguntaba aseguraba que eran rollos laborales y cambiaba de tema. —Deslizo

las manos por su espalda una y otra vez, en un intento por reconfortarlo—. Aquella mañana, antes de subir al helicóptero que nos llevaría a la cima, me dijo «¿Sabes lo orgullosos que estamos de ti? Has hecho tanto... Pero en tu afán por darlo todo por esta familia te has olvidado de lo más importante; de ti mismo. Sólo júrame una cosa; cuando el momento llegue, no seas el gilipollas que lo dejó pasar de largo. Porque únicamente tenemos esta vida, hermanito, y qué gran pecado es no exprimirla hasta el final». —Noto cómo se sacude, su estremecimiento convirtiéndose en el mío propio—. ¡Se estaba despidiendo y yo no me di cuenta, joder! —Las lágrimas pican en mis ojos—. La última vez que lo vi fue en lo alto de esa condenada montaña. Me palmeó la espalda y me susurró un «Gracias, por todo» al oído antes de desaparecer de mi vista.

Me aprieto a él emitiendo un gemido estrangulado y absorbo en silencio su sufrimiento.

—«Un desafortunado accidente», aseguraron las autoridades austriacas. —Exhala un trémulo soplo de aire—. Sólo que no lo fue. Maldita sea,

¡no lo fue! Y no lo supe hasta que a la salida de la iglesia, tras el funeral que se ofició en nuestra parroquia de toda la vida, se me acercó un desconocido a darme el pésame. Un extraño que aseguraba ser el médico de Rafe y que decía sentir muchísimo nuestra pérdida, pero que en cierto modo era mejor que todo hubiera terminado así.

—Oh, Dios... —musito—. ¿Insinúas que...?

Gabriel asiente antes de depositar un beso en mi coronilla.

—Ironías de la vida, su mujer pensando que esas extrañas desapariciones de dinero de la cuenta bancaria se debían a alguna aventurilla extramarital —su risa es amarga—, cuando en realidad las usaba para pagar consultas y pruebas médicas en clínicas privadas.

Deslizo las manos hasta su rostro y enmarco sus mejillas.

—Pero...

—Se moría, Dee. Leí hasta el jodido último informe y ni siquiera ellos estaban seguros al cien por cien de qué se trataba. Tan sólo sabían que la vida de Rafe había empezado a consumirse de

manera inevitable por culpa de una extraña e incurable enfermedad. Y el loco, estúpido de mi hermano, queriendo evitarnos el dolor de verlo agonizar, como cuando papá,...

Sin saber muy bien qué otra cosa hacer, me pongo de puntillas, porque la carencia de calzado acentúa nuestra diferencia de estatura, y deposito un dulce, tierno beso en sus labios. Un mudo aunque elocuente roce con el que quiero decirle tantas, tantísimas cosas...

—De repente las piezas encajaban y yo... — murmura pegado a mi boca—. No pude decírselo a nadie, quise ahorrarles el trago. Sobre todo después de la lectura del testamento, cuando nos enteramos de que mi hermano había congelado semen por si acaso Vanne... —Traga saliva—. Lo tenía todo muy bien atado, ¿sabes? Ella quería un pedacito de Rafe, llevaban meses intentándolo, y él se lo dio. Su último regalo de amor.

Paladea mis lágrimas calientes cuando lo silencio con un nuevo beso. De repente todas las caretas han caído y al fin me encuentro frente a frente con un Gabriel desnudo, real. Un hombre



cuya fragilidad es tan poderosa como su fortaleza.

—Te necesitaba para no enloquecer — susurra de manera apremiante al tiempo que apoya la frente en la mía y cierra los ojos—. Quería contártelo. Aquel atardecer, junto a la hoguera, yo...

—No importa. Lo digo en serio, Gabe.

—Y luego voy y te dejo tirada porque...

—No hablemos más de eso —pongo un dedo encima de sus labios para que pare. En realidad no quiero recordar esa noche. Ahora que todo ha adquirido sentido, ya no me preocupa—. Hoy sólo hay cabida para los buenos recuerdos, ¿entendido?

—Sí, señora.

Se pone firme y me hace un saludo militar. Dios, a veces puede ser tan adorablemente payaso...

—¿Y para las fantasías? —Su mirada se oscurece y las pupilas se dilatan—. ¿Qué dices a eso, mi preciosa Dee?

—No veo a Tyler por ningún lado —lo provoco mientras miro a mi alrededor.

El salón está prácticamente inmerso en la

oscuridad ahora. De hecho, de no ser por la luz del alumbrado público que se filtra por las ventanas, seguramente no seríamos capaces de ver más que nuestras siluetas recortadas en la penumbra.

Gabriel me propina un azote juguetón en el trasero que provoca que emita un altisonante gritito. La tristeza parece haberse evaporado de su rostro y me alegro de ello. Me ha llegado al corazón el hecho de que se haya abierto, de que quisiera compartir conmigo algo que nadie más sabe. Si eso no es una muestra de que confía en mí, de que tal vez incluso siente algo que va más allá del placer de compartir nuestros cuerpos... No sé qué otra cosa podría significar.

—Ven. Dejemos la visita guiada para luego.

Agarrados de la mano, salimos del salón y atravesamos una puerta que está más o menos a la altura de la mitad del pasillo.

Cuando Gabriel enciende la luz, me encuentro prácticamente en medio de lo que parece un enorme estudio de fotografía de paredes de ladrillo visto y suelos de madera oscura.

—Es el apartamento contiguo. Lo compré y lo

dividí en tres; el estudio que estás viendo —apunta hacia el fondo—, un pequeño gimnasio para cuando no tengo tiempo de ir a mis sesiones de *aikido* y un trastero lo bastante grande como para contener los recuerdos de toda una vida.

Giro sobre mis pies, mirando a mi alrededor con patente curiosidad, y me fijo en las enormes y escasas fotografías que adornan el lugar. Algunas en blanco y negro, otras en color. Todas ellas maravillosas, vibrantes, repletas de vida.

—¿Te gustan? —Asiento al tiempo que rodea mi cintura desde atrás y me atrae hacia él, instándome a que me apoye contra su cuerpo—. Son de mi hermano. Esa de ahí —señala un precioso paisaje tormentoso captado en algún rincón perdido de la mano de Dios—, es de un reportaje para la revista *National Geographic*. Y esa otra —apunta hacia la que está cerca de la ventana—, es del día de su boda.

Abandono su abrazo y me acerco para poder verla mejor. Se trata del retrato en sepia de una mujer, una imagen captada en movimiento. Su rostro es la viva imagen de la felicidad, su sonrisa

es tan hermosa que hiere los ojos. Rafe inmortalizó el preciso instante en que ella se gira, como si alguien hubiera reclamado su atención. Tal vez él mismo.

Ladeo la cabeza. La fotografía es tan buena que casi me siento como si estuviera realmente allí. Puedo escuchar la risa que se adivina en la curva de sus labios, el susurro del elegante vestido de novia al girar. Puedo sentir la textura de la tela, de las ondas de su brillante cabello oscuro. Sin duda alguna es una mujer muy guapa, pero el hermano de Gabriel ha logrado convertir su belleza en una verdadera obra de arte. En una oda al amor que sentía por ella.

—Tu hermano era... —controlo el arrebato de adelantar la mano y tocar la imagen, sólo para comprobar que no es un ente vivo— más que bueno. —Me giro hacia él—. Parece como si fuera a saltar de la fotografía en cualquier momento.

—Hizo miles a lo largo de su corta vida, pero sin duda esta era su favorita. —Se acerca a mí con una *Nikon* en la mano—. Yo poseo únicamente una copia. El original lo tiene Vanne.

Entrecierro los ojos y observo la cámara con suspicacia. No sé si debería preguntar qué es lo que tiene en mente.

—Venga, hazlo. —Su sonrisa traviesa se amplía—. Sé que te mueres de ganas.

—No sé si será conveniente. —Me cruzo de brazos—. Ya sabes lo que dicen por ahí; que la curiosidad mató al gato.

Se muerde los labios para ahogar una carcajada mientras observa la cámara en silencio durante un rato. Entonces, cuando eleva la mirada, veo un chispazo de crudo deseo en sus ojos.

—¿Recuerdas aquella primera noche, en la galería, cuando te preguntaste en voz alta qué se sentiría al posar para una sesión de fotos de Green?

Trago saliva de manera sonora y asiento.

—Quizá no sea tan bueno como él o como mi hermano, pero no se me da nada mal tampoco.

Da un paso en mi dirección. Y otro más. Y otro... Hasta que apenas queda un palmo de distancia entre nosotros.

—Quiero fotografiarte, Dee. Desnuda en

cuerpo y alma, ardiente. Esa es mi fantasía;  
inmortalizarte como nadie lo ha hecho nunca.  
Como nadie lo hará jamás.

## Capítulo 9

Si existe el colmo del erotismo, sin duda es este.

De pie, sobre un confortable futón que Gabriel ha colocado delante del sempiterno fondo blanco de cualquier estudio fotográfico, empiezo a posar ante la cámara mientras el *It Never Entered my Mind* de Miles Davis se derrama por el hilo musical.

Al principio lo hago vestida, debido a mi repentino ataque de timidez —que él encuentra adorable—, pero poco a poco, según percibo que mi confianza se consolida, empiezo a desprenderme de las prendas una por una, tirándoselas con descarada picardía.

Y así, lentamente, me revelo ante sus ojos libre de tapujos y de miedos. Como una de esas diosas griegas de los cuadros renacentistas, según él. Una voluptuosa Venus emergiendo de entre la espuma del mar. Sólo que a diferencia de ella, yo no poseo una extensa melena con la cual tapar mi intimidad, por lo que cojo la gasa azul semitransparente que Gabriel deja caer a los pies

del futón y me oculto tras ella, con coquetería.

—Empiezo a sentirme como Bert Stern — bromea al poco tiempo, tomando una foto de mi cuerpo de perfil, parcialmente velado por la gasa—. Joder —aparta la cámara por un instante y se lame los labios en un gesto muy sexy—, tienes un culo increíble.

—Sólo que Marilyn era rubia y guapísima. — Frunzo los labios y le soplo un beso por encima del hombro cuando vuelve a presionar el disparador—. Al contrario que tu modelo, que es una morena más bien corriente.

Gabriel baja el objetivo y se aproxima a mí. Entonces, su mano libre inicia un lánguido, delicado trazado de mi anatomía, encendiendo mi cuerpo hasta hacerme sentir en llamas.

Dispara un puñado de fotos mientras sus dedos acarician mis labios entreabiertos, resbalan por mi cuello y dibujan las clavículas antes de reseguir el valle entre mis henchidos senos.

—Espera a ver las fotos, Dee.

Mi respiración se atasca al sentir el decadente roce a lo largo de mi abdomen, la



manera en que circunvala el ombligo una y otra vez, juguetonamente, antes de colarse entre mis piernas.

—Entonces comprenderás que no hay nada de corriente en ti —masculla feroz en mi oído al tiempo que tortura los humedecidos pliegues de mi sexo con sutiles toques que me roban el aliento—. Eres preciosa. —Dejo caer la tela con un gemido suspendido en mis labios y me agarro a su camiseta—. Sensual. Y lo eres de un modo salvaje, único. —Degusta el sabor de mi piel con un lento deslizamiento de lengua que consigue arrancarme un profundo, trémulo suspiro que capta con la cámara—. Acuéstate en el futón y juega con tu cuerpo. —Me besa con erótica aspereza, absorbiendo mis jadeos—. Hazlo por mí, para mí.

Hago lo que me pide y me olvido de todo, menos del placer. Recorro cada curva de mi ser, estudiándolo como si fuera la primera vez, y me acaricio sin cesar, con los ojos cerrados y su imagen fija en la mente. Me toco ajena a los constantes sonidos del disparador, sin poder dejar de pensar en Gabriel, de tal modo que llega un

punto en que ya no son mis manos, sino las tuyas las que exploran mi cuerpo, las que logran que me sacuda presa de la lujuria mientras me balanceo en el filo de un delirio cercano al éxtasis.

De mis labios se escapa un mudo gemido cuando resbalo los dedos más allá del pubis, introduciéndolos entre los inflamados labios vaginales. Entonces, abro más los mulsos para que él pueda verlo y rozo mi pulsante clítoris con el pulgar al tiempo que penetro el lubricado pasaje de mi sexo con los demás.

Mis caderas se ondulan y corcovean con cada nuevo asalto. Extiendo el brazo libre por encima de mi cabeza y agarro la sabana que cubre el futón, atrapándola con fuerza en mi puño en el momento en que un intenso orgasmo me atraviesa como si de una descarga se tratara. Me alzo casi de puntillas con su nombre en mi boca y la espalda arqueada. Ardiendo. Suspendida en un clímax que parece no tener fin, con el corazón bombeando la sangre de mis venas a mil por hora.

—Eres asombrosa.

Abro los ojos para encontrarme con un

Gabriel de rodillas, entre mis piernas. Un Gabriel en cuya mirada de ónix brilla algo más que deseo y excitación. Un Gabriel que agarra su camiseta por el cuello para sacársela de un tirón, con ansiosa urgencia, quedando gloriosamente desnudo de cintura para arriba.

—Eso fue lo que me gustó de ti desde el principio —musita con fervor echándose sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo—. Ya entonces supe que nadie era como tú. —Enmarca mi rostro entre las calientes palmas de sus manos, como si quisiera acunarme con ellas—. Que jamás conocería a una mujer igual.

Le ayudo a despojarse de las escasas prendas que nos separan y cuando por fin nos encontramos piel con piel, nos disolvemos en un íntimo abrazo plagado de besos y caricias apremiantes.

—Fue verte y desearte —jadea contra mi boca mientras toma posesión de mi sexo poco a poco, hundiéndose en mí—. Al principio sólo ansiaba enterrarme entre tus piernas, bajo tu piel. —Se retira con un movimiento fluido, pausado, sólo para volver a penetrar en mi interior del

mismo modo—. Pero después... —Un gemido gutural se escapa de entre sus labios cuando lo ciño con fuerza—. Después quise más, lo quise todo.

Coloca mis manos por encima de mi cabeza y entrelaza nuestros dedos sin dejar de mecerse contra mí ni por un segundo. Profundo, intenso. Poseyéndome. Arrastrándome con él en una lenta, deliciosa agonía.

—Y esa necesidad casi me vuelve loco.

Esto es diferente a nada que hayamos compartido hasta ahora. Jamás lo he sentido así. Es casi como si... me venerara con su cuerpo. Como si me amara de verdad.

—Dee...

Envuelvo sus caderas con los muslos y, sin desenlazar mis ojos de los suyos, salgo a su encuentro.

Es dulce, tan dulce... Me vuelve loca. Sobre todo cuando, tras ponerse de rodillas y acomodarse sobre sus talones, ahueca las manos en mi trasero y me lleva consigo.

—Eres una adicción de la que no quiero

curarme —confiesa con sus labios pegados a mi cuello mientras me muevo encima de él, rodeándole la espalda con un brazo a la vez que enredo la mano libre en su cabello—. Quiero ser adicto a ti toda mi vida. —Me estremezco con su miembro completamente enterrado en mí. Cierro los ojos por un instante y me abandono a la sensación, a él—. No puedo resistirme, esa es la realidad.

Sin pensarlo dos veces, jadeo un «te quiero» en su oído cuando el orgasmo se apodera de mi cuerpo, de mi mente. Entonces Gabriel me vuelve a tumbar sobre el futón para continuar penetrándome con embestidas impetuosas aunque controladas, transformando el placer en algo casi insoportable. Y cuando al fin cae satisfecho y sudoroso sobre mí, depositando un tierno beso en mi sien, tengo que contener las ganas de ponerme a patallar de pura felicidad. Porque Gabriel Berling acaba de hacerme el amor. Emotiva, pasionalmente. Sí, lo ha hecho. No cabe duda.

No sé cuánto tiempo permanecemos tirados allí, entrelazados, escuchando los latidos de

nuestros corazones. Sólo sé que me encanta esta intimidad, la manera tan posesiva en que me abraza, en que me toca.

—¿Tienes frío? —pregunta burlón sin parar de deslizar los dedos por mi costado arriba y abajo, erizándome la piel—. Se te ha puesto la carne de gallina.

—Eso es por tu culpa —me retuerzo de la risa cuando sus caricias se convierten en cosquillas—. No, eso no. —Las lágrimas brotan de mis ojos, incontrollables, al tiempo que mis carcajadas resuenan por todo el estudio, salpicadas por suplicas—. ¡Piedad! ¡Para, para!

Justo cuando creo que ya no puede sorprenderme más, lo hace. Su actitud retozona me derrite el corazón, pero si no para de hacer eso de una vez, si sigo riéndome de este modo, terminaré con calambres en el estómago.

—Quédate —musita apremiante, cesando su ataque de manera repentina—. Aquí, conmigo. Toda la noche.

Su inesperada petición me deja sin palabras, así que asiento en silencio antes de recibir un

meloso beso que termina derivando en una salvaje posesión de mi boca que me arrebató hasta la última brizna de aliento.

—Te cansaste de sacar fotos, ¿ah? —indago tras propinarle un mordisquito en la nuez de Adán.

—No, pero ante el riesgo de correrme en los pantalones... —Atrapa mi labio inferior y lo succiona con fuerza—. Preferí no desaprovechar la oportunidad de hacerlo en ti. Además, ¿quién dijo que no las estuve haciendo? —Me muestra el pequeño control remoto que ha tenido todo el tiempo en la palma de la mano, sin que yo me percatara de ello—. Bienvenida al maravilloso mundo de los disparadores remotos inalámbricos.

—¡Eres incorregible! —exclamo sorprendida.

Gabriel se levanta del futón de repente, dejándome huérfana de su calor, y camina hacia la puerta con paso tranquilo. Dios, tiene un culo de primera. Prieto, mordisqueable. De esos que en una escala del uno al diez se llevan un veinte.

—¿A dónde vas?

Me incorporo sobre los codos en el preciso

instante en que me guiña un ojo por encima del hombro antes de desaparecer por la puerta que comunica el estudio con el pasillo. ¿Debería preocuparme su repentina actitud sexy-enigmática?

Apenas transcurre un puñado de minutos cuando regresa vestido con algo parecido a un *kimono* de color negro, ceñido al cuerpo con un ancho cinto blanco. En el brazo cuelga una prenda similar, aunque de un profundo azul noche.

Extiende su mano para que la tome y tira de mí hasta ponerme en pie. Entonces, me gira de espaldas a él y me viste al tiempo que empieza a explicarme que lo que me está poniendo es una *yukata* de algodón, una prenda típica japonesa.

Una vez puesto, paso las manos por el tejido, salpicado de diminutas estrellitas blancas, y doy una vuelta en el sitio para que pueda ver qué tal me queda.

—¿Y bien?

—Perfecta. —Una lenta, perezosa sonrisa de complacencia tironea de sus labios.

—No sé qué opinará tu madre acerca de que estés usando su guardarropa conmigo —digo entre



risitas al recordar cómo me obligó a usar su ropa para la nieve en Reed Valley.

—No opinaré nada al respecto, créeme. — Posa las manos en mi cintura, aproximándome a él —. Esta *yukata* es tuya, Dee. —Su mirada es solemne—. La adquirí la última vez que estuve en Japón porque no podía parar de imaginarte con ella puesta en cuanto la vi. Además —inclina la cabeza hasta que nuestras narices se rozan—, no puedo permitir que andes correteando por aquí en pelota picada. —Su voz ronca se derrama sobre mí como una caricia—. Sería incapaz de resistir la tentación de follarte a cada hora, y un hombre necesita descansar de cuando en cuando. ¿No crees?

Se supone que tengo una política de tolerancia cero respecto a sus regalos, pero ahora que parece que las cosas han cambiado entre nosotros, sería un poco tonto por mi parte no aceptar algo tan sencillo como esta prenda, ¿verdad? Al fin y al cabo, no es comparable a la carísima fotografía de Green con que me obsequió aquella primera noche.

No, este gesto va mucho más allá. Lo sé, lo percibo.

—Todavía me debes un recorrido por el apartamento —le recuerdo.

Recorro su varonil mandíbula a golpe de besos, arrancándole una sonrisa que ocasiona que un millón de mariposas se pongan a revolotear como locas en mi estómago.

—Si sigues haciendo eso —me advierte divertido—, tendremos que posponerlo por segunda vez.

Paro al instante y, tras apoyar las manos sobre su pecho, pongo mi mejor carita de niña buena. Sonrisa de anuncio de dentífrico y aleteo de pestañas incluidos.

—Venga —sacude la cabeza al tiempo que me voltea en dirección a la puerta y me pone en marcha con un azotito en el trasero—, empecemos antes de que recapacite y termine contra la primera superficie plana que encuentre con la *yukata* a la altura de las orejas.

¡Dios, su facilidad para la verborrea romántica es realmente abrumadora!

## Capítulo 10

A cada minuto que pasa, lo quiero más.

Así de simple, así de complicado. Cada nuevo recuerdo que evoca para mí es una capa menos en esa intrincada maraña de protecciones que siempre lleva encima. Un paso hacia delante, hacia el verdadero Gabriel. Y es entonces cuando descubro que han sido nuestras peculiares circunstancias las que no sólo nos han convertido en lo que somos, sino también las que terminaron por obligarnos, de un modo u otro, a crear una fachada para poder salir adelante y enfrentarnos al mundo y los seres que lo habitan. Para sobrevivir en la terrible jungla en la que nos movemos cada día. Sobre todo él.

Ambos nos convertimos en adultos antes de tiempo. Experimentamos el amargor de la vida cuando apenas éramos un par de críos.

Gabriel ni siquiera pudo guardar luto por la pérdida de su padre porque era imperativo que se pusiera a trabajar en lo que fuera para ayudar a su madre a sacar adelante a la familia.

Yo terminé saltando de casa en casa tras el divorcio de unos padres demasiado egoístas como para acordarse de que existía. Años en los que me sentí igual que un trasto inútil que ningún familiar quería tener en su hogar durante demasiado tiempo.

Gabriel encontró su propósito en la vida, harto de ver cómo su madre se dejaba la piel y la juventud en tres trabajos a tiempo parcial por un puñado de dólares. Y todo porque se negaba a que sus hijos perdieran la oportunidad de ser algo más de lo que fueron ella y su marido; asalariados mal pagados.

Yo me topé de bruces con el mío en Medina, cuando mis abuelos maternos se enteraron de lo que estaba sucediendo y decidieron hacerse cargo de mí, visto que su hija era incapaz de acordarse de ese pequeño detalle que era yo.

Gabriel trabajó y estudió hasta la extenuación día y noche. Y lo hizo por su madre y hermanos; jamás por él. Porque quería para ellos una vida libre de cargas y preocupaciones, desprovista de penurias. Porque de repente su mundo se había

reducido a darlo todo por esa pequeña, vapuleada familia tan rica en amor, pero pobre en recursos.

Yo descubrí por primera vez lo que era ser querida de verdad. Y lo hice entre los besos y abrazos de unos abuelos que, a pesar de ser muy estrictos, derrocharon en mí todo el cariño que albergaban en sus corazones. Un cariño que lograba convertir las evidentes carencias materiales en una nimiedad.

Gabriel se jugó el todo por el todo, apostó hasta su última gota de sangre en un sueño y ganó a base de sacrificio, esfuerzo y perseverancia.

Yo convertí los sueños en vocación y la vocación en trabajo. Hubo momentos buenos y momentos horribles. Meses y meses en los que subsistí a base de fideos chinos instantáneos para poder pagar el alquiler de mi cuchitril. Pero no me rendí. Luché con uñas y dientes y me repuse a todo y a todos. Y sí, perdí muchas cosas en el camino, pero también gané otras. Mi día a día se convirtió en un pulso con la vida hasta que Alberto y yo nos cruzamos y dimos forma a una locura llamada *Candilejas*.

—¡Ay, qué pintas! —intento no reírme, pero fracaso estrepitosamente.

Al final hemos terminado tirados boca abajo en su enorme cama, frente a un ordenador portátil que custodia en sus carpetas estampas familiares de toda una vida; desde fotos escaneadas de la más tierna infancia de Gabriel y sus hermanos hasta imágenes digitales tan recientes como las del verano pasado.

—Eran los ochenta, ¿vale? —se defiende.

Seguimos saltando de archivo en archivo y de década en década.

Observo una fotografía de Mikki —Micaela—, franqueada por Gabe y Rafe. La han captado en el preciso instante en que, apartándose unos inoportunos mechones de pelo, va a apagar las velas de la apetitosa tarta de cumpleaños que sostienen sus sonrientes hermanos frente a ella.

—La secuestramos dos semanas antes de la boda.

Un *clic* y saltamos a la siguiente imagen, en la que aparecen sus hermanos abrazados por la cintura y pertrechados con sendos pares de gafas

de sol durante la visita que hicieron a unos viñedos en Napa Valley. Mikki parece una muñequita al lado de Rafe. Pequeña, delgada, con su reluciente piel como de porcelana ligeramente sonrosada en los pómulos y la larga melena clara recogida en lo que parece una coleta.

Es tan distinta, que parece mentira que compartan el mismo ADN.

—A Paul casi le da un ataque cuando recibió su llamada desde California —se ríe entre dientes—. Mi hermana siempre ha sido muy impulsiva y supongo que tenía miedo de que se lo pensara dos veces y lo dejara plantado en el altar.

—Y vosotros la habríais secundado, panda de demonios. —Le asesto un ligero codazo—. Habida cuenta de lo que me has contado, de angelitos sólo teníais el nombre.

Su mano se aventura más allá del punto en que mi espalda pierde su casto nombre para acariciar con morosidad las nalgas antes de depositar un beso en la comisura de mi boca.

—No finjas que no te excita que sea malo. — Me pellizca y doy un respingo sobre el colchón—.

Te gusta mi lado cabrón.

—Cuando no quiero cruzarte la cara, sí.

Murmura un gutural «sanguinaria» y cierra el ordenador portátil de golpe en el preciso instante en que mi estómago decide que es hora de hacerse escuchar.

—¿Hambrienta?

—¿Tú qué crees?

Se levanta de la cama y abandona el dormitorio para volver casi al instante con un puñado de panfletos de comida a domicilio en una mano y su *smartphone* en la otra.

—La invitada elige.

Los extiende sobre el colchón como si fuera un abanico. Comida china, griega, turca, italiana... Al final opto por lo clásico y me decanto por una pizza. Una elección que parece complacerle, sobre todo cuando señalo una bien cargadita de *pepperoni*, jamón y tocino.

Mientras hace el pedido, me estiro hacia la mesita de noche para volver a ver por segunda vez las fotos que se van intercalando en el marco digital cada poco tiempo. Mi favorita es una en la



que un derrotado Gabriel duerme a pierna suelta en una hamaca situada en el bonito porche trasero de la casa de su cuñada. Una casa cuya entrada había salido del bolsillo de Rafe. O al menos eso fue lo que inventó Gabriel para disfrazar los misteriosos movimientos bancarios de su hermano de cara a Vanne y el resto de la familia. Y, oye, al parecer había colado a las mil maravillas, sobre todo porque ella llevaba casi un año intentando convencerlo para que adquiriera la propiedad, por lo que no le resultó chocante que su difunto marido la hubiera apalabrado a sus espaldas. Al parecer, a él le encantaban las sorpresas.

Espero a que esa foto vuelva a aparecer y sonrío para mis adentros al verlo derrotado por completo, con una pierna rebozada en arena colgando fuera de la hamaca. Va vestido con pantalones cortos, holgada camisa veraniega y el pelo imposiblemente revuelto. Como plus, su mandíbula está cubierta por una oscura barba de varios días. Pero, a pesar de que se nota que en ese momento no habría podido mover ni un dedo aunque lo quisiera, en su rostro sólo hay cabida

para la paz.

—El descanso del guerrero, ¿eh? —bromeo, mostrándole la imagen.

Acopladas a sus costados como si fueran pequeñas lapas, y rodeadas a su vez por el abrazo protector de su tío, dormitan sus adorables sobrinas; Mia y Zoe.

La manita de la hija póstuma de Rafe, que apenas tenía dos años y medio en el momento en que fue captada la instantánea, aferra la camisa de Gabriel con toda la fuerza de sus regordetes deditos de bebé. Por el contrario, una rubísima Mia de tres años se limita a descansar con el pulgar introducido en su adorable boquita de fresa.

—Ni siquiera sé por qué accedí a enseñártelas. —Yo sí. Puedo ser muy persuasiva cuando me lo propongo—. ¿Es que no te cansas de verlas?

Niego y extendiendo la mano en su dirección para que se siente a mi lado.

¿Cómo podría cansarme de mirar esas fotos, cuando cada una de ellas es una ventana a su corazón, a su vida? ¿Cómo no hacerlo una y otra

vez si destilan amor y felicidad?

—Gracias —murmuro.

De repente desvía los ojos hacia otro lado y percibo cómo una súbita e inesperada tensión se abre paso entre nosotros. ¿Qué demonios se supone que acaba de suceder?

Busco su mano pero él se incorpora, distanciándose de mí más que físicamente.

—No me agradezcas nada. —Se frota los ojos. Parece algo... ¿incómodo?—. No cuando todavía quedan cosas por explicar. Cosas que...

Me siento en el borde de la cama y observo cómo se pasa los dedos por el pelo hacia delante y hacia tras varias veces, dejando la frase inacabada.

Dios, ¿qué le pasa?

—Tenemos que hablar, Dee, pero no ahora. —Aniquila el espacio que nos separa de una zancada y tira de mí hasta que nuestros cuerpos colisionan—. Esta noche quiero dormir a tu lado —susurra con vehemencia, encerrándome entre sus brazos. Estamos tan pegados el uno al otro que me siento parte de él—. Quiero hacértelo una y mil

veces, hasta que no pueda recordar nada más que la sensación de estar dentro de ti.

—Gabe...

Me silencia con un beso que provoca que todo mi ser estalle en llamas. El roce de su boca es provocativo, subyugador. Una pregunta en busca de una respuesta. Y yo se la doy entreabriendo los labios y saliendo a su encuentro, entregándole todo lo que soy hasta que la emoción que me embarga amenaza con hacerme morir de felicidad.

Que Dios me proteja, porque acabo de entregarle mucho más que mi corazón a este hombre. Acabo de regalarle mi alma.

## Capítulo 11

Besos, risas, caricias, susurros...

Dormir durante un pequeño lapso de tiempo, pegados el uno al otro como cucharitas, sólo para despertar de nuevo al sentir el modo en que se mueve detrás de mí, dentro de mí. Sereno, seguro. Balancearme contra él, echar las manos hacia atrás y agarrarme a su pelo mientras me hace el amor con perezosa ternura, sólo para colapsar una vez más entre sus brazos. Sobrecogida.

Adormecerme envuelta en su calor, ligada a él. Experimentar los pequeños terremotos que producen sus dedos vagando por mi piel, su aliento en mi nuca. Escucharlo hablar sin palabras.

Si esto es un sueño, no quiero despertar. Pero la noche no es eterna y siempre, siempre llega el amanecer.

—Fuera de la cama, dormilona.

Abro un ojo y lo primero que veo es la socarrona sonrisa de Gabriel que, medio inclinado sobre mí, parece encontrar bastante divertido el observarme dormir.

—¿Sabes que haces... ruiditos?

Me incorporo hasta apoyarme en los codos, ya con sendos ojos bien abiertos, y frunzo el ceño. ¿Insinúa que ronco? ¿Yo? Al momento su atención se desvía de mi cara a cierto par de razones que acaban de quedar expuestas al resbalar la sábana hasta mi cintura.

Puedo notar lo rápido que se erizan mis pezones bajo su intenso escrutinio. Dios... Si su mirada abrasara de verdad, ahora mismo tendría un severo caso de quemaduras de tercer grado.

—Para de hacer eso —prácticamente le suplico mientras vuelvo a cubrirme con la ropa de cama.

—¿De hacer lo qué?

Lo sabe de sobra, pero se está haciendo el loco. De hecho, decide poner a prueba mi paciencia engancho el tejido por el borde y tirando hacia abajo para poder volver a echarles otra miradita de las suyas.

—De excitarme. —Le golpeo la mano—. Estate quieto. ¿Qué te pasa?

—Que tengo hambre.

La manera en que lo dice me deja bastante claro cuál es la naturaleza de su apetito matutino. De todos modos, no puedo evitar intentar salirme por la tangente para ver qué hace a continuación.

—Pues ve a esa pequeña y sofisticada cocina tuya y prepara algo.

Su comisura curvándose pecaminosamente hacia arriba es toda una declaración de intenciones.

—Tengo todo lo que necesito aquí.

Voy a replicar algo, de verdad de la buena, pero pierdo el hilo en el preciso instante en que su cuerpo grande y caliente se abre paso entre mis piernas.

—Tú eres mi primer desayuno.

Lame delicadamente mis pechos, rozando los erguidos picos con la punta de la lengua una y otra vez, hasta que decide que es hora de parar de jugar con la comida y los introduce en su boca, succionando con fervor.

Experimento un agudo ramalazo de placer que viaja a la velocidad de la luz hacia mi entrepierna y curvo la espalda en un mudo ruego. Si continúa

así, creo que voy a enloquecer.

Finalmente, abandona las tierras altas de mi anatomía para explorar zonas más... cálidas y húmedas.

Oh, sí. Me derrito cuando sus labios se prenden a mi clítoris y lo chupan con cuidado para después acariciarlo en lentos, meticulosos círculos que logran que mis muslos tiemblen como si fueran de gelatina. Entonces, Gabriel abre más mis piernas y las coloca sobre sus hombros para poder tener mejor acceso a los resbaladizos pliegues de mi sexo. Y ahí es cuando mi sistema colapsa por completo.

Si pudiera hablar, de mis labios saldría un tembloroso «Oh... por... ¡Oh, Dios! Siguesiguesiguesigue...». Pero soy incapaz de articular nada más allá de un montón de gemidos y jadeos incoherentes, por lo que hundo los dedos en su pelo y ondulo las caderas bajo el furioso asalto de su boca.

—Lo quiero. Hasta la última gota. Dámelo, Dee.

La espiral del orgasmo me atrapa y me lleva



consigo mientras él continúa alimentándose de mí, incansable. Tomando mi placer en su lengua.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. Por ti. Sólo por ti.

Vuelvo en mí lo que parece un siglo después, al sentir sus perversos besos ascendiendo y descendiendo sin parar por la cara interna de mi muslo derecho.

—Hola —musita tras apoyar la mejilla en mi vientre.

—Hola —repito al tiempo que le acaricio la otra con el dorso de la mano.

—¿Qué opinas de un segundo desayuno?

Emito un sentido quejido desde lo más hondo de la garganta. ¿Es que pretende matarme? ¿Aniquilarme clímax tras clímax?

—Hablo de comida de verdad, mente sucia.

—¿Y quién es el culpable de que me vea avocada a pensar mal? ¿Eh?

Abandona la cama para ir al vestidor a por un pantalón de yoga gris claro que amenaza con resbalar de sus caderas desde el preciso instante en que se lo pone. ¡Demonios! ¿Cómo voy a

concentrarme en el desayuno cuando se me hace la boca agua al ver cómo el tejido se pega a ciertas partes de su cuerpo?

Me pongo la *yukata* y lo sigo hasta la cocina, donde me sienta encima de la encimera antes de dirigirse hacia la nevera, abrirla e inclinarse un poco hacia delante para echarle un vistazo a su interior.

—Hay que joderse —murmura tras enderezar la espalda—. Si creyera en el *karma*, diría que esto es un ajuste de cuentas por burlarme de la tuya.

Bajo de un salto y, apoyándome en su hombro derecho, me alzo de puntillas para ojear el contenido de la nevera por mí misma antes de soltar una carcajada cargada de ironía.

—Y decías que la mía daba pena. Pues anda que la tuya...

—¡Al menos yo tengo huevos! —replica mientras coge una pequeña caja de cartón de la segunda balda y la abre, encontrando en su interior un par de ellos—. Concretamente dos.

Aprovecho la coyuntura para rodearle la

cintura desde atrás con rapidez e introducir las manos dentro de su pantalón de yoga, logrando que Gabriel se sacuda de la cabeza a los pies con un jadeo estrangulado.

—¿Qué...?

Los huevos terminan estrellándose en el suelo de la cocina con un sonoro *crac*. ¡Ups!

—Sí, es cierto. —Ahueco con cuidado a sus no tan pequeñuelos—. Tienes dos. Y bastante grandes, por cierto.

—Dee —gruñe de manera sexy—, acabas de cargarte una parte importante del desayuno.

—Mucho me temo que sí. —Extraigo las manos del pantalón y coloco las palmas abiertas sobre su duro abdomen antes de asomarme de nuevo por encima de su hombro—. Pero podríamos compartir la salchicha —le sugiero apuntando el contenido del primer estante con un tono cargado de segundas intenciones.

—Mejor nos damos una ducha rápida, nos vestimos y comemos fuera —sentencia después de dar media vuelta y rodearme con sus brazos,

pegándome a él—. Pero primero tengo que enseñarte una cosita.

Noto su miembro ligeramente endurecido. Bueno, si él quiere llamarlo «cosita» no seré yo la que le lleve la contraria. Pero de «-ita» tiene poco. Más bien le pega un merecido «-ota» o quizá... ¡Dios! ¡Parezco un hombre! Únicamente puedo pensar en sexo, sexo, sexo. En serio, en cuanto me meta en la ducha pienso lavarme esta mente tan sucia. Concienzudamente, de hecho.

Con una sonrisa enigmática en el rostro, me hace caminar hacia atrás un par de pasos, hasta que tropezamos con una de las sillas. Entonces giro y me dejo empujar de regreso al dormitorio. Más concretamente, al vestidor.

—Cierra los ojos.

Enarco una ceja en un mudo pero elocuente «¿En serio?» y me cruzo de brazos.

—Ciérralos, Dee.

Le hago caso y escucho los ruidos que hace al abrir uno de los enormes armarios. Me apuesto a que tiene más ropa que yo. ¡Ja! Y eso que es un hombre.

—Vale, puedes abrirlos.

¡Oh, oh, ooooh! Decir que estoy estupefacta es quedarme bastante corta. ¿Pasmada? ¿Atónita? ¿Boquiabierta? ¿Sorprendida? ¿De piedra? Tanto o más de lo mismo.

—No es para mí, ¿verdad? —pregunto presa de un ataque de risa nerviosa.

—A mí no me queda bien, créeme. Lo he intentado.

Le pego en el brazo, por tonto, y me acerco al maravilloso vestido rojo con un fervor casi reverencial, admirando el corte y la caída, la calidad del tejido... ¡Madre mía! Es un precioso *Elie Saab* confeccionado en chifón de seda. ¿Es que se ha vuelto majara por completo o qué?

Deslizo la mirada del vestido a él y de él al vestido, incapaz de comprender por qué lo ha hecho. Sólo sé que debo rechazarlo. Es... excesivo. En todos los sentidos.

—No puedo aceptarlo —murmuro al tiempo que me alejo dos pasos de esa tentación rojo fuego—. Una cosa es la *yukata* y otra... —señalo el presente— esto. —Niego con la cabeza una y otra

vez—. No quiero regalos ostentosos, Gabe. Me hacen sentir...

—Ni se te ocurra decirlo en voz alta —me advierte—. He podido tratarte de muchas maneras a lo largo de estos meses, pero jamás como a... —Respira hondo, como si necesitara controlarse—. No pienses en él como un regalo, sino como en una especie de... restitución.

Parpadeo desconcertada. ¿Una restitución? ¿De qué?

—Esa primera noche, en la galería —me recuerda—. Corrígeme si me equivoco pero, si la memoria no me traiciona, te rasgué el vestido.

Bueno, sí. No es necesario que hurgue en la herida porque, a día de hoy, todavía me resulta imposible borrar de mi memoria la imagen de mi precioso y recién estrenado *Gucci* dentro de una enorme bolsa de basura. Porque fue lo que tuve que hacer con él a la mañana siguiente.

—Cómo olvidarlo...

Sobre todo cuando pienso en lo que me costó el caprichito. Entonces el dolor por su pérdida se eleva al cuadrado. Que digo al cuadrado, ¡a la

enésima potencia como mínimo!

—Quiero que lo lleves esta noche.

—Gabe...

—Mierda, Dee. No te estoy comprando, ni pagando. —Al parecer le he tocado la fibra sensible, porque acaba de elevar el volumen de su voz unos cuantos decibelios—. ¡Es un puto regalo!

Le rodeo el cuello y lo apaciguo con un diminuto beso en la mandíbula, seguido de otro en los labios. Hay que ver qué genio se gasta cuando quiere...

—Está bien, Señor Susceptible —claudico—. Acepto la restitución.

—¿Y el asiento que he reservado para ti, a mi lado?

Me alejo de él con un gritito.

—Ya sé que vas a estar muy ocupada y que va a ser una locura de noche —admite—, pero espero que al menos podamos compartir el postre.

¡Ay, mi madre! Ha perdido el norte por completo, sin lugar a dudas. ¡Pagar treinta mil dólares para eso! ¿¡Es que se ha vuelto total y absolutamente loco!? Además, no es como si no

hubiera podido agenciarme una silla para apretujarme a su lado durante unos minutos. ¡Si tenemos material de sobra, por el amor de Dios! Es la regla número... Bueno, ¿realmente importa el dichoso número? La cuestión es que siempre, siseeeeeempre hay que tener una bala en la recámara. Básicamente porque los accidentes están a la orden del día y no hay fiesta que se precie en la que no ocurra algún tipo de extraño imprevisto. Rotura de sillas incluidas, ¡si lo sabré bien!

—Dios... —farfullo—. Ricos... —Presiono el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. Se supone que estoy allí para controlar que todo vaya sobre ruedas, ¡no para divertirme! ¿Qué pensará el resto del comité si...?

—Soy el presidente, ¿recuerdas?

—Tú lo has dicho; eres el presidente, no Dios.

Gabriel recorta la escasa distancia que nos separa y me dedica una mirada burlona.

—No sueles opinar lo mismo cuando te corres.



¡Maldición! Ante eso no tengo nada que alegrar, porque es verdad que en más de una ocasión me he acordado del de ahí arriba a voz en grito mientras Gabriel... eh... eso.

—En serio, no puedo. ¿Existe la posibilidad de revenderla? Me apuesto lo que sea a que alguien se ha quedado con las ganas de conseguir un hueco en las mesas centrales.

Niega con un silencioso gesto de cabeza.

—Prefiero mil veces cenar sentado al lado de una silla vacía. —Suená decidido—. La cuestión es que esos treinta mil irán a parar a una buena causa, que es lo que de verdad importa. —Se encoge de hombros—. ¿Qué más da que los haya pagado yo u otra persona?

Que sí. Que sé que lo que a Gabriel le sobra es el dinero y que con toda probabilidad habrá donado una sustanciosa cifra, pero aun así...

—Deja de preocuparte, ¿quieres? —interrumpe el hilo de mis pensamientos—. A fin de cuentas, no se trata de cómo y en qué dilapido mi dinero, sino de que quiero disfrutar un poco de tu compañía esta noche. —Atrapa mi mano y

entrelaza nuestros dedos—. Y no pierdo la esperanza de conseguirlo, ¿sabes?

Resoplo.

—Dime que lo pensarás.

—Vaaaale —cedo por segunda vez—. Lo haré. ¿Contento?

—Ni te imaginas.

Diosssss, si me sonrío así, ¿cómo voy a ser capaz de negarle nada?

## Capítulo 12

Una nube de esencia masculina y *Light Blue* me envuelve un segundo antes de que un conocido timbre de voz penetre en mi oído.

—Estoy impresionado, señorita Vargas.

—¡Hola! —Mi sonrisa se amplía al dar media vuelta y encontrarme con Tyler Wilder en carne, hueso y *Armani*—. ¡Cuánta formalidad! —bromeo con coquetería.

Tras depositar en mi mejilla un dulce beso, extiende la mano hacia su derecha y hace un gesto con los dedos, como si llamara a alguien. Es entonces cuando una familiar belleza rubia entra en mi campo de visión.

Intento no ser grosera, en serio, pero me resulta difícil despegar los ojos de ella mientras la rebusco en mi memoria. Dios, su cara me suena tanto... ¿Pero de qué?

—Dee, quiero presentarte a...

Una milésima de segundo antes de que Tyler diga su nombre, el recuerdo de dónde y con quién he visto a esta mujer irrumpe en mi cabeza como

un elefante en una cacharrería. ¡Es la misma que estaba con Gabriel en East Hampton!

—... Vivianne Sartore Berling.

—Oh, llámame Vanne. —Su sonrisa se ensancha—. Me moría de ganas de conocerte —asegura al tiempo que me dedica una mirada apreciativa con sus impresionantes ojos color miel—. Eres tal y como me había imaginado.

En cambio ella no se parece en nada a la chica de las fotos. No sólo por el cambio de color de pelo, sino porque su cuerpo ha sufrido una especie de metamorfosis, adquiriendo alguna que otra interesante curva en los lugares adecuados. Aunque no sé por qué me extraño, la verdad. A fin de cuentas, los embarazos suelen dejar su peculiar huella, sólo que en Vanne ese vestigio le ha aportado una dosis extra de femenina voluptuosidad.

Admiro en silencio su precioso *Carolina Herrera* azul cielo con el cuerpo de encaje negro.

—Esta es toda una sorpresa —aventuro a modular casi entre susurros, todavía algo descolocada.

De repente, el roce travieso de unos dedos recorriendo mi espalda al descubierto pone mi piel en guardia.

No necesito verlo para saber quién es. Reconocería sus caricias entre millones, porque sólo él es capaz de hacerme temblar de emoción y excitación con el más liviano de los toques.

—Así que Ty se me ha adelantado con las presentaciones —declara acercando su cuerpo al mío todo lo que el decoro permite—. Estás comestible —susurra lo bastante bajito para que sólo yo pueda oírlo, acariciándome con su aliento—. Me pones tan cachondo que tengo que controlarme para no arrastrarte tras una estatua y follarte.

Presiona su entrepierna contra mi trasero durante poco más que un par de segundos. Lo suficiente para hacerme partícipe de la intensidad de su deseo por mí.

—Tengo que darte la razón, Gabe —comenta Tyler—. No exagerabas ni un ápice cuando aseguraste que desbordaba talento. La Gala de este año promete ser...

—Asombrosa —termina Vanne por él.

Me sonrojo, pero no sé si es por el piropo o por lo que provoca la cercanía de Gabriel en mí.

—Si me disculpáis, tengo que continuar con mi trabajo —musito a la vez que esbozo una tímida sonrisa de agradecimiento—. Ha sido un placer, Viv...

—Vanne —insiste—. Presiento que tú y yo vamos a convertirnos en muy buenas amigas de aquí en adelante, así que ni se te ocurra llamarme de otra manera.

Tras despedirme de ellos, me escabullo a los servicios en busca de un rinconcito tranquilo en el que aplacar los locos latidos de mi corazón.

Una vez a solas, apoyo las manos contra la fría pared y respiro hondo varias veces, con los ojos cerrados, mientras las palabras de la cuñada de Gabriel revolotean en mi cabeza sin cesar.

«Me moría de ganas de conocerte».

Intento controlar las oleadas de entusiasmo que amagan con apoderarse de mi ser al completo. ¿De verdad que él le ha hablado de mí?

«Presiento que tú y yo vamos a convertirnos

en muy buenas amigas de aquí en adelante».

Oh, Dios. Oh, Dios. Podría equivocarme de cabo a rabo, pero eso sólo puede significar una cosa. Y si sumamos a las declaraciones de Vanne todo lo que ha sucedido en las últimas veinticuatro horas...

Vale, vale. Tengo que calmarme. Este no es el momento ni el lugar adecuado para ponerme a pensar en ello. Ante todo soy una profesional y me debo a mi trabajo por encima de todas las cosas. Ya habrá tiempo para lo demás. Pero mañana, no ahora.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —susurra Alberto en mi oído mientras me preparo para dar un pequeño paseo de comprobación alrededor de las mesas aprovechando la retirada del plato previo al postre.

—¿Tan bien doy el pego?

No lo estoy. ¡Imposible! Pero por ahora la velada está transcurriendo a las mil maravillas, así que...

—¡Mierda...! —Introduce un dedo por el cuello de la camisa y tira varias veces—. Creo

que no dejaré de ahogarme en el traje hasta que todo esto haya terminado.

Ni siquiera me da tiempo a responderle, ya que Cartwright III empieza a hacerme señas desde la única mesa de la zona «A» —así hemos denominado a las de treinta mil el cubierto— que tiene visibilidad directa de la gran puerta de acceso a la sala, delante de la cual estamos posicionados ahora mismo.

—Cartwright me reclama —le comunico a mi socio al tiempo que doy media vuelta y le recoloco la pajarita, que con tanto manoseo por su parte ha terminado medio torcida—. Sé un niño bueno y ve a echarle un ojo al equipo de catering, ¿sí?

Respiro hondo una, dos veces antes de encaminar mis pasos hacia la mesa con toda la elegancia que me permiten el vestido, los taconazos de aguja y los nervios. Mesa que tan insigne miembro del comité comparte con un selecto grupo de asistentes

—Tan sólo quería que supierais que estamos muy satisfechos, Vargas —me comenta en cuanto llego a su lado—. En serio.



Si su sonrisa es un fiel indicador de ello, no me cabe la menor duda. Es tan grande y luminosa que podría proporcionar luz a media ciudad durante un apagón.

—Sabíamos que *Candilejas* era la elección perfecta —agrega a continuación Patrice Neumann, otro de los miembros del comité y, según los últimos rumores, algo más que amiga del hombre a cuyo lado está sentada—. De hecho, la decisión ya estaba tomada la semana antes de finalizar el año, ¿verdad, George? Pero ya sabes cómo son estas cosas; si la costumbre dice que tiene que ser a primeros de enero...

Tardo un segundo de más en procesar la información. ¡Espera! ¿He entendido bien o acaso mis oídos acaban de jugarme una mala pasada?

—¿Perdón? ¿Dijo «antes»?

Cartwright lanza a Patrice una mirada fulminante al tiempo que murmura entre dientes un «se suponía que no podíamos hablar del tema» sin perder por ello la tensa sonrisa de circunstancias que ahora adorna sus facciones.

Me tambaleo sobre los tacones de aguja al

tiempo que una densa neblina roja inunda mi visión. ¿Ya lo habían decidido antes de terminar el año? Entonces eso significa que... Me agarro al respaldo de la silla en un intento por no dar con mis huesos en el suelo, apretándolo con tanta fuerza que creo que podría hacer estallar la madera bajo la inhumana presión de mis dedos.

—¿Vargas?

El tono preocupado de Patrice penetra uno de mis oídos para salir de manera automática por el otro. Ya no soy capaz de asimilar nada de lo que me rodea, sólo puedo experimentar una amalgama de dolor, decepción, rabia —y sabe Dios cuántas cosas más— inundando cada fibra de mi ser.

Cierro los ojos durante un segundo y aprieto los dientes hasta hacerlos rechinar para tragarme el «maldito cabrón hijo de puta» que bulle en el fondo de mi garganta antes de enderezarme y alejarme de ellos sin decir ni una palabra.

«La decisión ya estaba tomada la semana antes de finalizar el año».

Todo se desarrolla a mi alrededor como a cámara lenta, incluso mis propias acciones, hasta

tal punto que siento que es otra persona y no yo la que se abre paso entre las mesas repletas de personas que ríen, charlan, beben...

«A Alberto se lo comunicaron el día dos. ¡El dos! Nadie se reúne en Año Nuevo para algo así, Vargas. ¡Nadie! ¿Cómo pudiste estar tan ciega? ¿Cómo no te diste cuenta?».

Según me aproximo a mi objetivo, el murmullo de la gente es reemplazado por el atronador rugido de mi propia sangre mezclado con los mil y un reproches que resuenan en mi cabeza.

Todo ha resultado ser una gran, cruel mentira de principio a fin. Desde aquella primera noche en la galería hasta la despiadada actuación final de anoche en su apartamento.

«Y tú, como la gilipollas que eres, le dijiste que le querías. ¡Bravo, Vargas! Te has cubierto de gloria».

Bordeo la última mesa y lo veo. Está disertando con Tyler en actitud relajada, con el brazo apoyado en el respaldo del asiento de su cuñada.

—Hey, Dee.

Es precisamente su amigo el primero en percatarse de mi presencia, seguido de la sanguijuela traidora de Berling, que se gira hacia mí una milésima de segundo antes de que mi puño impacte con violencia en su cara.

—¡Mierda! —escupe Tyler al verlo caer hacia atrás con estrépito, silla incluida.

Sacudo mi magullada mano entre maldiciones antes de cubrirla con la palma de la otra y apretarlas contra mi estómago a la vez que un aturdido Gabriel menea la cabeza sin comprender qué demonios acaba de suceder.

—Por el amor de Dios, Gabe —prorrumpe Vanne rodando los ojos—, ¿qué has hecho esta vez?

En el instante en que su mirada de ónix colisiona con la mía, experimento la inoportuna picazón de las lágrimas.

—Puto mentiroso —siseo entre dientes—. Cabronazo malnacido.

Tyler, que parece tener serios problemas para mantener la compostura, termina por estallar en

carcajadas frente al resto de comensales de la mesa que, estupefactos, se revuelven en sus sillas sin saber muy bien qué hacer. Es entonces, al darme cuenta del alcance de mis acciones, cuando llevo las manos a la boca para ahogar un jadeo y retrocedo dos pasos, completamente pálida.

Ay, no, no, no, no... Acabo de mandar a la mierda con una facilidad pasmosa lo que tantos años de esfuerzo y dedicación me ha costado construir. Y todo por él. Mierda, mierda, mierda... ¡Alberto me va a matar!

—¿Qué he hecho?

Incapaz de permanecer frente a ellos un segundo más, doy media vuelta y huyo del Ala Americana todo lo rápido que puedo. Lo que no es mucho, habida cuenta de la clase de calzado que llevo puesto.

—¡Dee!

Apenas he cubierto la mitad del recorrido cuando la voz de Gabriel me hace derrapar de tal modo que casi termino incrustada en la pared, cual relieve de arte egipcio. Entonces, me descalzo e inicio una loca carrera en dirección a la salida del

museo, sintiendo cómo él recorta poco a poco la distancia que nos separa.

Me digo que no debo mirar por encima del hombro, pero lo hago para comprobar que — ¡maldita sea! — está demasiado cerca.

— ¡No me sigas! — le grito mientras giro sobre mis pies y le lanzo los zapatos con saña, uno detrás de otro, al igual que hizo aquel periodista con Bush.

Ni siquiera espero a comprobar si he atinado o no, sino que continúo mi huida, atravesando las salas del Metropolitan como alma que lleva el diablo.

Justo cuando estoy llegando a la puerta principal, Gabriel me agarra del brazo, frenando mi carrera de una manera tan repentina que la fuerza de la inercia provoca que termine estrellándome contra su cuerpo.

— No me toques.

Me retuerzo bajo su agarre como si estuviera poseída. Y lo estoy. Por una furia tan grande que sé que si tuviera algo punzante a mano se lo clavaría en ese lugar en el que se supone debería

estar su corazón. Aunque comienzo a dudar seriamente que Gabriel Berling posea uno.

—¡Suéltame, capullo!

Le asesto un salvaje rodillazo que impacta contra su muslo y lo hace trastabillar hacia atrás, otorgándome los valiosos segundos que necesito para salir de este maldito lugar cuanto antes.

Tras remangarme el vestido en un gesto carente de elegancia, comienzo a descender la escalinata con pies ligeros, sólo para volver a ser interceptada de nuevo por un frenético Gabriel a los pies de la misma.

—¿Quién cojones te crees que eres, ah? —Le propino un rabioso golpe en el hombro con cada palabra—. Te aprovechaste de mí. —Vislumbro una sombra de terror en su mirada—. Todo fue mentira. ¡Me ofreciste un trato vacío!

Lo veo abrir los ojos de par en par, consciente de que su gran mentira acaba de desmoronarse como el frágil castillo de naipes que siempre fue.

Un murmullo de voces seguido de varios fogonazos de flash nos alertan de que no estamos

solos. Al parecer algún reportero gráfico ha decidido quedarse un rato más, a la caza de alguna jugosa instantánea con la cual llenarse los bolsillos.

Las facciones de Gabriel cambian de sopetón y todo rastro de emoción se borra de un plumazo de su rostro, dejando paso a esa fría, impassible expresión de hombre de negocios que tanto odio. Entonces me suelta e impone distancia entre nosotros.

—¿Tienes miedo de la prensa, Berling? —me mofó con acidez—. ¿No quieres que se enteren de que, tan poco hombre como eres, tuviste que recurrir a un burdo engaño para poder follarme?

—Estás dando un espectáculo público — señala al tiempo que introduce las manos en los bolsillos del pantalón de su esmoquin con una tranquilidad que consigue enervarme.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? — Parpadeo sobrecogida por su pasividad—. Me mentiste de la manera más vil y baja que existe. ¿Para qué? ¿Para convertirme en tu puta barata, Berling?



No me responde. Únicamente se queda ahí, inmovible como una roca, mirándome con heladora indiferencia, como si el día antes no hubiéramos compartido nada. Como si no me hubiera entregado a él en cuerpo y alma.

—Y lo peor es que anoche... —se me rompe la voz—. Oh, Dios... Anoche me hiciste creer que... Y yo te dije que...

No puedo más. Me voy a desmoronar de un momento a otro y a él parece importarle una mierda.

«¿De qué te extrañas, Vargas? Sólo fuiste un sucio juegucito».

—No te vas a defender porque no hay motivos para hacerlo, ¿verdad? —Ya no lucho por retener las lágrimas, que corren salvajes por mis mejillas—. Felicidades —aplauzo con una mueca de desprecio en mis labios—; acabas de ganar el Oscar al mejor actor.

—No sabes lo que dices.

Aquello es el detonante. Colérica, me abalanzo sobre él e intento arañarlo, destrozar esa careta de indiferencia con mis propias manos, pero

me frena agarrándome con fuerza de las muñecas.

—¡Te odio, Berling!

Es peor que una rata de alcantarilla. Es...  
es...

—Parad antes de que terminéis siendo carne de portada.

Tyler se interpone entre nosotros.

—Gabe —el músculo de su mandíbula late por el esfuerzo que le supone mantenerse bajo control—, regresa a la fiesta. Ahora.

Los dos hombres se miden con la mirada, en silencio. Entonces Gabriel cuadra los hombros, expulsa el aire que ha retenido lentamente y empieza a ascender por la escalinata, sin mirar atrás ni una vez.

«¿Te das cuenta de que acabas de echar por la borda tu carrera delante de un montón de testigos?».

—Creo que has perdido algo, preciosa. — Deposita mis zapatos en el suelo y me ofrece la mano para que pueda apoyarme en él mientras me calzo —. ¿O debería llamarte Cenicienta?

¿No está enfadado conmigo? Porque tienes

motivos más que de sobra. A fin de cuentas, tiré a su amigo al suelo de un puñetazo.

—Gracias —musito en cambio—. Yo... yo...

—Sssh... Mantente entera, Dee. —Tyler me rodea en un cálido abrazo y me aprieta contra él, confortándome mientras me estremezco sin control—. Sea lo que sea, lo solucionaremos.

No lo creo. Estoy muerta. Sentimental y profesionalmente... muerta.

## Capítulo 13

Tyler tardó apenas un par de minutos en conseguir un taxi. Los ciento veinte segundos más largos e interminables de la historia de mi vida.

No estoy orgullosa de ello —de hecho, nunca me ha gustado mostrar mi debilidad frente a otras personas—, pero admito que, una vez sentados en el interior del vehículo,... me rompí. Pero ahí estaba él, presto a impedir que extraviara mi despedazado corazón de camino al apartamento.

A partir de ese punto todo transcurre como en una nebulosa. De lo único de lo que estoy segura es que esa noche lloré todo lo que tenía acumulado para el resto de mi vida. Pero otra vez, allí estaba el mejor amigo de Gabriel para abrazarme con fuerza y recoger mi llanto, aunque ello supusiera echar a perder por completo su fina camisa, que terminó convertida en mi peculiar paño de lágrimas.

Fue Tyler quien me consoló en silencio. Fue él quien se hizo cargo de las llamadas cuando mi móvil y el teléfono fijo se volvieron locos por

completo. Fue él quien tuvo que quitarme el vestido que me había regalado ese maldito bastardo, porque mis dedos temblaban de tal manera que no era capaz de hacer nada. Del mismo modo que fue él quien me preparó un baño caliente, me llevó en brazos a la bañera, puso hielo en mi magullada mano y me peinó el cabello con los dedos hasta que, agotada, dejé de sacudirme entre sollozos y me fui quedando adormecida.

En algún punto de la madrugada, la susurrante voz de Tyler se filtra en mi inconsciente, trayéndome de regreso a la realidad.

—Está todo lo bien que se puede estar dadas las circunstancias, Vanne.

La poca luz que entra en la habitación proviene de la calle. Al parecer, ninguno de los dos nos acordamos de correr las cortinas.

—¿Has podido sonsacarle algo? —Arruga el entrecejo mientras escucha con gesto de concentración—. Ya. —Sacude la cabeza con un bufido—. Típico. —Vuelve a callar durante unos segundos—. ¿Mucho?

Me incorporo sobre los codos y lo veo sentado en el suelo, frente a los pies de mi cama, con la espalda apoyada contra la pared y hablando por teléfono. Se ha quedado en mangas de camisa, que lleva levantadas hasta justo debajo de los codos, y el lazo desecho de la pajarita cuelga de su cuello, dándole un aire muy interesante.

De pronto, su mirada oscura se encuentra con la mía.

—Oye, tengo que colgar. Te llamo luego. — Introduce el móvil en el bolsillo del pantalón y me dedica una lenta, perezosa sonrisa—. Hey, ¿cómo te encuentras?

Lo observo levantarse, bordear el colchón y acuclillarse a mi lado hasta quedar a la altura de mis ojos.

—Jodida.

Tyler ladea la cabeza y entrecierra los párpados, como si estuviera sopesando algo.

—Era Vanne. Al parecer Gabe...

—Si no está muerto, no me interesa — declaro al tiempo que me dejo caer sobre la almohada y entrelazo los dedos sobre mi estómago

—. ¿Lo está?

—No, borracho. O casi.

Yyyyy... así es como un hombre hecho y derecho afronta sus cagadas; agarrándose una buena curda. Sí, señor. Bonita manera de ahogar la culpabilidad. Aunque, espera un segundo... ¿Acaso Gabriel es capaz de experimentar ese sentimiento? Naaaah. Ni. De. Coña.

—Dile a Vanne que le ponga veneno en la bebida por mí.

Noto de nuevo el desagradable picorcillo de las lágrimas, así que desvío la mirada hacia el lado contrario. Lo último que quiero es que Tyler me vea llorar. Otra vez. Bastante ha tenido ya con la primera ronda.

—Cuéntame qué ha pasado, Dee.

Dejo escapar el aire de mis pulmones en un trémulo quejido. No puedo. O no quiero. No lo sé. La cuestión es que pensar en Gabriel, en lo que me hizo, provoca demasiado dolor y ahora mismo no me siento capacitada para lidiar con eso.

—Pregúntaselo a él.

—Iba a hacerlo de todos modos —apoya la

mano en mi hombro y me gira hacia él, obligándome a hacerle frente—, pero me gustaría conocer *tú* versión.

Ah, ahí está. Wilder, el despiadado abogado, ha emergido de entre los pliegues del siempre afable Tyler, aunque mucho me temo que esta vez se irá de vacío. No es el momento. Necesito tiempo. Necesito... lamirme las heridas. A solas.

—Ahora no, por favor —imploro—. Dame unos días.

—¿Pero sólo unos pocos, eh? —bromea antes de darme un golpecito cariñoso en la punta de mi nariz—. Oye, dudo que Vanne sea capaz de lidiar sola con... —se muerde el labio inferior— ya sabes quién. —Sí, lo sé. Y le agradezco el tacto de no volver a nombrarlo en mi presencia—. ¿Te importaría si yo...?

—Para nada —Planto un agradecido beso en su mejilla y siento el roce de su incipiente barba—. Venga, largo de aquí.

Cuando escucho el sonido de la puerta al cerrarse, vuelvo la mirada hacia el flamígero *Elie Saab* extendido sobre la silla de la esquina y



experimento un punzante dolor en mi pecho. Dios... Ni siquiera puedo mirar el vestido sin que se me revuelva todo por dentro.

Mi móvil vibra sobre la mesita de noche. Intento ignorarlo, pero no puedo. Esa luz parpadeante parece gritar «cógelo y mira el *WhatsApp*».

Lo hago y las dos palabras a las que se reduce el mensaje me atraviesan de lado a lado.

«Es real».

Cierro los ojos y tiro el *smartphone* en el colchón.

No lo fue.

No lo es.

No lo será, Gabriel.

## Capítulo 14

Apenas acaban de dar las nueve de la mañana y quien quiera que sea la persona que está destrozando mi timbre ha debido de cansarse de levantar el dedo una y otra vez. Lo digo porque ahora mismo los constantes toques se han convertido en un insufrible, penetrante e infernal ruido sin fin.

Me levanto de la cama con un severo caso de pelos de Gorgona y una tremenda mala leche en estado de ebullición para enfilar el pasillo con ánimo cuasi asesino.

Justo cuando voy a abrir, me doy cuenta de que podría ser Gabriel el que está al otro lado, así que decido echar un vistazo por la mirilla para encontrarme con un ojo pegado a ella.

—Aquí está Maddieeeee —canturrea la interfecta en una escalofriante imitación de Jack Nicholson en *El resplandor* antes de volver a asestar timbrazos con saña.

Golpeo la frente contra la puerta repetidas veces. Dios, a veces la amistad es como vivir

dentro de una pesadilla. Sobre todo cuando tienes una amiga como ella.

—Abre, por lo que más quieras —suplica Kat—. Sabes que puede seguir así toda la mañana. Además, ¡necesito hacer pis!

—¡Embarazadas! —bufa Maddie—. Ponte uno de esos *Huggies* para bebés antes de salir de casa.

Abro de sopetón para encontrarme con que no han venido solas; Alberto también está con ellas.

—¡Ya era hora! —exclama Kat al tiempo que me empuja hacia un lado de malas maneras y entra corriendo en tromba—. ¡Ni se os ocurra empezar sin mí!

Recuperada de la estrepitosa entrada de mi amiga, giro la cabeza en dirección a los dos que todavía siguen fuera para chocarme de morros con la edición del *New York Post* abierta por la infausta *Page Six*.

—Esto es una intervención. —Maddie apunta el titular de la columna de cotilleos—. ¡En toda regla! —Señala con el pulgar por encima del hombro a Alberto—. Por cierto, a este nos lo

topamos desgastando la acera frente a la entrada del edificio.

Hago un gesto con la mano para que pasen y, cobarde como soy, eludo la mirada de mi socio, demasiado cautivada por un suelo de madera que habré visto como... miles de veces.

Dejo que se pongan cómodos en el sofá y me escabullo a la cocina incluso antes de preguntarles si van a querer tomar algo. Tampoco hace falta. Ni corta ni perezosa, Maddie se erige como vocal de los presentes —y la ausente, que se ha debido quedar pegada al retrete— y me endosa la preparación de un desayuno para cuatro.

Con la cafetera funcionando a pleno rendimiento, coloco en la barra americana un plato con galletas, otro con fruta troceada e introduzco las primeras rebanadas de pan en la tostadora.

—¿Cómo estás? —pregunta Kat con voz queda tras ponerse a mi lado y cruzarse de brazos. El ajustado suéter deja entrever su barriguita.

Parpadeo sorprendida.

—¿No prefieres saber los detalles escabrosos o qué motivos tuve para ocultároslo?

—La mirada de mi amiga me deja bastante claro que no está el horno para bollos—. Ya no sé cómo estoy o cómo me siento, esa es la realidad. —Me froto los ojos—. Hubo momentos durante la pasada noche en los que pensé que nada era real, que tan sólo se trataba de un mal sueño. Pero el titular de esa columna en *Page Six* —señalo hacia el periódico que Maddie sostiene en su regazo— dice lo contrario.

Terminamos de preparar el escueto desayuno en silencio y dejo que sea Kat la que reparta las tazas con el café mientras yo traslado la comida desde la barra americana hasta la mesita del salón.

Ni siquiera me molesto en agregarle azúcar al mío, sino que me limito a engullirlo de un golpe. Fuerte, amargo, negro como el carbón. Realmente lo voy a necesitar, habida cuenta del rictus de todos los presentes.

—¿Preferís preguntar u os cuento todo desde el principio?

—Desde el principio —demanda Alberto, abriendo la boca por primera vez—. Y espero que esta vez cuentes *toda* la verdad.

¡Dios...! Las chicas pueden acusarme de omisión, pero él... A él le mentí. Dos veces. Y esa mirada en sus ojos hace que se me retuerzan las entrañas a causa del remordimiento que se está apoderando de mí.

Decido quedarme en pie mientras los tres ocupan el sofá y, paseando de un lado a otro de la estancia, empiezo a relatarlo todo punto por punto, sin omitir nada. Durante largos, eternos minutos voy desgranando la gran mentira de Gabriel Berling, junto con la mía, sintiéndome como un abogado llevando a cabo su gran alegato final frente a un jurado más que difícil.

No me atrevo a mirarlos. No puedo. Sé que si lo hago, el nudo que noto en la garganta me atenazará con mayor fuerza y entonces... Lloraré. Un llanto seco, carente de lágrimas. Porque estoy segura de que ya no me quedan más, que las he agotado todas anoche.

Cuando termino, me encojo ante el tenebroso silencio que planea sobre nuestras cabezas durante lo que parece un lapso interminable de tiempo hasta que, aterrada por el verdadero significado

del mutismo de mis amigos, me atrevo a desviar los ojos hacia ellos.

—Que alguien diga algo, por el amor de Dios —profiero exasperada—. Gritadme, sermoneadme... —Soy incapaz de parar de mover las manos mientras hablo—. ¡Cualquier cosa es preferible a este silencio!

Durante unos segundos, se miran entre ellos, como si estuvieran decidiendo sin palabras quién es el que va a empezar. Al final, Alberto se aclara la garganta.

—Creo que hablo por todos cuando digo que no estamos enfadados sino... decepcionados. —Su mirada provoca un angustioso desgarró en mi interior—. Profundamente.

Si hay algo peor que el odio, es eso. Creo que puedo lidiar con cualquier sentimiento, menos con el de la decepción.

—Supongo que eres consciente de las ramificaciones que pueden tener tus actos —me recuerda a la vez que le arrebató el periódico a Maddie de las manos y me lo tira—. Lee. No pone nombres, pero tampoco hace falta.

Ojeo el artículo y me siento palidecer con cada frase, con cada párrafo. Alberto está en lo cierto. No nos nombra, tampoco usa el tan manido recurso de las siglas, pero con los datos velados que proporciona el puñetero columnista no hay que ser muy listo para sumar dos más dos y descubrir que se trata de nosotros.

—Si lo que te preocupa es *Candilejas*, puedes estar tranquilo —murmuro mientras contengo las ganas de hacer trizas esa condenada página del *New York Post*—. Renuncio.

No es un calentón, ni algo dicho a la ligera en el calor del momento. Todo lo contrario. Se trata de una decisión a la que le he estado dando infinidad de vueltas desde que Tyler se marchó de aquí. Soy consciente de que yo soy el problema y si hay una manera de atajar la situación es extirpando el tumor de raíz. Además, aunque Berling llegara a demostrar el más mínimo interés en acallar los rumores en la prensa, no podría evitar las habladurías de aquellos que presenciaron el incidente. Y Dios sabe lo chismosa que es la alta sociedad de esta



condenada ciudad. Aparte de lo expuesto que es mi trabajo. Así que, ¿soportar las miraditas, los comentarios malintencionados emitidos a media voz, los cuchicheos al oído seguidos de las consabidas risitas...? No, imposible. De ninguna manera. Y tampoco puedo hacerle eso a Alberto, así que lo único que me queda por hacer es renunciar y largarme. Poner tierra de por medio y... Tal vez empezar de nuevo en otro lugar o... No sé. Lo que sea menos permitir que los demás sufran las consecuencias de mis actos.

—¿Renunciar a todo? —articula Kat levantándose de golpe del sofá—. ¿Después de lo que has luchado?

—Ya han podido ser buenos esos revolcones, porque al parecer te van a salir caros de cojones.

—¡Maddie! —la recriminan Alberto y Kat.

—Que Maddie ni que niño muerto. ¡Es lo que estáis pensando, pequeños fariseos! —Los señala acusatoriamente con el dedo, frunciendo el ceño—. ¡No intentéis siquiera aparentar lo contrario! Y tú. —Desvía el índice hacia mí—. Se suponía que eras la más lista de todos, pero al final has

conseguido que se me caiga el mito por culpa de un enchochamiento absurdo.

—Bueno, no tan absurdo —admite mi socio entre carraspeos—. Hay que admitir que Berling tiene un polvazo. O dos. —Vuelve a ponerse serio—. Aunque eso no la exonera de nada.

—¿Tan potente resulta en persona? —curioseosa Kat.

Vale, esto es surrealista. ¿Es que acaso han perdido el norte o qué? ¿Cómo han podido pasar de abroncarme a especular acerca del número de polvazos que tiene Gabriel Berling? ¡Holaaaaaaa! Acabo de mandar a la mierda años de arduo trabajo e innumerables sacrificios. Si me van a echar a los leones, me gustaría que fuera ahora. De golpe, como quien arranca un esparadrapo. No después de discutir sobre la calificación polveril de ya se sabe quién.

—¿Potente? —Rueda los ojos—. Ya te digo... Aunque no compensa lo gilipollas, créeme. Mira si no lo que le ha pasado a esta pobre alma cándida.

Esto es un sinsentido. Dios... Necesito salir

de aquí.

—No es por nada —los interrumpe Maddie—, pero Dee se está largando.

—¿Y os extraña? —les espeto dando media vuelta, sintiendo que voy a explotar—. Todo se ha ido a tomar por culo. ¡Todo! Mi vida, mi carrera... —Agarro mi camiseta de dormir sin mangas a la altura del pecho— ¡Mi puto corazón! —Respiro de manera errática, agitada—. Y sí, maldita sea. ¡Fue por mi culpa! ¡Por mi jodida culpa! —Pensaba que no podría volver derramar una lágrima más, pero ahí están otra vez las muy condenadas—. Así que si vais a mandarme a la mierda, si vais a dejar de ser mis amigos porque soy una traidora y una mentirosa y Dios sabe qué otras cosas más, hacedlo de una maldita vez, ¡porque la incertidumbre me está matando!

Incapaz de manejarlo, incapaz de soportar la descomunal sobrecarga emocional que he acumulado en mi interior durante las últimas horas, colapso sobre mis rodillas y me doblo en dos, presa de una atormentadora congoja. ¿Me abandonará alguna vez esta sensación? ¿Podré con

el tiempo volver la vista atrás y no sentir que me rompo en mil pedazos al recordar estos meses?

—Lo siento, lo siento, lo siento —balbuceo entre sollozos al tiempo que oculto el rostro entre las manos, sin poder parar de mecarme—. Lo hice todo tan mal, tan rematadamente mal...

Creí en él, me enamoré de él. Arriesgué demasiadas cosas por él. ¿Y para qué? Para perderlo absolutamente todo en un parpadeo.

—Si ni yo misma puedo perdonarme, ¿cómo se supone que lo vais a hacer vosotros?

Alguien me abraza. Es Alberto. Y Maddie. Y Kat. Arropándome, haciendo que el dolor resulte más llevadero.

—Has cometido un error, vale, pero eres humana. —Mi socio pone los dedos debajo de mi barbilla y me levanta el rostro hasta que nuestros ojos se encuentran—. Y eres mi amiga. Así que puedo estar muy decepcionado, pero te quiero. De hecho lo hago incluso por encima de tus cagadas. —Suspira—. Y si bien me costará tiempo asimilar, perdonar y olvidar lo que hiciste, sé que si algo puede sobrevivir a toda esta mierda, esa es

nuestra amistad.

—Eso es mucho querer —gimoteo.

—¿Acaso no te lo mereces? —suelta Kat mientras seca mi llanto—. Si crees que puedes librarte tan fácilmente de nosotros... la llevas clara, bonita. Somos como lapas.

—Vale, parad ya —protesta Maddie sorbiéndose la nariz—. Vais a lograr que se me corra el rímel, joder.

Después de la debacle emocional, de obligarme a comer algo sólido y de mucho discutir acerca de mi renuncia a *Candilejas*, terminamos en el dormitorio, mirando —y admirando— el *Elie Saab*.

—Entiendo que no quieras conservarlo, ¿pero destrozarlo y enviárselo de vuelta? —Alberto niega con un leve movimiento de cabeza—. Incluso yo creo que es excesivo. Y sabes de sobra que puedo ser la Reina del Drama cuando me lo propongo.

—¿Qué si no? —Me cruzo de brazos con un mohín—. Ni siquiera soy capaz de verlo delante sin...

No puedo terminar la frase.

—Me ofrezco para que me lo regales — espeta Maddie a la vez que se lo pone por delante, para ver cómo le podría quedar—. Es tan recatado por delante y sexy por detrás... —Acaricia el tejido con una emoción cercana a la idolatría—. ¿No crees que estaría divina en tu boda con un modelito como este, Kat?

Una fulminante mirada de la novia basta como respuesta. Con lo que le está costando asumir su futura maternidad, el mero hecho de que le hablen de boda antes de que nazca el churumbel la pone a un pasito de la taquicardia. No así a James, que se infla cual pavo real cada vez que escucha la palabra prohibida. Algo con lo que Kat suele bromear, ya que opina que un día de estos su prometido perderá los botones de la camisa. Sobra decir que ni a Maddie ni a mí nos importaría presenciar tan extraordinario acontecimiento. En primera fila. Con palomitas incluidas. Bueno, y gafas de protección para evitar tener que llevar un parche de pirata en el ojo de por vida por culpa del impacto de uno de esos pequeños hijos de

perra. Y no lo digo por decir, conste. Conocemos a alguien a quien le pasó.

—Está bien. Me buscaré otro modelito para tu gran día. —Vuelve a depositarlo sobre la silla con una mueca de desolación—. Pues entonces véndelo en *eBay*. A alguien que viva en la otra punta del país, a ser posible. —Se encoge de hombros—. No volverás a verlo y le sacarás provecho.

—Seguiría siendo algo así como dinero sucio para mí.

—Pues dónalo —propone Alberto—. La pasta, digo. Úsala para una buena causa. —Me rodea los hombros con un brazo—. Y reflexiona acerca de lo que hablamos; estoy conforme con que necesites poner tierra de por medio durante una temporada, al menos hasta que todo se haya calmado y tú te sientas con fuerzas. Pero te quiero de vuelta, Dee. No pienso permitir que *Candilejas* pierda a su *alma mater*. ¿Entendido?

## Capítulo 15

Esa misma noche me mudé de manera temporal al apartamento de Kat a pesar de mis múltiples objeciones. Y es que maldita la gracia que me hacía irrumpir en medio de su idílica vida de arrumacos y almíbar ahora que James y ella —¡al fin!— vivían juntos. Pero claro, se pusieron todos tan pesados con el tema que no me quedó más remedio que claudicar tras un incómodo momento en plan «¿Quieres más a papá o a mamá?». Porque, con toda sinceridad, ante la perspectiva de convivir con Kat o hacerlo con Maddie, preferí padecer el síndrome de la envidia cochina con la primera que terminar tirándome por la ventana por culpa de la otra. No porque no la quiera, que lo hago, sino porque compartir techo con ella es una experiencia que va más allá de un encuentro en la tercera fase. Además, lo de defenestrarse sería tragicómico ya que vive en un segundo y, con mi mala suerte, a lo sumo me rompería las piernas.

¿Lo peor de todo el tema de «Tienes que abandonar tu apartamento», ahora que lo miro con



cierta perspectiva? Que tenían razón cuando aseguraron que tarde o temprano aparecía o bien algún reportero de tres al cuarto por mi edificio o el mismísimo Berling. Lo que podría ser infernal. O lo siguiente, según Alberto. Yo aduje que irreal le pegaba más como adjetivo calificativo, ya que él jamás aparecería en la puerta de mi apartamento para decir una de sus palabras tabú; «perdón». Por la sencilla razón de que, dada mi experiencia previa, todo indicaba que había sido erradicada de su diccionario particular, junto con «lo siento» y otras fórmulas similares de educación básica.

Por cierto, una de las cosas que descubrí a lo largo de mis interminables horas de ocio es que no estaba preparada para alejarme de *Candilejas*. O puede que no fuera exactamente eso, sino la inactividad, lo que provocaba que cada día me muriera un poquito más del asco.

El caso es que cuando dije que tenía pensado irme una temporada de la ciudad, abandonando mi actual estilo de vida, no me imaginé lo que sería tener que lidiar con el tedio día sí y día también. No sé, supongo que cualquiera estaría feliz de

poder tomarse unas vacaciones —o un año sabático en mi caso—, pero me estaba quedando bastante claro que yo era una *rara avis* capaz de languidecer de hastío ¡¡por no trabajar!!

Sobra decir que Maddie casi me escupe en la cara su *Mimosa* cuando se lo comenté una noche en que, tres días después de la Debacle —como así denominaba a lo sucedido ese sábado—, me arrastró a un garito para que el pobre James —en palabras suyas, no mías— «le metiera mano (y otras cosas) a Kat».

¿Mi rutina aquellos primeros días? Apestaba. Y es que no había nada motivador en despertarme, desayunar, deambular en pijama por el apartamento de mi amiga hasta subirme por las paredes, ducharme, comer, tirarme en el sofá para hacer *zapping*, enloquecer, atorrar a todo el mundo con mensajes y llamadas, cenar, hablar un ratito con la feliz pareja y meterme en cama.

¿Divertido, ah?

Pero la verdadera tortura empezó a partir del jueves, cuando el Gran Cabronazo decidió que ya había guardado silencio durante demasiado tiempo

y me arrojó a la cara su primer mensaje vía *WhatsApp*.

«Te he dado tiempo suficiente. Tenemos que hablar».

Al que le siguió otro el viernes.

«No estás en tu apartamento. ¿Intentas evitarme?».

Y otro más el sábado.

«Huir no es la respuesta. Guardar silencio, tampoco. Di algo».

Y la correspondiente dosis del domingo.

«Tú amiga casi me arranca los huevos cuando me presenté ahí. Dee, en serio, tenemos que hablar».

Admito que ese me hizo esbozar una sonrisa perversa. Y es que sí, Kat podía ser una auténtica fiera cuando se lo proponía. ¿Y ahora que las hormonas estaban haciendo de las suyas con el embarazo? Era capaz de arrancarle la cabeza de un mordisco a cualquiera si le tocaba demasiado las narices. O figuraba en su lista negra, como en el caso del casi deshuevado.

Hoy es lunes. Los tortolitos se han ido a

trabajar y yo estoy matando la mañana tirada en el sofá con una mala novela entre las manos en el preciso instante en que mi *smartphone* comienza a desplazarse a golpe de vibración por la mesita de cristal de Kat. Entonces, aparto el libro a un lado y estiro el cuello para darle una ojeada a la pantalla. Es Tyler.

—Hola.

—Hoy no voy a preguntarte cómo estás. —  
¿Ah, no?—. Porque pienso comprobarlo en persona.

Tyler me ha estado llamando todos los días; preocupándose por mí, dándome charla, haciéndome reír... Jamás ha nombrado a su amigo ni yo tampoco le he comentado nada acerca de los mensajes. Supongo que lo sabe, pero hemos llegado a una especie de acuerdo no verbalizado de mantener fuera de nuestras conversaciones a Berling.

—Ty...

No tengo ganas de salir. De verdad que no. Es como si hubiera adquirido fobia a la exposición pública. Y es que una cosa es ir a tomar un par de

copas por la noche, pero salir a plena luz del día... Uff. Aunque después del tizeretazo que Nadia le metió a mi melena este fin de semana, cuando vino a visitarme con Beth, hasta a mí me cuesta reconocermé en el espejo. Supongo que las mechas californianas tienen parte de culpa también.

—A las cinco, en la esquina de Houston con Greene —me informa con autoridad—. Sin excusas.

Tengo que morderme los labios para no responder con un «Sí, papá», pero me permito el lujo de rodar los ojos hasta casi ponerlos en blanco.

—Vaaaale.

Hablamos un ratito y, cuando la conversación llega a su fin y nos despedimos hasta dentro de unas horas, me quedo mirando el móvil con una sonrisa en los labios.

Adoro a este hombre, en serio. Se merece conseguir su propio final feliz. Y si esa sensación que tuve cuando vi cómo Vanne lo miraba durante la fiesta es cierta, creo que hay muchas

probabilidades de que ocurra antes de lo que él se figura.

A en punto, copiando la exquisita puntualidad británica, aparezco en el lugar indicado para encontrarme no sólo con un trajeado Tyler — cartera de piel en mano incluida—, sino también con...

—Ho-hola, Vanne.

No es que me importe —demasiado—, pero al menos podría haberme avisado de que esta cita era como uno de esos *Maxi Kinder* con sorpresa, ¿no? Más que nada para evitarme pasar por el trago de disimular mi patente estupefacción cuando la vi. Aunque peor debió ser la cara que puse en el instante en que me abrazó como si me conociera de toda la vida y me preguntó en un preocupadísimo tono de voz si estaba bien.

—No sé vosotras, pero yo necesito un café antes de pensar siquiera en la cena —comenta Tyler mientras intenta disimular una risita—. Hay una cafetería bastante tranquila aquí al lado.

Si él lo dice, será cierto. Yo en el SoHo conozco cuatro a lo sumo, una de ellas la de

Maguire, y ninguna se encuentra todo lo cerca que implica ese «aquí al lado». Por cierto, hablando de Nathan, hace como siglos que no me llama. Lo último que supe a través de Alberto fue que las obras iban con retrasado, por lo que habían tenido que reprogramar la fiesta.

—¿Día horrible? —le pregunto en cuanto empezamos a caminar por Greene.

—No tienes que ser tan educada —farfulla a la vez que se frota la cara con gesto cansado—. Vanne está acostumbrada a mi elocuencia, así que puedes decir «mierda» sin miedo a que se despeine. —Le rodea la cintura con el brazo antes de apretujarla contra su costado—. ¿Verdad que sí, rubita?

—¿Ves lo que tengo que soportar, Dee? —Riendo, lo aparta de un empujón y se engancha a mi brazo—. Conseguiré que vuelva a mi color natural, en serio. Por cierto, me encanta tu nuevo estilo. —Señala con la barbilla en dirección a mi desaparecida melena—. Te queda bien.

La cabeza de Tyler aparece entre nosotras y, sonriente, le da un beso travieso en la mejilla a

Vanne que dura un par de segundos más de lo que sería normal. Entonces, como si se acabara de dar cuenta de lo obvio de su gesto, estampa otro en la mía, tras lo cual comenta que a él también le gusta el cambio.

No volvemos a hablar hasta que al fin entramos en la cafetería y nos acomodamos en una mesa pegada a uno de los ventanales. Ellos sentados el uno al lado del otro, yo enfrente.

—Bueno, Ty, dispara. —Levanta la vista de la carta de cafés y me mira como si no comprendiera—. Supongo que me has citado por algún motivo en especial.

Busca la mirada de Vanne, que se encoge de hombros dejándolo oficialmente a cargo de lo que sea que estos dos se traen entre manos. Entonces, Tyler le murmura entre dientes un «Gracias por la ayuda» y vuelve la cara hacia mí de nuevo.

—Mira, es ridículo andarse por las ramas, así que iré directo al grano. —Deposita la carta en la mesa y entrelaza los dedos antes de poner las manos encima de ésta e inclinarse un poco hacia delante, con un interrogante bailando en sus ojos



—. Quiero tú versión, Dee.

Yyyyy... a tomar por saco el tacto. ¡Venga! Momento Tyler «a quemarropa» Wilder en estado puro. Directo y sin anestesia.

Me revuelvo en la silla, incómoda, y desvío la vista durante unos segundos hacia la calle. Dejo que se pierda entre los anónimos transeúntes que caminan por la acera, arriba y abajo, ajenos a mis miserias. A mi dolor. Y mientras lo hago, me pregunto cuánto les habrá contado él, hasta dónde habrá llegado la profundidad de su relato.

Escucho a Tyler pedir para Vanne y para él y cuando me pregunta si quiero algo, niego con un leve movimiento de cabeza. Es entonces, en el momento en que el camarero se aleja, que noto cómo ella posa su delicada, elegante mano sobre la mía.

—Él no lo está pasando mejor, créeme — musita con voz dulce.

Observo en silencio su reconfortante apretón, levanto la mirada y recibo una media sonrisa que entibia mi espíritu.

—Te juro que en diez años lo he visto de

muchas maneras, pero jamás así.

Tyler asiente en silencio, ratificando sus palabras.

Me gustaría creer que lo está pasando al menos la mitad de mal que yo, pero se me hace tan acuesta arriba el imaginármelo que no puedo dar crédito a lo que acabo de escuchar. Porque para sufrir hay que tener conciencia, hay que poseer un corazón, y me temo que Gabriel perdió ambas cosas en algún momento del camino.

—No voy a justificar lo que hizo —continúa hablando sin soltar mi mano—. Está tan acostumbrado a que las mujeres intenten usarlo, que se ha convencido de que es correcto, incluso justo, el hacer lo mismo. Sólo que cuando te eligió, no se dio cuenta de un factor muy importante.

Respiro hondo e introduzco la mano libre en el bolsillo de la chaqueta, cerrando los dedos alrededor de mi móvil.

Hoy ni siquiera me ha enviado un mensaje. Lo sé porque miré el *WhatsApp* antes de decidir apagar el teléfono durante unas horas. ¿Lo más

chocante del asunto? Que se supone que debería de sentirme contenta por su silencio, pero no puedo. Porque en el fondo, mal que me pese, sigo esperando por una disculpa que nunca llegará. ¿Patético, eh?

—¿Y cuál es ese factor, Vanne?

Observo a Tyler por el rabillo del ojo mientras se repantiga en el asiento y descansa el brazo izquierdo en el respaldo de ella. Puedo percibir el terrible ejercicio de contención que tiene que efectuar para no hundir los dedos en su melena y enredarlos en los mechones.

—Que lo que tanto le atrajo de ti —continúa hablando Vanne, ajena al modo en que él la contempla—, sería lo que terminaría por meterlo en un callejón sin salida.

¿A dónde quiere ir a parar?

—Sabía que tú no cederías si no te ponía el cebo adecuado —explica Tyler, tomando la palabra—. Entonces, justo cuando te tuvo cómo y dónde quería, cometió un error de cálculo; infravaloró esa misma atracción que le había arrastrado hasta ti. Se convenció de que sería un

juego fácil, limpio, sin repercusiones... Así que no lo vio venir. —Se rasca la mandíbula y desliza la mano hacia la nuca antes de apoyar el codo encima de la mesa—. Para cuando se quiso dar cuenta, era demasiado tarde. No podía salir de su propia red sin hacerte daño. O lo que es lo mismo; sin hacérselo a él mismo.

Me fascina la capacidad que posee este hombre para ser directo cuando no es necesario y sin embargo dar más vueltas que una noria cuando lo que una precisa es que hable de manera concisa y clara.

—Ahora dirás que está enamorado de mí —le largo con mordacidad.

Vanne abre la boca como si fuera a replicar, pero él la silencia tapándosela con la misma mano con la que se aferra al respaldo de ella.

—Eso preguntárselo a Gabe, no a mí. —Tyler entrecierra los ojos y me atraviesa con su perspicaz mirada—. ¿Tan extraño te resultaría, Dee? Tienes encantos y virtudes más que de sobra, y lo sabes. Cualquier hombre con sangre en las venas te amaría. ¿Por qué no él?

¿La verdad? No lo sé.

## Capítulo 16

Les cuento mi versión de toda esta desastrosa historia y hablamos largo y tendido hasta que el estómago de Tyler tiene a bien recordarnos que, tal vez, llevar a su dueño a cenar no sería tan mala idea.

Justo cuando estamos a la busca y captura de un taxi libre, nos tropezamos con Nathan.

—¡Hola! —lo saludo sonriente.

Antes pienso en él, antes aparece.

—¡Hey! —De repente se le ve... avergonzado—. Iba a llamarte, en serio, pero con todo el lío de...

Hago un gesto con la mano, para quitarle importancia. Es entonces cuando caigo en la cuenta de no estoy sola, así que antes de que Tyler y Vanne piensen que soy una grosera, hago las presentaciones.

—Nathan, quiero que conozcas a...

—No hace falta —declara Tyler con voz acerada—. ¿Verdad, Maguire?

Oh, demonios... Esto es un *déjà vu* en toda

regla, en serio. Juraría que acabo de volver a sentir la misma clase de corriente cargada de vibraciones negativas que percibí entre Nathan y Gabriel aquella noche, en mi apartamento.

—Wilder —saluda con gesto adusto antes de volverse hacia mí—. Oye, tengo que irme pitando, pero prometo llamarte, ¿vale?

—Mejor no lo hagas, Maguire.

Me vuelvo hacia Tyler, sorprendida por su actitud. ¿Qué es lo que está pasando?

—Y si sabes lo que te conviene, te alejarás ahora mismo.

¿Lo más surrealista del asunto? Que lo hace. Nathan murmura entre dientes un «Adiós, Dee» y se larga sin volver la vista atrás, momento en que yo me giro hacia Tyler con cara de pocos amigos.

—Me vas a decir a cuento de qué ha venido eso. ¡Ahora mismo!

—¿Gabe lo sabe? —pregunta en cambio.

—¿Saber lo qué? —parpadeo desconcertada—. ¿Qué me trato con él? Sí, claro. Y por lo que vi en mi apartamento la noche que se cruzaron, se llevan igual de mal que vosotros dos. —Me cruzo

de brazos, malhumorada—. ¿Y ahora me vas a explicar por fin el motivo o tengo que ir detrás de él para que me lo cuente?

Vanne deposita su mano en mi hombro en un intento por rebajar la tensión.

—Es una larga historia —refunfuña él—. Maguire no es lo que parece. En el fondo, es un hijo de perra sin escrúpulos.

Sí, bueno. Según él. Eso no cuadra mucho con el hombre que yo conozco.

—He visto esa expresión antes, ¿sabes? — Señala mi rostro—. Mikki tampoco hizo caso de las advertencias de una de sus ex. Se dejó liar por su galantería, sus palabras bonitas... Para cuando quiso darse cuenta, él la tenía justo donde quería y entonces... empezó el calvario.

—Me estás asustando, Ty.

—Aquella relación casi la destrozó. No hubo abuso físico, pero emocionalmente... —No hace falta que Vanne termine la frase, creo que empiezo a entender. ¿Pero Nathan? ¿En serio?—. Créenos cuando te decimos que ese hombre no es trigo limpio —murmura—. No podemos decirte con



exactitud qué le hizo, porque nunca quiso contarnos con detalle lo que pasó, pero...

—No fue la primera ni la última, Dee —me asegura Tyler con tono grave—. Mikki necesitó varios años y muchísimas sesiones de terapia para volver a confiar en un hombre. Otra vez.

—Por aquel entonces yo todavía no había conocido a Rafe, así que no lo viví. Pero por lo que supe después... Fue horrible. —Sacude la cabeza, pesarosa—. Cuando Gabe se enteró, pensaron que mataría a Maguire.

Me quedo petrificada. Allí, en mitad de la acera. No sé qué decir, sólo... Estoy un paso más allá de la estupefacción. No logro aunar la imagen que yo tengo de él con lo que acaban de contarme, pero estoy segura de que no me mentirían con algo tan serio. Lo sé.

—Dudo que vuelva a acercarse a ti —musita Tyler, como si reflexionara en voz alta—, pero de todos modos mantente lejos de él, ¿vale?

Mientras compartimos un taxi hasta el *Pio Pio* de la Décima Avenida, me abstraigo de la conversación que mantienen entre ellos y de lo que

acaba de suceder con Nathan para sumirme en mis propios, caóticos pensamientos.

A pesar de que en ningún momento han abogado por Gabriel, no he podido evitar la sensación que de alguna manera querían aplacar mi resentimiento para propiciar un acercamiento pacífico entre nosotros.

«No somos los emisarios de nadie, Dee. Tampoco queremos serlo. Pero entiende que lo que no podemos hacer es cruzarnos de brazos y dejarlo estar. Así que al menos escúchalo. Luego, si quieres, le pegas de mi parte el puñetazo que Vanne impidió que le arreara el otro día».

Fácil de decir, difícil de hacer. La brecha entre nosotros es como una herida supurante que se niega a cicatrizar. Ya no se trata de cómo empezó, ni de los motivos que lo llevaron a usar un burdo engaño para arrastrarme hacia sus brazos, sino de cómo terminó y los daños que ocasionó.

¿Fue culpa suya o íntegramente mía el hecho de que mi corazón se involucrara en exceso? A mi parecer, él contribuyó. O no. Ahora mismo todo es tan confuso que me cuesta discernir qué fue fruto

de sus caricias, de sus silencios, de sus miradas...

Durante la cena apenas soy capaz de digerir la mitad de mi plato. Sonrío cuando se supone que debo hacerlo y asiento como si estuviera siguiendo el hilo de la animada charla que mantienen Tyler y Vanne, pero la realidad es que mi mente no está en el ahora, sino ocupada en dar una y mil vueltas a todo lo que me dijeron. Incluso a lo que no manifestaron de viva voz.

—La Tierra llamando a Dee —murmura Tyler en mi oído, tras regresar del servicio.

Deposito el tenedor en el plato y exhalo un largo y lento suspiro. Supongo que ha llegado el momento de soltar la bomba.

—No os lo dije antes, pero me voy de la ciudad.

La mano en la que Vanne sostiene la copa de vino se detiene a mitad de camino de sus labios.

—No puedes. —Abre los ojos de manera desmesurada—. ¡No debes!

Tyler deposita su mano encima de la de ella, pidiéndole en silencio que lo deje hablar a él.

—¿Lo haces por...?

—Por mí. Lo hago por mí. —Deslizo el dedo por el borde de la copa—. Lo de esa noche fue... prácticamente un suicidio profesional.

—Mira, no voy a negar que ciertas personas murmurarán al respecto, al menos hasta que salte a la palestra un cotilleo mucho más sustancioso o un escándalo en toda regla, pero lo que sucedió no te va a afectar en ese sentido tanto como crees.

Sí, ya, claro. Y la vecina del apartamento contiguo al mío es una alienígena proveniente del planeta Venus. ¡Venga ya!

—Díselo, Ty —lo apremia Vanne.

—¿Qué se supone que tengo que saber?

Aunque al principio se muestra algo reacio a hacerlo, finalmente cede ante la insistencia de Vanne.

—Técnicamente admitió delante de todos los testigos que había algo entre vosotros, ¿vale? Se echó toda la culpa por tu... eh... explosiva reacción aduciendo... Ya sabes. —No, no sé. ¡De eso se trata!—. «Cosas de enamorados» —suelta de corrillo antes de ocultarse tras su cerveza—. Dime, ¿no te ha resultado extraño el silencio de la

prensa?

A eso le llamo yo cambiar de tema.

—Salió en *Page Six*. Sin nombres, pero lo hizo.

—Y murió ahí. Porque él movió cielo y tierra para que así fuera. —Se inclina hacia mí—. Tal vez que no quieras ver la realidad, Dee, pero la cuestión es que él se preocupa por ti. —Me observa cómo si estuviera analizando el calado que sus palabras tienen en mí—. Usando una de mis analogías favoritas; Gabriel Berling es como una gran, jodida y fiera leona capaz de convertir en picadillo a quien se atreva a hacerle algo a sus crías. —Su mirada es intensa—. Tú misma has comprobado lo complicado que es entrar a formar parte de su peculiar camada, pero una vez estás dentro... —Reclinándose en el asiento, se encoge de hombros—. Puede que no sea elocuente en sus afectos, ni te diga «te quiero» todos los días...

—Para frustración hasta de su madre — apunta con una sonrisa Vanne.

—Pero te lo demostrará a su manera. Y lo sabrás. —Se lleva la cerveza a los labios y bebe

un pequeño trago—. De hecho, ya lo hizo.

¿A qué se refiere?

—Te llevó a Grand —musita Vanne—.

Nosotros apenas hemos estado allí en un par de ocasiones desde que lo compró. Es su pequeño reducto. Lo sabemos y lo respetamos. —Toma mis manos entre las tuyas y las oprime—. Nadie, jamás, ha pasado una noche allí. Excepto tú, Dee. —Suspira—. ¡Si incluso durmió contigo!

Ay, Dios... ¿Hasta qué punto aireó nuestra intimidad?

—Lo dices como si se tratara de algo fuera de lo común.

—Porque lo es. —Vuelve la vista hacia Tyler—. Si la memoria no me falla, una vez admitió que no compartía cama con nadie desde aquella especie de novia que tuvo en la universidad, ¿no? —Él asiente al tiempo que articula un «Es un acto demasiado íntimo, según él» antes de poner los ojos en blanco—. ¿Ves? Lo que puede parecerse una tontería, para Gabe es un mundo.

Media hora después, estoy arrellanada en el asiento trasero de un taxi con un sobre en el

regazo, de regreso al apartamento de Kat.

«No tengo ni idea de lo que es. Gabe sólo me dijo que debía entregártelo en persona».

Realizando un gesto muy habitual en mí durante los últimos días, extraigo el *smartphone* del bolsillo de la chaqueta y lo vuelvo a encender para comprobar si Alberto o las chicas han dejado algún mensaje en el *WhatsApp* o el buzón de voz. En el primero apenas me encuentro con un par, el segundo está atestado. Y todos son de la misma persona.

«—No sé cómo empezar...».

Un virulento escalofrío recorre mi espalda al volver a escuchar la voz de Gabriel después de tantos días. Dios mío... Tengo hasta el vello de la nuca de punta.

«—Supongo que admitiendo que no hubo nada fortuito en el modo en que nos conocimos. Que incluso la decisión de contrataros para organizar la fiesta en la galería se debió a ti. Porque te deseaba. Eras mi capricho del momento».

Se ríe con amargura.

«—Ejercías un extraño magnetismo sobre mí y necesitaba explorarlo, degustarlo. Una vez. Porque pensaba que con eso bastaría. Pero no fue así. Entonces repetí la maniobra con la fiesta de Nochevieja, pero te escurriste como un pez resbaladizo y mi estúpido ego no fue capaz de soportarlo, por lo que pasaste a convertirte en un reto. ¿Una mujer que me daba calabazas después de haberla follado a conciencia? Eso era nuevo. As...».

Sé que debería salir del buzón, pero no puedo evitar la compulsión de escuchar el segundo mensaje.

«—Mierda de buzones de voz... Te ahorraré los detalles previos. Ambos sabemos que lo importante fue que esa noche logré colarme de nuevo entre tus piernas. Lo que resultó insuficiente. Había algo en ti, algo que me hacía ansiar doblarte a mis deseos. Pero tú no eras como las demás. Me devolviste la foto de Green, ¿recuerdas? No, contigo tenía que ir por otro camino».

Guarda silencio unos segundos.



«—¿Sabes? Te pareces a mí. Ambos nos hemos hecho a nosotros mismos. Ambos luchamos como fieras por lo que queremos. Una vez encontramos nuestro objetivo, vamos a muerte. Por eso usé la Gala. Sabía que llevabais tiempo detrás de ella y me aproveché de la circunstancia pensando que la verdad jamás llegaría a tus oídos. De hecho, hice todo lo que estuvo en mi mano para que así fuera y...».

Me digo que después de este siguiente mensaje lo dejaré estar. En serio.

«—Esto es una puta mierda, Dee. Odio hablar con una máquina, pero no me has dejado más opción. Aunque no sé por qué me extraño. Contigo siempre fue así. No me dejabas opciones. Incluso me ponía cachondo que intentaras rebelarte, razón por la cual a veces lo hacía adrede, ¿sabes? Provocar que te subieras por las paredes y... ¡Dios...! Ni siquiera eras consciente de lo que provocabas en mí, ¿verdad? Quería estar dentro de ti a cada momento. Me hacías reír como ninguna otra lo había hecho antes. Contigo podía olvidar. Todo. Y cuando te llevé a Utah... Te necesitaba

allí, conmigo. No sabía muy bien por qué, aparte de lo de Rafe, sólo que tenía que ser así. Hasta ese momento, en la piscina. ¿Lo recuerdas? Ahí me di cuenta de que algo no iba como se suponía. Ya no eras una necesidad física, eras much...».

No, no, no. ¡Maldito buzón!

«—¡Joder! Eras mucho más, Dee. Algo que iba más allá de un buen polvo. Eras... Tocaste algo en mi interior. Fue como... Sentir una caricia en el alma».

Lo escucho resoplar.

«—Dios, eso ha sonado jodidamente cursi, ¿no crees? Pero fue así. Por eso salí de allí por piernas. Estaba... confundido. De repente el juego había cambiado y necesitaba establecer distancia, pero tú no me lo ponías fácil... Me ardían las manos de las ganas de acariciarte. Necesitaba escucharte hablar, de lo que fuera. A partir de ahí intenté volver a la casilla de inicio y... no pude. Resultó imposible. Cuanto más me esforzaba para mantenerlo como “sólo sexo”, más motivos me dabas para no querer hacerlo. Estaba tan, tan jodido... Me tenías en la palma de tu mano y no lo

sabías. Rezaba porque no te dieras cuenta».

Carraspea. Cada vez habla más rápido, como si quisiera comprimirlo todo en un solo mensaje.

«—Fui un cabrón al dejarte tirada allí. Pero Vanne me llamó y... La niña lo es todo. No hay más de Rafe, salvo ese pequeño pedacito, y cada vez que se pone enferma... Pero no es excusa, ¿verdad? Podría haberte despertado, podríamos haber regresado juntos. Sólo que no fui capaz. Quizá porque esa noche fue la primera vez que sentí el loco impulso de meterme contigo en la cama, de dormir a tu lado. Y me acojoné. Me desestabilizabas, despertabas necesidades que ni siquiera sabía que estaban ahí. Entonces empecé a preguntarme si sentías algo por mí. ¿Lo hacías? Me dije que precisaba indicios, así que los busqué. Desesperadamente. Pero todas las señales que recibía eran confusas y cuand...».

Ya sé que se suponía que iba a parar después del tercero, pero es imposible. No puedo. Ya ni siquiera sé si van cinco o seis.

«—Tu buzón de voz es un retorcido sucedáneo de la realidad. Mi corazón se salta un

latido cada vez que escucho el “¡Hola!” de ese puñetero mensaje pregrabado. Pero no eres tú, es una maldita máquina. Y yo necesito hablar contigo, escuchar tu voz. Mierda... Te extraño a ti. Lo extraño todo. Si ese día en mi oficina me hubieras pedido la luna, la habría depositado a tus pies. Lo juro. Pero en cambio querías un puto trío. Con Ty. ¿Sabes lo que me jodió eso? Quería partirle la cara cuando te puso la mano encima aquella noche. No eras la primera mujer que compartíamos, sin embargo tú eras mía. No quería que nadie más te besara, te tocara, se hundiera en ti. Se corriera en ti. Tus labios eran míos. Y tu cuerpo. Y tu coño. Y tu orgasmo. Toda tú. Te quería sólo para mí, en cuerpo y alma. Para siempre».

Cierro los ojos y ahogo un jadeo.

«—Por ti hice un salto de fe, mes de citas platónicas incluidas. Era necesario eliminar el sexo de la ecuación y ver qué nos quedaba. Y lo que teníamos era tan bueno... Pero me mataba. Sexualmente hablando. Me ponía como una puta moto con sólo besarte. Tanto, que me convertiste en un pajillero compulsivo. No es broma. Creo

que no me la cascaba de esa manera desde la adolescencia. Durante ese mes te follé en mi mente de mil maneras distintas cada puta noche. Y te hice el amor otras tantas».

—Esto... Ya hemos llegado.

La voz del taxista me hace regresar a la realidad.

—¿Perdón?

—Que ya hemos llegado.

Le pago la carrera y entro corriendo en el edificio donde vive Kat, con el corazón latiendo en mi pecho de manera desbocada. Machaco el botón del ascensor, como si así fuera a llegar antes, y me meto en él como una exhalación cuando se abren las puertas.

—¿Lo has pasado...?

—¡Luego! —medio le grito a mi amiga al pasar a su lado por el pasillo del apartamento antes de encerrarme en la habitación que he ocupado durante los últimos días.

Tiro el sobre al suelo y me desembarazo de la chaqueta. Entonces, tras inspirar hondo, me siento en una de las esquinas de la cama y sigo

escuchando.

«—Tenía miedo. Por primera vez en muchos años, tenía miedo. No quería perderte. Pero tampoco podía confesarte mi gran pecado antes de que todo hubiera pasado, así que confié en mi suerte, como había hecho hasta entonces. Fui un tonto, ahora lo sé. Pero estaba demasiado ebrio de ti y no quería estropearlo. Al menos no aquella noche, en mi apartamento. Porque tú eras ese momento que Rafe me hizo jurar que no dejaría pasar de largo. Al fin habías llegado y... Joder, Dee. Te hice daño. Te hice tanto daño... No sabes cómo me odio por ello cada jodido segundo de cada jodido día. ¿Lo peor? Que no supe estar a la altura. Allí estabas tú, furiosa, y yo...».

Su silencio se prolonga. Escucho su respiración, a la espera de que diga algo más.

«—¿Qué se supone que tengo que hacer, Dee? Porque por primera vez en mi vida no lo sé. Te me escurres entre los dedos y no sé qué cojones decir o hacer para no perderte y...».

Ese es el último mensaje. No hay más.

Me dejo caer de espaldas sobre la cama, con

el móvil todavía en la mano, y observo el techo de la habitación durante interminables minutos, dándole vueltas en mi cabeza a todo lo que dijo. Y a lo que no.

«¿Qué se supone que tengo que hacer, Dee?».

—Algo muy complicado, Gabe —respondo como si pudiera oírme—. Algo que se empieza con un «perdón» y se termina con un «te quiero».

## Capítulo 17

No me vuelvo a acordar del sobre hasta la mañana siguiente, cuando casi me como el suelo al tropezar con él.

—Ay, demonios... —murmuro mientras recupero el equilibrio.

Lo observo sin atreverme a tocarlo, como si se tratara de alguna especie de arma de destrucción masiva o algo por el estilo. Me digo que tan sólo es un sobre, que no tiene nada de especial. No me va a morder cuando intente abrirlo, vamos.

Al final me agacho para recogerlo y lo palpo varias veces. Es acolchado, marrón, de tamaño DIN A4. Más típico imposible. Pero algo me dice que su contenido no lo va a ser. No cuando Gabriel es el remitente.

De regreso a la cama, gateo por ella hasta llegar al centro, en donde me siento con las piernas cruzadas, a lo jefe indio. Es entonces cuando, tras armarme de valor, rasgo uno de los laterales y le doy la vuelta para vaciar el



contenido encima del revoltijo que conforman las sábanas y la colcha.

—Oh...

Parpadeo al encontrarme un nuevo sobre, esta vez para cartas, junto a un grueso rectángulo envuelto en abundante papel seda y atado con una fina tira de cordón de rafia, bajo la cual hay prendida una nota.

Destruye la tarjeta de memoria si quieres. No hay más copias, lo juro.

Tuyo, siempre.

Gabe

Deshago la apretada lazada y, en un arranque de ansiedad, termino por rasgar el papel de seda.

Ahí están. Las fotos.

Tuerzo el rostro hacia un lado antes de cerrar los ojos por un instante, apretando los párpados

con fuerza para aplacar la inoportuna picazón que amenaza con desembocar en lágrimas.

—Hoy no tengo que ir a trabajar hasta dentro de dos horas y me preguntaba si...

Desvió la mirada para encontrarme a Kat con una mano en la manilla de la ahora abierta puerta.

—¿Molesto? —indaga al tiempo que se cruza de brazos. Un gesto que provoca que la holgada camiseta marque su tripita en una preciosa, esperanzadora curva—. Sólo quería preguntarte si te apetecía desayunar conmigo aprovechando que estoy un poco libre y eso. —Echa un vistazo al desparrame que tengo organizado en el colchón—. Supongo que te pilló en mal momento.

Va a dar media vuelta, pero la freno.

—¡No, no! —aseguro echándome hacia delante con el peso de mi cuerpo apoyado en una mano mientras extendo la otra hacia ella—. Es que...

Mi amiga se acoda contra el marco y eleva las cejas en una muda interrogación.

—Ayer Tyler me entregó un sobre de parte de «ya sabes quién». Son las fotos.

—¿Qué fotos?

—*Las* fotos.

Kat articula un quedo «oh» al comprender y vuelve a deslizar la mirada hacia el colchón.

—Ven —le indico al tiempo que hago un gesto con los dedos para que se acerque.

—¿Estás...?

¿Segura? Sí. La verdad es que no me importa. Sé que puedo mostrárselas sin reserva alguna porque se trata de una serie de imágenes preciosas, sensuales, hechas con un gusto exquisito. Lo sé porque esa mañana, cuando regresamos al apartamento después de desayunar, él eliminó de la memoria aquellas que no habían salido bien o que no le gustaban antes de conectar el portátil a la *smart tv* del salón para que pudiera verlas mejor.

Espero a que mi amiga se siente a mi lado, le entrego las fotografías y absorbo sus reacciones a la vez que rememoro las mías cuando me vi retratada por su cámara, en un precioso juego de luces y sombras en blanco y negro. Estampas como la que ahora mismo está mirando Kat, en la que me

río por algo que él dijo mientras me oculto coqueta tras el tejido de gasa. O el plano en el que, mordisqueando mis labios, cruzo los brazos y ahueco mis pechos en las manos, aupándolos hasta formar dos tentadoras manzanas. O ese perfil de mi cuerpo y la acentuada curva de mi trasero, que a él tanto le gustaba. O el detalle de mis dedos deslizándose por mi vientre, o la silueta de mis erizados pezones, o mi torso arqueado presa del placer, o...

—Oh, Dios, Dee... —murmura con voz tomada al ver la única imagen de la primera vez que hicimos el amor que sobrevivió a su puntilloso criterio de elección—. Esta es...

Algo se revuelve en mi interior al verla de nuevo. Somos dos amantes entregándose entre sombras, perdidos el uno en el otro. Ajenos al mundo, a todo, menos a lo que sentimos.

—Sí...

Contemplarla es como regresar a ese instante y sentir otra vez a un Gabriel tierno y seguro dentro de mí, su mirada prendida a la mía mientras nos movemos en el borde del futón, enfrascados en

una cadencia dulce, lánguida.

—Es mi favorita —susurro—. Esta y una auto foto que nos hicimos de madrugada, tirados en su cama, cuando lo descubrí retratándome mientras dormía.

Rebusco entre las que quedan por ver, para mostrársela, pero no la encuentro. Ni esa ni un primer plano en el que le sonrío por encima del hombro.

—Es sumamente erótica y al mismo tiempo... —Kat desliza los dedos sobre la foto, sin tocarla, como si trazara nuestras siluetas en el aire—. No sé. Limpia, elegante. De un gusto exquisito. —Suspira—. Llámame romántica, pero esto es amor. El modo en que os rodeáis el uno al otro, en que él te sostiene... —Se sacude presa de un estremecimiento—. De gallina. La tengo de gallina, en serio. Mira. —Me muestra el brazo—. Oye, me estás haciendo caso o estoy hablando para las paredes.

—Te escucho es sólo que... —Vuelvo a buscar esas imágenes en concreto por segunda vez—. Mierda, faltan dos.

—Eeh... ¿Dee?

Despego los ojos de las fotografías y me encuentro con que Kat le ha dado la vuelta a esta última, descubriendo una pequeña nota pegada a ella con un pedacito de celo adhesivo.

Necesitaba quedarme con algo tuyo. Algo nuestro.

Creo que acabo de sentir un terremoto en mi corazón. Lo juro.

—Vale... —murmura mi amiga al tiempo que las junta todas y las envuelve en el poco papel de seda que no he destrozado por completo—. No digo que no se haya comportado como un cabrón hijo de puta. Nadie lo pone en duda después de lo que hizo, pero...

¿Pero...?

—Pero también digo que Gabriel Berling ha caído. Por ti. Duro y profundo. —Me rodea la espalda con un brazo antes de apoyar su cabeza en mi hombro—. Ese hombre te quiere.

¿Entonces por qué no me lo dice? ¿Por qué no purga su culpa con amor? ¿Eh?

«Puede que no sea elocuente en sus afectos, ni te diga “te quiero” todos los días... Pero te lo demostrará a su manera. Y lo sabrás».

¿Es este su modo de hacerlo? Porque resulta insuficiente.

—Dime una cosa, Dee. ¿Cuánto lo quieres?

Me pregunto si es posible cuantificar un sentimiento tan urgente y poderoso al que parece imposible poner fin. Lo sé porque he intentado aniquilarlo a lo largo de los últimos días. De manera denodada, además. Pero se niega a desaparecer, a abandonarme.

—Tanto... que el dolor resulta insoportable —admito con un hilo de voz—. Pero se me pasará. —Tiene que hacerlo, porque no puedo vivir así, sintiendo que algo me falta—. En cuanto ponga distancia de por medio y me largue a Medina... se me pasará.

—Sigues en tus trece, ¿verdad? —Me aprieta contra ella—. ¿Ya hablaste con tu casero?

Asiento en silencio. Ahora lo único que resta

es pasar por el apartamento, empaquetar todo lo que pueda necesitar y guardar en un almacén los pocos muebles que fui comprando para completar lo que ya había.

—¿Cuándo será?

Antes de que pueda arrepentirme, quiero confesarle.

—Pronto —respondo en cambio.



## Capítulo 18

Al final ese «pronto» se convirtió en algo más de dos semanas cuando, unos días después, Tyler llamó para preguntarme en qué fecha tenía previsto abandonar la ciudad.

«Espera hasta mi cumpleaños, Dee. ¿Qué te cuesta? El diecinueve de abril está a la vuelta de la esquina».

¿Acepté? Sí, claro. Si no ahora mismo no estaría sentada junto a él en su convertible azul, circulando sin capota por una tranquila carretera residencial de East Hampton bajo un precioso sol de primavera.

A través de los altavoces del coche, *Don't Cry* de Guns N' Roses se mezcla con el ronroneante sonido del motor.

—Deberías de lanzarte —le aconsejo mientras observo su gesto concentrado.

—¿Eh? —Me veo reflejada en los cristales de espejo de sus *Ray-Ban* durante una milésima de segundo, antes de que vuelva a fijar la vista en el asfalto—. Perdón, estaba pensando en...

—¿Trabajo? ¿Vanne?

Se mordisquea el labio inferior para contener la lenta sonrisa que tironea de las comisuras de su boca. Sí, pensaba en ella. Después de todo, es a su casa hacia donde nos dirigimos.

—Pídeselo, Ty.

Me dedica una escéptica mirada de soslayo por encima de la montura de sus gafas de aviador.

—¿Te refieres a una cita?

—No, a que use su cascanueces en ti. — Pongo los ojos en blanco—. ¡Por supuesto que hablo de una cita, Wilder! ¿Qué si no?

Reduce velocidad al llegar a la intersección de Lily Pond con Tides Turn y tamborilea los dedos sobre el volante un segundo antes de hacerlo girar entre sus manos.

—Olvidalo.

¡Dios! ¡Qué tontos pueden llegar a ser los hombres a veces! ¿Acaso soy la única que se ha percatado de los chispazos que hay entre ellos?

—Dame un motivo de peso.

Cruzo los brazos sobre mi fino suéter de rayas marineras y aprieto los labios en un mohín

desafiante mientras espero que se digne proporcionarme una buena respuesta.

—En realidad no tengo ninguno —admite después de soltar el aire de los pulmones con brusquedad—. Salvo que Gabe sea uno.

¿Gabriel? ¿Qué tiene que ver él en la vida amorosa de su cuñada o de su amigo?

—Explícate.

Justo en ese instante, Tyler frena al alcanzar el final de la angosta carretera. A nuestro lado se alza una casa de tamaño relativamente pequeño, dada la envergadura de algunas de las propiedades de la zona, con una acogedora entrada rodeada de vegetación. La fachada gris plomo cubre dos plantas, dotadas de abundantes ventanales blancos, que terminan en una cubierta a dos aguas casi negra.

—¿Es realmente necesario, Dee? Tú lo conoces.

Se gira hacia mí con un brazo en el volante y otro en el reposacabezas, haciendo que la camiseta de algodón gris oscuro se tense sobre su fibroso torso. Estoy tan acostumbrada a verlo con traje que se

me hace rara esta versión *sport* en él. Pero tengo que admitir que los vaqueros le quedan de delito.

—Si algo sale mal, si la hago sufrir... —Se frota la frente con el pulgar.

Ya. Gabriel entraría en acción sin pensárselo dos veces, como el cabeza de familia excesivamente sobreprotector que es.

—Pensaba que tenías más cojones. —Sí, lo estoy provocando adrede.

Salgo del convertible dando un sonoro portazo y recojo del asiento trasero mi cazadora arena de tela de gabardina junto a dos bolsas de regalo; una para el cumpleaños y otra para la anfitriona.

—¿No lo entiendes? —masculla entre dientes tras abandonar también el interior del coche y rodearlo por delante—. Un error y no sólo pierdo a Vanne, sino también a mi mejor amigo. Mi hermano.

Lo entiendo mejor de lo que cree, pero la cruda realidad es que lleva demasiados años perdiendo un tiempo precioso y sé que llegara el día en que se arrepentirá de no haber dado el paso.

Se sienta en el capó con las piernas ligeramente separadas y planta las manos encima de la chapa azul cromado, echándose un poco hacia atrás. Su pelo trigueño, sumado a la incipiente barba que no se ha molestado en afeitar esta mañana, le otorga un aspecto desgredado a la par que sexy. Si le sacaran una foto ahora mismo, estarían capturando la viva imagen de un pedazo de modelo de anuncio de colonia de marca.

—Gallina. —Coloco las manos en mis axilas y empiezo a aletear los brazos doblados mientras cacareo—. Gaaaaallina.

Perdido todo sentido del ridículo, revoloteo delante de él a la vez que hago batir mis imaginarias alas sin parar de alborotar. ¿Se enfada? No, más bien termina roto de la risa al verme hacer el imbécil ante la entrada de la casa de Vanne.

—Vale, es inútil —declaro tras dejar caer mis brazos a los lados en un claro gesto de derrota—. Pero que sepas que la pillé en el *Pio Pio* comiéndote con los ojos cuando te levantaste para ir al servicio. —Lo que es condenadamente cierto

— Mira, para mí está bastante claro que le gustas. Mucho. Así que tú verás que haces con esa información, amigo.

Doy media vuelta y me quedo clavada en el suelo mientras noto cómo el rubor sube por mi cuello con rapidez, tiñendo mis mejillas. ¡Demonios! A esto lo llamo yo una pillada de las bochornosas.

—Ho-hola.

Una mujer en sus sesenta me mira desde el último escalón del porche. Su cabello, por color y corte, me hace pensar en el personaje de Meryl Streep en *El diablo viste de Prada*. Tiene una figura envidiable y va vestida con unos chinos beige y una blusa blanca salpicada de diminutos puntitos chocolate.

—Me alegra comprobar que la has traído contigo, cariño.

Esboza una lánguida sonrisa repleta de dulzura que ocasiona que se le marquen las patas de gallo. Su mirada es de un ónix tan familiar que, cuando la clava en mí, siento una sacudida en mi interior. Oh, Dios, acabo de darme cuenta de quién

es.

Tyler aparece a mi lado y me coge por el codo, instándome a subir las pocas escaleras que nos separan de la ya no tan desconocida mujer.

—Es la madre de Gabe —susurro espantada—. Dijiste que era algo íntimo, casi familiar.

—Y lo es. —Sus labios se curvan en una mueca maliciosa—. Los Berling son mi segunda familia.

Entro en pánico.

—Él no está aquí, ¿verdad?

—No, él no está *aquí*, gallinita —murmura en mi oído, burlón.

Se separa con rapidez, negándome la oportunidad de escupir la mordaz replica que tengo en la punta de la lengua, y le dedica una amplia sonrisa a la señora Berling.

—¿Cómo está el cumpleañosero? —indaga esta, depositando un par de besos en sus raposas mejillas—. Juraría que has perdido algo de peso desde la última vez que te vi, Ty. ¿Estás comiendo como es debido? No, seguro que no. —Chasquea la lengua en señal de desaprobación antes de

pellizcarle la mejilla con cariño—. Eres igualito que mi Gabriel. Trabajo, trabajo y más trabajo. No sé qué voy a hacer con vosotros.

Mientras Tyler escucha con estoicidad cómo la matriarca de los Berling le lee la cartilla de manera afectuosa, a mí se me encoje el corazón en el pecho al recordar la decena de momentos similares que viví con mi abuela.

—Y ahora, ¿vas a presentarnos formalmente o piensas quedarte ahí como un pasmarote todo el día?

Sofoco una risita burlona y, justo cuando voy a sacarlo del atolladero, me veo envuelta en un inesperado abrazo.

—Bienvenida, Dee. He escuchado hablar tanto de ti...

Sus palabras consiguen dejarme fuera de juego. Por completo. Así que aquí estoy yo; petrificada, con las manos ocupadas con las bolsas y la cazadora y sin saber muy bien qué hacer. ¿Le devuelvo el caluroso saludo? ¿Me quedo tal cual estoy? Por cierto, ¿quién le ha hablado tanto de mí? ¿Gabriel? No, imposible. Un hijo jamás



contaría a su madre nada acerca de la mujer que se está tirando. Además, él no me quiere. Al menos no lo bastante como para volver a intentarlo después de abarrotar el buzón de voz de mi móvil, así que...

—Encantada de conocerla —jadeo mientras soy afectuosamente estrujada—, señora...

—Por el amor de Dios —se aparta de mí sonriente, interrumpiéndome—, llámame Emily, mi niña. —Acaricia mi mejilla con una ternura increíble—. O, si lo prefieres, haz como Ty y dime Mamá Berling.

Me quedaré con Emily. La otra opción es demasiado... familiar.

Entramos en la casa de Vanne. El pequeño vestíbulo de paredes cremosas está ocupado en un lateral por un mueble recibidor de madera oscura sobre el cual hay un interesante cuadro. Se trata de una mujer en bañador inclinada sobre una barandilla de playa, de espaldas al espectador, mostrando su piel bronceada. Me gusta el estilo de la pintura, que recuerda al de Kenton Nelson.

Unos pocos pasos más adelante se encuentra

la amplia sala de estar. El oscuro suelo ha sido cubierto por finas alfombras superpuestas cuyo dibujo, de gruesas franjas blancas y azules, conjunta a la perfección con mi suéter. El mobiliario oscila entre los blancos más puros y la madera oscura y a la izquierda de la sala, sobre la chimenea de ladrillo visto, me encuentro otro cuadro similar al que acabo de ver en el vestíbulo.

—¡Al fin! —exclama un hombre bajando por las escaleras que llevan a la segunda planta.

Es casi tan alto como Tyler, atlético, y se mueve con natural desparpajo, dejando claro que se siente a gusto en su piel. Su pelo es de un rubio inmaculado y sus rasgados ojos de gato parecen tan profundos como el océano. Va vestido con *Dockers* blancos ajustados a la cintura con un cinturón negro. Su camisa azul cielo remangada hasta los codos resalta el dorado de su piel y la intensidad de su mirada.

—Hola, Paul.

Mientras los hombres se saludan con golpecitos en la espalda y demás parafernalia masculina, observo con mayor detenimiento al

marido de Mikki. No es guapo como Tyler o su cuñado, pero rezuma un atractivo tan peculiar que resulta hasta magnético.

—¡Vanne! —grita la hermana de Gabriel mientras atraviesa el comedor en nuestra dirección—. ¡Ya llegaron!

Ella apenas ha cambiado. Sigue siendo la misma muñequita menuda de sonrisa amplia y mirada traviesa que vi en las fotografías, aunque no es mucho más alta que yo. Según se acerca, me fijo en su alegre, primaveral vestido de paisley, que le llega por encima de la rodilla.

—Menos mal que estás aquí, Wilder —manifiesta Paul con aire confidente—. Me están volviendo loco, en serio. Paul esto, Paul lo otro... —bufa al tiempo que pone los ojos en blanco—. Aunque podría haber sido peor si las niñas no llegan a irse con... ¡Aaaaah!

Mikki aparece al lado de su marido, que le dedica una mirada en la que se mezclan la incomprensión y el enfado a partes iguales.

—Lo siento, grandullón. —Se encoge de hombros—. Fue sin querer.

Él no parece opinar lo mismo, pero opta por cerrar el pico con un gruñido mientras se frota el costado de manera reiterada. Es en ese momento cuando Vanne entra en la estancia, cargada con un saco de carbón sin abrir.

—¡Hola! —Estampa un sonoro beso en mi mejilla—. ¿Ya te han presentado a la tropa?

Tampoco es como si lo necesitara, pero por mí...

—Me temo que no —responde Tyler tras introducir las manos en los bolsillos del vaquero—. Mikki, la hermana pequeña de Gabriel, y Paul, su marido.

Sin moverse del sitio, se limita a señalarlos a ambos con un leve gesto de barbilla. Y mientras Paul se contenta con levantar la mano y dedicarme un «Hola, ¿qué tal?», su mujer, por el contrario, me estrecha en un abrazo tan afectuoso como el que me dio su madre apenas unos instantes antes. Sólo que más corto, gracias a Dios. Con tanto achuchón, voy a ir servida por un mes.

—Ni te imaginas las ganas que tenía de conocerte en persona —asegura antes de quitarme

las bolsas y la cazadora de las manos, tirarlas en un sofá y tomar mis manos entre las suyas—. Cuando Ty dijo que ibas a venir... Simplemente no me lo podía creer. ¡Pero aquí estás!

Observo por el rabillo del ojo como Vanne se acerca a Tyler, que nada más verla saca las manos de los bolsillos con premura, preparándose para saludarla con un abrazo. Con lo que no contaba era con que ella, ni corta ni perezosa, le iba a plantar en los brazos el saco de carbón.

—Hola, chico del cumpleaños —ronronea antes de ponerse de puntillas para darle un amoroso beso en la mandíbula—. Ya sabes dónde está la barbacoa.

—¿Me vas a hacer trabajar? ¡Pero... si es mi cumpleaños!

Paul se aproxima a él para proveerle de lo que se supone son unos solidarios golpecitos en la espalda.

—Lo siento, tío.

—Podrías dejar de sentirlo y echar una mano, ¿no crees? —protesta Tyler.

—Menos protestar y más trabajar. —Mikki

termina la discusión empujándolos a ambos en dirección a la parte trasera de la casa—. Que para eso sois el sexo fuerte.

El cumpleaños se vuelve hacia el marido de esta y, pillándolo desprevenido, le suelta en los brazos el saco de carbón.

—Sí, claro —rezonga a la vez que se sacude las manos—. ¿Por qué será que sólo somos el sexo fuerte cuando os interesa que lo seamos?

Ladea la cabeza y arquea las cejas, a la espera de que alguna de las presentes nos dignemos manifestar nuestra opinión al respecto. Momento que Mikki aprovecha para desaparecer con su marido, seguida por Emily, que abandona la sala tras murmurar un «Creo que dejé algo al fuego», dejándonos solas ante el «peligro».

—Porque os encanta que os necesitemos para algo. —Vanne examina su holgado top verde y el pantalón vaquero pitillo en busca de manchas—. Aunque en realidad sea mentira. —Sus ojos miel buscan los de Tyler y al instante una lenta, perversa sonrisa curva su carnosa boca—. La cuestión es que podéis vestiros con traje,

convertiros en reputados hombres de carrera, comportaros con exquisita educación... Pero en el fondo seguís siendo igual de cavernícolas que vuestros ancestros.

Tyler se aproxima a ella con andares felinos y baja la cabeza para susurrarle algo al oído que consigue que las mejillas de Vanne se coloren de manera súbita.

—Eehh... —Empiezo a caminar hacia atrás—. Me voy a la cocina.

—Oh, no —intenta frenarme ella—, quédate.

Ese brillo en los ojos de Tyler me dice que no, que lo mejor que puedo hacer es salir pitando.

—No, no. —Sacudo la cabeza al tiempo que les muestro las palmas en alto—. Hablad, os hace falta.

Abandono la sala de estar con la sensación de que, después de todo, quizá alguien si vaya a tener su propio final feliz. Aunque esa persona no sea yo.

## Capítulo 19

—¿Puedo echar una mano?

La cocina es amplia y ostenta el mismo *leitmotiv* que Vanne ha instaurado en toda la casa; pintura de estilo Nelson incluida.

Sobre el suelo oscuro se erige toda una cuidada selección de mobiliario de cocina en madera blanca, encimeras negras de esteatita y electrodomésticos en tonos metalizados. Y allí, en la isla central, está la madre de Gabriel, afanada en la preparación de lo que parece es una ensalada.

—Claro que puedes ayudarme. —Deposita el cuchillo encima de la tabla de madera y hace un gesto en dirección al fregadero.

—Me gustan los cuadros —comento mientras miro el que está colgado en la pared de enfrente.

—Son de Vanne, los pintó ella. De hecho, es a lo que se dedica, ¿no lo sabías? —Vaya... Primera noticia. No soy una gran entendida en la materia, pero a mí me parecen geniales—. Y ahora dime, ¿al fin se han decidido?



Abro el grifo y articulo un quedo «¿Perdón?» a la vez que le dirijo una mirada sorprendida por encima del hombro.

—Los jóvenes tendéis a subestimarnos. —En cuanto termino de lavarme las manos, señala la banqueta alta que está a su lado en una muda invitación—. Suponéis que no nos damos cuenta de las cosas, pero os equivocáis. —Una vez estoy acomodada, alarga hacia mí la primera de las dos ensaladeras de madera y me indica qué es lo que tengo que poner en ella—. Cuando mi hijo murió, Ty se volcó en Vanne —empieza a relatar mientras trocea un tomate—. Estuvo a su lado, desde el primer momento, y no la abandonó. Si ella lloraba, él la consolaba; si se sentía sola, le hacía compañía; si estaba triste, le arrancaba una sonrisa; si se encerraba en sí misma, la sacaba al mundo.

¿Y Gabriel? ¿No debería haberse hecho cargo de todo eso en vez de dejar recaer ese peso en Tyler?

—Gabe también estaba ahí, no creas — agrega como si hubiera escuchado mis

pensamientos—. Pero su parecido con Rafe hacía que su presencia fuera demasiado dolorosa para ella, así que tuvo que apartarse a un lado durante un tiempo y dejar que los demás nos hiciéramos cargo.

Puedo imaginarme lo que supuso para él tener que hacerse a un lado de esa manera. Debió ser cualquier cosa menos fácil, dada la naturaleza de su carácter.

—Fue entonces cuando me di cuenta, ¿sabes? Ty intentaba tratarla como a Mikki, pero había algo más... intenso, profundo. Y luego llegó Zoe y él se volcó el doble.

Trabajamos inmersas en un grato silencio, codo con codo. Me gusta Emily. Hay en ella algo así como una cálida placidez, un sentimiento de mutuo conocimiento y aprecio que no sé de dónde nace, pero que me hace sentir como si estuviera realmente en familia.

—Vanne se enamoró de él poco a poco.

Acabamos de dejar lista la segunda ensalada cuando vuelve a hablar, así que me vuelvo hacia ella y absorbo sus palabras al tiempo que nos

limpiamos con un trapo.

—Pero lo que debería haber sido un motivo de felicidad, se convirtió en objeto de muchas lágrimas. —Mueve la cabeza, pesarosa—. Recuerdo muy bien la noche que llamó para preguntarme si se podía amar a dos hombres a la vez. —La observo doblar el trapo de cocina con meticulosidad—. Terminó por pedirme perdón entre sollozos porque pensaba que, al experimentar algo así por Ty, traicionaba a mi hijo.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. —Sus ojos se clavan en mí con intensidad—. Cuando el amor verdadero toca a tu puerta, sólo los necios o los locos hacen oídos sordos. —Juraría que sus palabras también van dirigidas a mí—. Puede llegar una, dos veces en la vida. Y también puede no llegar jamás. Pero cuando lo hace, debemos recibirlo con los brazos abiertos. —Coloca una mano sobre la mía—. El amor no es perfecto, cariño. Comete errores, como sentimiento humano que es, y puede ser muy doloroso. Pero más doloroso resulta vivir sin él.

Noto cómo un nudo se forma en mi garganta, atenazándola.

—Con el paso del tiempo, Vanne se concilió con sus propias emociones y encontró el camino. El problema es que no está segura acerca de lo que él siente por ella. Eso es lo que la frena a dar ese paso al frente.

—Pero tú sí estás segura de los sentimientos de ambos, entonces ¿por qué no les diste un empujón?

—Porque Gabriel no me dejó.

Abro los ojos con desmesura. ¿Él lo sabe? ¿Lo ha sabido todo este tiempo y no ha hecho nada?

—Mi hijo opina que si dejas a una pareja de ciegos en un cuarto, tarde o temprano terminarán por tropezar el uno con el otro.

Atípico en él el no intervenir. ¡Con lo mucho que parece disfrutar metiendo sus narices en todo! Sinceramente, me resulta chocante conciliar tamaña sentencia con el Gabriel que conozco.

—Pues al parecer, estos lo que han hecho es colisionar. —Esbozo una sonrisa taimada—. Y de

morros, con toda probabilidad.

—Bien. Un par menos de quien preocuparse.  
—Chasquea la lengua a la vez que me lanza una mirada que anuncia problemas—. Sólo me quedáis vosotros.

Me levanto de la banqueta, doy un par de pasos hacia atrás y niego de manera frenética. Ah, no. Me largo a Medina en dos días y lo último que necesito es irme de aquí con el corazón aferrado a una absurda, vacua esperanza.

—Quizá deberías de hacer caso a tu hijo y...

—No funcionará. Gabriel es igualito que su padre; orgulloso hasta la médula. —Rueda los ojos—. Su hermano decía que, aparte de eso, era terco como una mula y un tullido emocional. —Planta las manos en las caderas, con gesto decidido—. La cuestión es, que no puedes esperar que te devuelva la pelota que está en su tejado cuando no tiene ni idea de qué hacer con ella.

Se trata de pedir perdón, ¡no de firmar el condenado Tratado de París o algo por el estilo, maldita sea! Tampoco puede ser tan complicado, digo yo. Sobre todo cuando ya ha admitido que la

cagó a base de bien.

—Presiónalo, Dee.

¡Ja! Ni. Loca.

—No quiso contarme hasta qué punto había metido la pata, pero lo he parido y lo conozco. Sé que está esperando algo de ti después de todos esos mensajes que te dejó.

¿Lo qué? ¿Una señal de humo? ¿Que mueva ficha?

—Habla con él, por favor.

—No puedo. Lo siento, pero no puedo.

Doy media vuelta y abandono la cocina por la puerta que da al porche trasero. Una vez fuera, apoyo las manos en la barandilla de madera, cierro los ojos e inhalo la brisa marina.

Necesito recuperar el escaso control que tengo sobre mis emociones antes de que todo esto me sobrepase de nuevo y vuelva a entrar en modalidad plañidera.

—Aquí estás.

Mikki aparece caminando descalza sobre la hierba, con una vacía botella de *Corona* en la mano y la melena recogida ahora en una cola de

caballo. En su mejilla hay una mancha negra, como si se hubiera tiznado con carbón. Supongo que alguien ha estado jugando mientras preparaba las brasas.

—No te esfumes —me pide—, tengo que hablar contigo.

Desaparece por la puerta de acceso a la cocina para volver a emerger al cabo de un rato, portando una enorme fuente repleta de carne. También lleva un par de trapos de cocina sobre el hombro y una nueva cerveza bajo el brazo.

—Lleva tú la *Corona*, por favor. No querría recalentársela a Paul con el sobaco.

Hago lo que me pide y camino a la par que ella por el sendero de losetas que desemboca en una amplia terraza al aire libre.

Tras depositar la carne al lado de la barbacoa, extiende la mano en mi dirección para que le entregue la cerveza, que a su vez coloca en la mano de su marido.

—Gracias, cielo —murmura él tras inclinarse para depositar un beso en la punta de su nariz.

—De nada, grandullón.

Me siento en una de las sillas que rodean la gran mesa de madera, de espaldas a ellos, y espero a que Mikki se reúna conmigo.

—Bonita vista, ¿eh? En cuanto a esa conversación...

—Mira, lo siento mucho —la interrumpo—, pero si es acerca de tu hermano...

—¿Gabe? —Hace un gesto con la mano, como desechando la idea—. Tranquila, te ahorraré la charla. Iba a decirte que le des una oportunidad y blablablá, pero al parecer mamá se me ha adelantado, ¿verdad?

Sí. Definitivamente.

—Mmmm... Hace un día maravilloso. —Eleva el rostro al cielo por un instante, con los ojos cerrados, y suspira—. Deberías de aprovechar para dar un paseo por la playa mientras no está la comida —declara con una sonrisa enigmática—. Además, estoy segura de que mamá volverá a la carga y...

Vale, no necesito más motivación que esa para sentir unas repentinas, terribles ganas de estirar las piernas.



—¿Qué? ¿Deshaciéndote de los invitados de Vanne?

Ambas respingamos en el asiento por la sorpresa.

—¡Paul! —protesta Mikki—. ¡Eres tan sigiloso como un gato!

Él se ríe con un sonido ronco y sexy al tiempo que desliza la mano por el cuello de su mujer en una lenta caricia.

—Si estás pensando en hacerle caso y dar ese paseo —señala mis zapatillas—, será mejor que dejes las *Converse* en el cesto de mimbre que hay al p...

—¡No! —Su reacción nos descoloca. A ambos por igual—. Es que nunca se sabe si alguien te las puede... ya sabes... robar.

—Pero si... —Mikki se gira hacia su marido haciéndolo callar de sopetón—. Está bien —muestra las palmas en señal de rendición—, no he dicho nada.

Hola, holaaaa. ¿Qué se supone que está pasando? Planchón en la sala de estar, planchón aquí... O hay problemas en el Paraíso o este par

es lo más raro que me he tropezado de un tiempo a esta parte.

—Será mejor que vaya a buscar a Ty.

Me quito el calzado y lo deposito al lado de la silla mientras Paul se aleja de nosotras, rezongando por lo bajo. Entonces, me incorporo y, después de despedirme de ella hasta dentro de un rato, dirijo mis pasos hacia las escaleras de bajada a la playa.

—¡Disfruta del paseo! —la escucho gritar cuando apenas he iniciado el descenso.

Siempre y cuando no me tropiece con alguien que quiera hablar sobre Gabriel... lo haré.

## Capítulo 20

Decido emprender camino hacia el arenal vecino. A mis espaldas, el pabellón de Main Beach se empequeñece de manera paulatina con cada paso que doy en la dirección contraria.

Después de un duro y en apariencia interminable invierno, todo indica a que la primavera se encuentra dispuesta a darnos un pequeño respiro. ¡Aleluya!

Me muevo a paso ligero. Tanto, que en poco más de veinte minutos me encuentro en la linde entre las playas de Main y Georgica.

«El amor no es perfecto, cariño. Comete errores, como sentimiento humano que es, y puede ser muy doloroso. Pero más doloroso resulta vivir sin él».

Una parte de mí quiere perdonar, olvidar. Abrirle los brazos a Gabriel de nuevo y... Sacudo la cabeza y me abrazo a mí misma cuando una súbita ráfaga de aire me hace estremecer hasta los huesos. Entonces, aparto de un manotazo los mechones de pelo que amenazan con metérseme en

los ojos y doy media vuelta para emprender el regreso.

Si él viniera a mí, con el corazón abierto, ¿sería capaz de creer, de confiar, o mis días transcurrirían en un continuo estado de recelo? Dios mío... Ojalá tuviera todas las respuestas. De ser así, mi vida resultaría tan sencilla...

Me cruzo con un chico de veintipocos años en pantalones cortos y camiseta de deporte sin mangas. Trota por la orilla de la playa, ensimismado en la música que reproduce el *iPod* que lleva enganchado al manguito que tiene en el brazo. El sudor resbala por su piel, cubriéndola con una pátina brillante, y por un instante envidio la expresión despreocupada que se adivina en sus ojos.

Reparando en mi presencia, esboza una media sonrisa y levanta la mano en un mudo saludo al pasar a mi lado. Le devuelvo el gesto con un leve movimiento de cabeza y continúo mi paseo hasta que vuelvo a encontrarme en el punto de inicio; frente al empinado tramo de escaleras de madera que lleva a la casa de Vanne.

—¿Subo ya o...?

Decido esperar al menos un ratito más, así que asiento mis posaderas en la arena y, tras rodear las piernas con los brazos, apoyo la barbilla en mis rodillas. Entonces, cierro los ojos para escuchar con atención los sonidos que me rodean; los graznidos de las gaviotas que planean aprovechando las corrientes de aire, el hipnótico sonido del vaivén del mar, el sereno arrullo de la brisa marina... Y a lo lejos, como si estuvieran en un mundo aparte, grititos y chispeantes risas infantiles.

—Espero que Ty se haya salido con la suya —musito para mí—. Sería un bonito regalo de cumpleaños.

Cuando la algarabía se vuelve demasiado ruidosa como para seguir ignorándola, alzo los párpados con desgana y giro el rostro hacia el foco de semejante griterío.

Oh, Dios... ¡Menuda estampa! Es un hombre con dos niñas pequeñas. Una de ellas va adosada a su espalda cual monito y le rodea el cuello con sus brazos al tiempo que intenta enganchar las piernas

en torno al torso masculino. La otra, por el contrario, se carcajea como una loca mientras él la sostiene por los tobillos, boca abajo, intentando que no se le escurra de las manos con tanto balanceo descontrolado.

—¡Bájame! —le ordena ésta con su chillona voz infantil.

—Maldita sea —profiere él a un tris de perder la paciencia—, estate quieta.

No. No, no, no, no. No puede ser. Esa voz...

Entorno los ojos para poder distinguir mejor sus facciones y... Mierda... ¡Oh, mierda! ¡Tyler Wilder, maldito embaucador!

—¡Dólar, dólar! —canturrea la niña que lleva pegada a la espalda y que no es otra que Zoe, la pequeñaja de Vanne.

Ni siquiera puedo moverme, tan petrificada he quedado a causa de la impresión, pero parece que consigo espabilar de golpe cuando los traviesos ojos de Mia se clavan en mí.

—¡El hada!

Cómo ha logrado identificarme estando en semejante postura es un misterio fascinante, pero

la cuestión es que lo ha hecho. Prueba de ello es que no para de gritar «El hada, el hada» a la vez que me apunta con el dedo.

—¡Es ella! ¡Bájame!

Gabriel se da por vencido y, mascullando sabe Dios qué, deposita con cuidado a su sobrina sobre la arena, momento en que me pongo en pie, como si se acabara de activar alguna especie de resorte oculto en mi trasero, y empiezo a recular poco a poco sin quitarles la vista de encima.

—¡Mia, no corras!

La niña sale escopeteada en mi dirección, momento en que él desvía su atención hacia mí y...

Me ve. Me reconoce. Hay un instante en que su cuerpo se queda paralizado por completo, como si no pudiera creérselo, pero en el fondo sabe que sus ojos no le engañan. Soy yo. Estoy aquí.

Doy media vuelta con toda la intención de aprovechar la única ventaja que tengo y echar a correr. A fin de cuentas, él no puede dejar tiradas a las niñas para perseguirme, ¿verdad? ¿Qué clase de tío haría eso?

—¡Hola! —resolla Mia, cortándole las alas a

mi huida al agarrarse a mi pierna como si la vida le fuera en ello—. He sido buena, muuuuuy buena.

Tendrían que prohibirle a Tyler el meterle ideas raras en la cabeza a la niña, en serio.

—¡Ni se te ocurra soltarla! —le advierte su tío mientras echa las manos hacia atrás para sostener mejor a Zoe y recorta la distancia que nos separa con grandes zancadas.

—Mia, cariño —suplico con voz melosa—. Déjame ir.

Su rubia cabecita se agita con frenesí. Ah, demonios... Debí figurármelo. Si su tío le dice que no me suelte, no lo hará. ¡Y yo no puedo huir con una niña de cinco años pegada a mi pierna como si de una lapa se tratara!

De repente, Gabriel frena y emite un quejido. Al parecer Zoe se ha cansado de estar adosada a su espalda, así que se lo hace saber llamando su atención de la única manera que puede; tirándole del pelo.

—Por favor...

—Gabe no quiere. —Frunce su boquita con obstinación—. ¡Y yo tampoco!



Ruedo los ojos. Dios, tan pequeñita y tan tenaz. Me pregunto a quién habrá salido. Y, por cierto, ¿de dónde viene esa manía de llamarlo Gabe en lugar de «tío»?

Vuelvo la mirada de nuevo hacia él para encontrármelo bregando con una escurridiza Zoe, que se retuerce entre sus brazos como un renacuajo fuera del agua. Tengo que admitir que esta versión suya es... muy tierna. ¡Y qué pintas tiene! Con parte del faldón de la arrugada camisa colgando fuera de los vaqueros, completamente despeinado y lleno de arena por todos lados.

Cuando al fin logra depositar a su sobrina en el suelo, emite un largo suspiro de alivio antes de soltarla, momento que la niña aprovecha para imitar a Mia y correr hacia mí con la única misión de aferrarse a mi otra pierna.

—¿No te da vergüenza, Berling? —bufo—. Usar a las niñas para retenerme, digo.

Tuerce el gesto al escucharme nombrarlo por su apellido. Sí, no le ha gustado ni una pizca, pero yo necesito esa distancia entre nosotros.

—No. —Se sacude la arena—. Hace tiempo

que la perdí, preciosa. —Repasa mi cuerpo de un modo tan descarnado que no puedo evitar que un súbito calor se apodere de mí—. Te queda bien el cambio. Estás... increíble.

Si piensa que le voy a agradecer el piropo, va de culo.

—Di «gracias» —me larga Zoe, consiguiendo que me ponga colorada.

Gabriel se ríe por lo bajito mientras lleva la mano derecha hacia atrás para extraer su *smartphone* del bolsillo trasero. Entonces, desliza el dedo con rapidez por la pantalla táctil antes de llevárselo al oído.

Casi puedo contar los tonos. Uno, dos...

—Baja a por las niñas.

Arrogante como él sólo, corta la comunicación sin esperar respuesta alguna por parte de su interlocutor y pasa el móvil de una mano a la otra sin despegar sus ojos de mí.

—Menuda encerrona, ¿eh?

El modo en que eleva las comisuras de la boca, en una media sonrisa, hace que algo se sacuda en mi interior.

—Ni se te ocurra mentirme, ca... —Me controlo al recordar que las niñas siguen aquí—. Tú organizaste todo esto, ¿verdad?

—No. —Da un paso en nuestra dirección—. Te juro que no tuve nada que ver. —Y otro—. Si quieres culpar a alguien, culpa a Ty. —Y otro más—. Pero te aseguro que yo pienso cubrir de besos a ese bast...

Carraspeo con fuerza al tiempo que les tapo a las niñas la única oreja que no está pegada a mi pierna.

—Controla ese lenguaje.

—Parece que acabo de contribuir con otro dólar más para el bote de las palabras malsonantes de Mikki y Vanne.

Gabriel sonrío como si en realidad fuera capaz de avergonzarse y devuelve el *smartphone* al lugar del cual lo sacó antes de meter las manos en los bolsillos delanteros.

—¡Canguros Wilder al rescate!

Suspiro aliviada al ver a Tyler bajar las escaleras a paso ligero, seguido de cerca por Vanne. Dios, ¡esto es rapidez y lo demás tonterías!

—Te quedan muy bien, Dee —comenta él nada más llegar a nuestro lado, pasando la mirada de Mia y Zoe a mí—. Deberías plantearte el tener un par de mini Berlings.

Emito un gruñido de fastidio antes de articular un mudo «Te voy a matar» al tiempo paso el índice por mi garganta para que le quede claro el método que pienso usar para perpetrar mi amenaza.

—No te engañé —asegura con expresión inocente—. Sólo llevé el tecnicismo un paso más allá. Tú querías saber si Gabe estaba «allí» —señala hacia la casa—. Y yo te dije la verdad, porque estaba «aquí» —apunta el arenal en el que nos encontramos.

¡Puñetero picapleitos! ¡Embaucador de medio pelo! Tendría que haber supuesto que terminaría por liarme en alguna de las suyas. ¡Agh!

Cuando Vanne llega a mi lado y se acucilla frente a las niñas para hablar con ellas, me fijo en que su boca tiene toda la pinta de haber sido besada a conciencia. Ay, y esa irritación en el cuello... ¡Ja! Me apuesto lo que sea a que estaban

escondidos en algún rinconcito íntimo, dándose el lote como dos críos.

—¿Os importa? —rezonga un impaciente Gabriel mientras coge a Mia por las axilas, la despega de mi pierna y se la entrega a su amigo—. Gracias. Y ahora... —hace un gesto con las manos, como si espantara moscas— aire.

Tras coger a su hija en brazos, Vanne me susurra al oído un quedo «Tu turno» antes de seguir a Tyler escaleras arriba, de regreso a la casa.

—No —Al ver que pretendo irme con ellos, Gabriel me detiene agarrándome de la muñeca—. Dee, yo...

Permanecemos en silencio un rato, contemplando ese punto en el que estamos unidos, y cuando él desliza los dedos hacia abajo en busca de los míos, experimento un estremecimiento tan fuerte que no puedo evitar temblar como una hoja.

—Por lo que más quieras, no te vayas.

Traza suaves, lentos círculos con el pulgar en mi mano. Caricias que se propagan a través de mí como corrientes eléctricas, poniendo en guardia mi

piel.

—Dilo. —Desvió la mirada por un instante al percibir la ansiedad en mi propia voz—. O déjame ir.

Tira de mí a la vez que da un paso al frente, cerrando la distancia física entre nosotros. Lo siento tan cerca y al mismo tiempo tan lejos... Y sólo una palabra puede borrar de un plumazo el abismo que nos separa. Bueno, dos.

—Mírame.

Lo hago y veo en sus ojos un grito silencioso, desesperado. Un grito que me traspasa el corazón, que se entierra en mi alma. Pero no basta.

«Presiónalo, Dee».

Puede que yo necesite oírsele decir en voz alta, pero él necesita aprender a dar forma a esos sentimientos y emociones que tanto le cuesta poner en palabras.

—Dilo.

Apoyando su frente en la mía, traga saliva con fuerza e intenta ahogar el desgarrador sonido gutural que pugna por brotar desde las profundidades de su ser.

—Dilo —repito mientras enmarco su rostro entre mis manos.

Gabriel se aferra a mis caderas y vuelve a tirar de mí para unir nuestros cuerpos ajustando suavidad con dureza, curvas con músculos.

—No me dejes —jadea aproximando su irresistible boca—. Porque te necesito. Porque sin ti nada tiene sentido.

Roza mi nariz con la suya, tierno, y me veo obligada a hacer un esfuerzo considerable para contener las lágrimas.

—No me dejes porque... —Está tan cerca que su aliento contra mis labios es como un beso—. Porque te quiero. —Cierra los ojos con fuerza—. Porque ya no sé vivir sin ti.

—Gabe...

—Nunca me había sentido así, es... —Se ríe, y su risa es una amalgama de tormento y éxtasis—. Tú eres mi corazón, Dee —susurra con arrebatada intensidad—. Tú eres... todo. Y ahora que al fin te he encontrado, no puedo perderte. Me niego a perderte.

Su boca se funde contra la mía en una caricia

tan sutil como desgarradora. Cada toque de sus labios duele, pero es un dolor exquisito y dulce que no me importaría experimentar todos y cada uno de los días de mi vida.

—Dilo.

—Te quiero —ronronea—. Te quiero tanto...

—No, lo otro.

Gabriel se separa un poco y me mira sin comprender.

—¡Que le pidas perdón, imbécil!

Ambos desviamos la vista hacia arriba en el momento en que Mikki emerge de entre los matorrales, con una ramita enganchada al pelo.

—Esto es inaudito —farfulla él un segundo antes de cerrar los ojos y presionar el puente de la nariz con fuerza.

Sin saber si reír o llorar, observo cómo su hermana protesta cuando alguien tira de ella hacia atrás varias veces. Y por el altisonante cruce de acusaciones, juraría que es su marido.

—¡Lárgate, Mikki!

—¡Discúlpate con ella!

—¡Que te largues de una jodida vez!



Planto las manos en el agitado pecho de Gabriel al tiempo que busco su mirada para traer su atención de vuelta.

—Vamos, dilo.

Se revuelve en el sitio, incómodo. Uff, casi parece más sencillo conseguir que se deprenda de un millón de dólares que escucharlo expresar su arrepentimiento.

—¿Te gusta ponérmelo difícil, eh? —Exhala un suspiro derrotado—. Vale, ahí va... —Se aclara la garganta—. Por una vez, y sin que sirva de precedente... —Enarco una ceja—. Y porque se trata de ti...

—¡Al grano! ¡Ve al puñetero grano!

Si no me equivoco, ese ha sido Tyler.

—En momentos como este —declara bien alto para que todos puedan escucharlo—, juro que odio a mi familia.

—¡Te he oído!

Y esa, su madre.

—Creo que no se irán hasta que lo digas.

Lo escucho farfullar por lo bajo en un idioma ininteligible mientras se pasa la mano por el pelo

una y otra vez, frustrado.

—¿Estás despotricando en japonés?

Todo es tan descabelladamente surrealista que hasta resulta divertido. A su retorcida manera, claro.

—Perdóname —suelta de sopetón, clavando su mirada en la mía al tiempo que me ciñe con urgencia—. Quédate conmigo, déjame amarte.

Gabriel busca mi boca y me abro a él con un gemido «Te quiero» para recibir los eróticos, húmedos roces de su lengua. Nos enredamos el uno en el otro, perdidos en el sabor de los besos, en el sonido de nuestras respiraciones, en las caricias de nuestros labios ansiosos. Es entonces cuando noto cómo sus manos se abren en mi cintura un segundo antes de que las haga ascender y descender con lánguida sensualidad a lo largo de mi espalda, logrando que vibre de manera descontrolada bajo su toque.

—Te ofrezco un nuevo acuerdo —jadea contra mis labios al cabo de un rato—; yo te amaré y tú me amarás. Siempre.

No puedo evitar esbozar una enorme sonrisa.

Para no ser muy elocuente en lo tocante a sus sentimientos, cuando se pone a ello, lo hace a conciencia.

—¿Trato?

Hundiendo los dedos en su pelo, emito un profundo ronroneo de satisfacción mientras él cubre mi garganta de diminutos besos. ¿Me hago de rogar o le respondo ya?

—Trato.

# Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)